



Esta Coleccion de poesías, artículos y dibujos, originales, ha sido formada, por iniciativa de la Prensa, para socorrer una desdicha nacional. En el último mes del pasado año de 1884; en los principios del corriente 1885, acaecieron en las provincias de Málaga y Granada repetidas catástrofes. ¡Pueblos enteros temblaron, desplomándose; y entre el gran sentimiento que hizo la Naturaleza, los más desdichados de los moradores perdieron sus familias; los ménos, sus hogares; todos, la esperanza de ser ya dichosos! España, Portugal, toda Europa y América respondieron á esta desolacion con los ofrecimientos de su oro y de su trabajo. Se nos encargó de reunir y publicar los valiosos donativos de la Literatura y del Arte ibéricos. Con respeto y amor los hemos reunido; llenos de esperanza los publicamos. Están impregnados de tristeza casi todos; parecen risueños algunos; forman primorosa diversidad de concepciones, afectos, estilos é ideales; mézclanse fraternalmente sin presuncion de jerarquía, y son todos ellos médula y sangre del patriotismo, y sonrisas y lágrimas de la Caridad. ¡Difúndase entre la humanidad inteligente y sensible este homenaje al Dolor, este remedio de la Desgracia! Hojas de papel que sois tablonos para construir casas, telas para fabricar ropas, hostias para hacer pan.... ¡volad, volad, esparciros; llenad de vuestro generoso espíritu la Tierra!—Quede, pues, esta Coleccion en la memoria de los hombres, y ¡plegue á Dios que las generaciones por venir, más felices que las presentes, la repasen tan sólo como extraña conmemoracion de una catástrofe de que no se haya producido nuevo ejemplo!—EN NOMBRE DE LA PRENSA: *Gaspar Nuñez de Arce.*—*Andrés Mellado.*—*Mariano Araus.*—*Alfredo Escobar.*—*Manuel Troyano.*—*Félix Gonzalez Llana.*—*José Fernandez Bremon.*—*Isidoro Fernandez Florez.*—EN NOMBRE DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES: *Bernardo Rico,* presidente.—*Casto Plasencia.*—*Juan Martinez Espinosa.*—*Juan Espina,* secretario.

Donativo de la Direccion general de Instruccion publica á la Biblioteca de este Ateneo
18 de Julio 1885

A MI MUSA.

¡Oh Musa, que en el combate
De la vida no has tenido,
A tu honor rindiendo culto,
Lisonjas para el magnate,
Injurias para el vencido,
Ni aplausos para el tumulto!

Como en días de pelea,
Si la lástima no embota
Ni embarga tu pensamiento,
Hoy alza tu canto, y sea
Un gemido cada nota
Y cada estrofa un lamento.

Ante el inmenso quebranto
De la hermosa Andalucía,
Da curso á tu angustia fiera;
Pero no te impida el llanto
Proclamar ¡oh Musa mia!
La verdad, siempre severa.

Tus sentimientos acalla,
Porque el celo inmoderado
Al mísero desvanece,
Y en esta humana batalla
Quien adula al desgraciado
No le anima: le envilece.

Dile más bien: «¡Adelante!
»Cumple tu ruda faena
»Y llora, pero trabaja;
»Que el varon firme y constante
»Los estragos de su pena
»Con el propio esfuerzo ataja.

»No estés al pié de tus ruinas,
»Como inútil pordicero,
»Indolente y abatido,
»Y al volver las golondrinas
»Labrarán en el alero
»De tu nueva casa el nido.

»Ara, siembra, reedifica,
»Lucha contra la corriente
»Del infortunio en que vives,
»Y enaltece y santifica
»Con el sudor de tu frente,
»La dádiva que recibes.»

Háblale así, Musa honrada,
Y en tu noble magisterio
Nunca profanes tu lira
Con la adulacion menguada,
Con el torpe vituperio,
Ni con la baja mentira.

G. NUÑEZ DE ARCE.

23 de Marzo de 1885.

CHARITAS, VANITATIS

ET OMNIA CHARITAS.

Si: es menester modificar hasta los textos piadosos para seguir la corriente del progreso contemporáneo.

Cuando las catástrofes públicas eran pequeñas, ó por mejor decir, cuando tal lo parecían por el alejamiento de las gentes y las distancias de los pueblos, bastaba para el socorro de las desdichas el *charitas charitatis* del vecino del lado ó del convento próximo. Entonces, si no llovía, se sacaba en procesion el patrono del lugar para que rociase los campos; y si llovía demasiado, arrastrando cosechas y albergues, se congregaban en el templo los labradores para pedir al Señor que aplacase sus iras, ofreciendo la penitencia en cambio de su misericordia. Entonces, con el cepillo de la iglesia y el petitorio de las hermandades había lo suficiente para remediar muchas desdichas.

Pero hoy, que para el dolor no hay más que un pueblo, un camino y una lengua; hoy, que la voz de *socorro* se oye en todas partes y despierta sentimientos de compasion en todos los corazones (á pesar de lo que sobre el siglo se propala en contrario), hoy no basta invocar el *charitas charitatis* para remedio de cataclismos, sino que hay que acogerse al *vanitas vanitatis*, y hasta al *futilitas futilitatis* si ha de reunirse con presteza el gran auxilio que demanda *charitas omnium*.

Sugiérenos estas reflexiones la crítica vulgar, que se desata contra la forma de obtener recursos cuando acaecen las calamidades. Entregado el que se llama óbolo de la Caridad, que por mucho que se abulte siempre es óbolo, hay que recurrir despues á ardides

de ingenio, como rifas y loterías, funciones líricas y dramáticas, corridas de caballos ó toros, bailes y conciertos, ventas y otros arbitrios, ante los cuales gentes sesudas exclaman con filosófico asombro: «¡Qué escándalo! ¡Qué absurdo! ¡Exponer la vida ante las fieras para educar huérfanos! ¡Embriagarse en la orgía para amparar viudas! ¡Excitar apetitos livianos para erigir iglesias! ¡Satisfacer todo género de vanidades para practicar virtudes!»

Tendrian razon los que tal dicen, si todo eso se hiciera para lo que suponen; pero no se matan toros, ni se dan espectáculos, ni se promueven festines con el ánimo deliberado de que produzcan santidad: es que en el tiempo presente, cuando lidia un torero célebre, ó cuando canta un cantor ilustre, ó cuando se disfrazan las damas bellas, ó cuando se excita el interes público con loterías, las gentes se apresuran á dar su dinero en cambio del regocijo que esto les ocasiona; y la Caridad entónces, obedeciendo á usos y costumbres de la época, sin aceptarlos en manera alguna, obtiene los fondos que habia de aprovechar un empresario, y los aplica al remedio de las grandes calamidades. No ejerce, pues, un licencioso usufructo, sino una piadosa confiscacion.

Otro tanto puede decirse sobre la vanidad. Cuando ya han dado con la mano derecha todos los que no quieren que de sus dádivas se entere la izquierda, hay que hacer listas públicas y cuestaciones de compromiso para conseguir de los rehacios lo que se alcanzó de los diligentes. Despiértase entónces el celo de clase, de posicion y de jerarquía: ninguno gusta aparecer inferior á los que considera iguales ó de menos fuste, sino ántes bien, sobrepujarlos y vencerlos en la lucha á luz abierta de generosidad; y con este motivo, sea cualquiera el móvil que impulse la donacion, es el caso que entra en el peculio de los menesterosos lo que sin rivalidades semejantes no saldria probablemente de la gaveta de los opulentos. Ningun necesitado pregunta si el pan que se le ofrece es de vanidad; lo que pregunta es si es de trigo.

¿Qué son, despues de todo, sino vanidades más ó menos inocentes muchas de las buenas acciones humanas? Este mismo cuaderno impreso, en que aparecen tantas y tan bellas obras, cuyo producto se destina á socorrer miserias, ¿qué es sino un conjunto de encantadoras vanidades? Ninguno de los escritores y artistas que para él han trabajado dejó de ejercer una verdadera caridad prestándose á contribuir con sus aptitudes é ingenio á su colaboracion, puesto que al aceptarla se desprendian del valor harto crecido que las propias obras representan. Pero ofrecida la caridad, aparece el disculpable orgullo de hacerla bien; y en el retiro del gabinete ó del estudio, con la pluma ó el lápiz en la mano, surge en la mente de todos el deseo de distinguirse con lo mejor de su talento, el afan de sostener el prestigio de su reputacion, el ánsia de adquirir nuevos lauros ante el concepto público; y con tan noble como legítima vanidad avaloran y duplican el socorro que llevan al infortunio de sus semejantes.

No nos metamos, por consiguiente, en discurrir dónde acaba la Caridad y principian la vanidad ó la futilidad, pareciéndonos al loco aquel que perdió el juicio discurriendo qué grano de arena dividia al puñado del monton. Contentémonos con observar que puñados de arena hacen montones, y al punto que han llegado las cosas, consignemos como adelanto del siglo este apotegma:

Es tan extenso el campo de la Caridad, que hasta divertirse para ejercerla es caridad.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

ETIAM PERIERE RUINÆ.

I.

Patria fecunda e espléndida
De aromas e de flores,
Onde se inflamam rápidos
Os genios e os amores,
E encobre cada pálpebra
Un raio do teu sol,
Andaluzia! O classica
Terra, dos ceus amada,
¿Que repelão titánico,
Ou tétrica lufada,
Te converteu as púrpuras
Em fúnebre lençol?.....

Do teu diadema pérolas,
Rivaes na formosura,
Soffrem Granada e Málaga
A mesma desventura;
E apoz desastre idéntico
Idéntico terror!

Ao ver em torno, súbito
Um cinto de ruinas,
Ambas vacillam trémulas
Ou do voraz phenómeno,
Ou de piedosa dôr!

Mas logo das catástrophes
Ao pertinaz flagelo
Responde o ardor magnânimo
De protector desvelo,
Que de inexhausto e pródigo
Erario o auxilio extrae:
Accode o Grão Pontifice,
Exemplo dando e impulso;
Corre o Monarca intrépido
Ao solo inda convulso,
A demonstrar solícito
Que mais que Rei é Pae!.....

II.

E um anjo d'azas cândidas
Transluz, como entre sonhos,
Sobre os confusos cómoros,
Ermos padrões medonhos,
Hontem mansão de júbilos,
Hoje coval d'irmãos;
Puro, immortal Espirito
Nas sombras resplandece:
De toda a parte ás victimas
Leva o socorro e a prece—
Nos olhos sempre as lágrimas,
E sempre os dons nas mãos.

MENDES-LEAL.

Madrid, 8 de Março de 1885.

LA VIDA UNIVERSAL.

¡Oh combustion de la vida universal, que das calor y forma á todas las cosas creadas! ¡Oh luz que todo lo anima y lo conserva y lo trasforma á tus besos de inefable amor! ¡Cuánto inspirais al que os siente y os contempla pegado al radio de su existencia como el insectillo á las hojas de la planta! Las fuerzas del Cosmos luchan en una batalla gigantesca y se equilibran dulcemente en una armonía perfecta. Ningun sér, desde el oscuro escarabajo que se arrastra en la tierra hasta la canora alondra que canta en lo infinito, se exceptúa, ni de inscribirse en los ejércitos del combate universal, ni de anotarse en las escalas armónicas y en los coros innumerables del universal amor. Este aliento que sale de mi boca, ese humo que se escapa de un pedazo de leña ardiendo por la boca de mi chimenea, van sobre las alas del aire á fortalecer las fibras y á pintar los tejidos de las grandes hojas que en las altas ramas se columpian. Todo se trasforma. La misma fuerza empuja la ola que se encrespa sobre los abismos del mar, y el témpano que se desprende en aludes de cristal y en torbellinos de hielo desde las desiertas cimas del monte. La destruccion universal sirve á la universal reconstruccion, y la muerte de todos los días á la perennidad de la vida. Una semilla que se pudre da el pan que me alimenta, y una flor que se marchita, el oxígeno misterioso cuyos glóbulos coloran y calientan en las venas mi sangre.

Árbol, que recoges las sales de la tierra por tus raíces ocultas en la oscuridad, y regalas aromas y aire vital con tus flores acariciadas por la luz; tú, que conviertes en místico incienso allá por tu copa las toscas materias absorbidas por los tubos y por los filamentos de tus piés, ¿no eres imagen fiel de nuestra vida, que pasa desde los más rudimentarios sentimientos á las más etéreas ideas, con sus plantas en el barro tambien y con sus alas en el cielo? Nuestros cuerpos, compuestos de invisibles celdillas, son como los panales, donde los vientos, las aguas, los rayos del sol, la chispa eléctrica, el fluido magnético, depositan á manera de invisibles abejas la sabrosa miel de la vida. Esas columnas huracanadas, esos torbellinos gigantes que alcanzan nubes de polvo, acaso traen el fosfato de cal necesario á mis huesos. Ese vegetal que se abre camino á traves de las piedras, acaso busca el átomo de hierro necesario á caldear mi vida. El grano de uva trasparente que apaga mi sed y satisface mi hambre en el otoño me da cal, como el escultor da cal á los bocetos de sus estatuas; la hoja de té cuya infusion he bebido en las veladas de invierno, acaso me da férreo manganeso y sirve á mi vida como sirve el férreo cincel á la estatua. ¡Cuántos golpes de ese hierro invisible trasfundido en mí sér por una planta misteriosa, habrán aumentado los golpes de mi sangre en la fragua del corazon y de los pulmones!

Atomos, que andais como una lluvia eterna por lo infinito, moviéndoos en danza perpétua y formando

misteriosos círculos, ora caiga vuestro polvillo brillante sobre las tenues alas de la mariposa, ora enrojecza las tintas de la aurora boreal, ora se condense en los cristales de roca, ora se disipe y desvanezca en el humo, al movimiento que os arrastra, á la afinidad que os junta, al inmenso crisol químico que os produce, estamos todos subordinados y sometidos por nuestra respiracion y por nuestra nutricion como el último de los infusorios. Cada planta es como una cocina alquímica, donde sin conjuros, sin sortilegios, sin fórmulas cabalísticas, un alquimista invisible fabrica la verdadera piedra filosofal, más rica que el oro, á saber: la albúmina indispensable á nuestra alimentacion. Sus tegumentos convierten el ácido carbónico y el agua en esa azúcar, necesaria á nuestro sér, sacándola de la mina más trasparente y más cercana y más rica del aire vital. La pobre planta es la grande organizadora de la materia inorgánica, y la que más contribuye con sus exhalaciones de oxígeno á la universal combustion de la vida; pues cada uno de nosotros ardemos en nuestra humildad, como arden los soles en el inmenso cielo.

Nuestro cuerpo contiene cenizas y azufre como los volcanes, sales como los mares, electricidad como las nubes tonantes, fósforo idéntico al fuego que se agarra al mástil de los buques y que culebrea en las estelas de las ondas, hierro como las minas, cal y fosfato de cal como los campos, ácido carbónico como la ardiente llama, oxígeno como la hermosa flor herida por la luz, cuyos aromas absorbemos con verdadero anhelo. Y está de tal manera en relacion estrecha con el Universo, que recibe de todo el Cosmos y por todo el Cosmos despide en una circulacion perpétua los átomos componentes de su organismo, sujetos á una eterna trasformacion en la Naturaleza y á un continuo movimiento: que solamente á este precio es posible la vida, al precio de una descomposicion y recomposicion incesantes, en cuyas operaciones se tocan y se confunden el nacer y el morir perpétuamente. El cuerpo es como un horno cuyas paredes y cuyas bóvedas fueran tambien candentes por sí mismas y en el cual echáran combustibles todas las cosas creadas. El ave que abre sus alas en los espacios inmensos es como un haz de llamas, como un aerolito ardentísimo por la viva intensidad de su calor. Así no hay cadáveres. Su putrefaccion es una serie de nuevas combustiones vitales. Con sus átomos se tiñe de colores una flor; con sus jugos se hincha de azúcar su sabroso fruto; con el fósforo de sus huesos se alimentan otros jóvenes huesos, de los cuales se irradia la esperanza en el advenimiento de nuevas generaciones. La materia es una guerra perpétua, pero tambien es un perpétuo comercio; dos fuerzas que luchan se envían mutuamente sus átomos y se cambian sus respectivas sustancias. Así las excrecias, los despojos, los restos, todo cuanto parece inútil, perdido, muerto, abriga los campos, fecunda como levadura de vida la tierra, se extiende en savia por las raíces, y se condensa en sustancias que calman el hambre de muchas generaciones y que aseguran la existencia de muchos pueblos. Hé ahí los eternos metamorfoséos.

Somos parte integrante de lo infinito. Desde el mundo donde estamos confinados vemos un fragmento del cielo, el cual es tan reducido respecto á la inmensidad, como las tenues alas de fugaz mariposa respecto á nuestro cielo. El sol no es más que una de las estrellas diseminadas en los espacios. ¡Quién nos diera subir en alas de la electricidad á esos abismos cerúleos suspensos eternamente sobre nuestras cabezas, y ver en los varios mundos las várias formas revestidas por la impalpable esencia de la vida! Los nervios formarán allí como aquí arpas pulsadas por las chispas eléctricas. La ciencia ya nos ha dicho, descomponiendo la lejana luz, cuán universales son las primeras sustancias, y cuán verdadera la existencia real de los elementos diseminados en todo el Cosmos; pero nada nos ha dicho aún de cómo varía en lo infinito el tejido de las formas y el collar del organismo. El oxígeno es la luz de la luz, como el pensamiento es el alma del alma. Y el oxígeno produce por todos los astros inacabables tempestades infinitas, columnas de llamas en las cuales deben brotar sustancias que se cristalicen, formas que se animen, vida que se eleve del divino calor. En el luminar de cuya luz es nuestro día, de cuyo fuego es nuestra vida, de cuyos rayos son nuestros colores, van extendiéndose grandes sombras, las cuales nos anuncian una noche eterna en que podrá extinguirse, no ya nuestra pobre tierra, sino todo nuestro sistema planetario, envuelto en largos ataúdes de vapores y de tinieblas. Entónces nuestro planeta será más triste aún que esa luna muerta, y nuestra atmósfera, más tenué y más gaseosa y más indefinible que esos cometas, formas indecisas, sueños de la luz, pálidos fantasmas que vagan sobre los confines de la nada, fosforescentes fuegos fatuos de un cementerio sin límites, venidos á nuestra vista como almas en pena, tenues presentimientos de mundos por

nacer, pobres pavesas de mundos ya extinguidos.

Los soles con sus coros de planetas, los planetas con sus coros de lunas, los innumerables aerolitos que brotan como enjambres en la flor azul de los cielos, las tempestades y las tormentas de fuego eterno, los hirvientes océanos de metales fundidos, las largas masas de materia cósmica llenas de evaporaciones y de condensaciones continuas, toda esta erupcion de la vida, toda esta incandescencia en el espacio, lanza á lo infinito mundos hoy vivientes para recibirlos acaso mañana muertos, y volver de nuevo á trasformarlos en una destruccion y renacimiento sin término, como el tibio calor de la primavera convierte las larvas en gusanos y los gusanos en mariposas, ó como la gota de lluvia despierta con sus vapores los infusorios caidos despues de largo tiempo en el polvo, y renacientes á virtud de una ley divina, á virtud de la ley universal de las trasformaciones.

Nosotros contamos la vida solamente desde que hemos tenido conciencia de nuestro sér. Pero es mucho más dilatada y más larga. Como hemos existido ántes de que tuviéramos memoria de nuestra existencia, hemos existido ántes de nuestra vida humana. Esta materia nuestra ha estado adherida al sol. Quizá ha sido el relámpago de una sus tempestades, quizá el vapor de uno de sus volcanes, quizá la tenue gasa de la materia cósmica perd'ida y disipada en las irradiaciones de la Vía Láctea. Nuestro sér ha bogado por la inmensidad en alas de un cometa perdido y errante, como el pólen de esas flores que el viento se lleva en sus giros y en sus torbellinos. Esta esférica gota de esencia cósmica llamada tierra ha temblado en el espacio como tiembla el rocío, y en esa gota hemos sido nosotros como invisibles infusorios. Esponjas del mar, ramas de coral, acidias informes representan las raíces de nuestro organismo. Y así como hemos cogido en el hogar de nuestro cuerpo las cenizas de los muertos y las hemos avivado, tambien hemos recogido en los anillos de nuestro organismo el detritus de todas las materias, el substratum de todas las operaciones químicas del Universo, y lo hemos convertido en filamentos, y lo hemos fecundado con el caliente y vivificador riego de nuestra sangre. Y despues de haber pasado por estas sucesivas trasformaciones, por estas várias fases, hemos llegado al espíritu, y en el espíritu hemos entrevisto el Sér de los seres, el centro de los pensamientos, el alma de las almas, el sol eterno en que todas las cosas tienen su origen y todas las ideas su arquetipo, el inefable, el infalible, el santo, nuestro Dios.

Y, creedlo, así como en la esfera del Universo material reina la fuerza, y por combinaciones de fuerzas se produce todo, en la esfera del universo moral reina la libertad, y todo por la libertad se produce. El calor, el magnetismo, la electricidad, el movimiento, la mecánica celeste, la dinámica vital, todo es resultado de la fuerza cósmica; y el arte, y la ciencia, y el estudio, y el derecho, son como cristalizaciones várias de la libertad moral. El infinito espiritual y el infinito material coexisten. Á las miriadas de astros corresponden miriadas de ideas. Á la luz misteriosa en que se bañan los mundos se une la luz misteriosa del pensamiento. Como el cielo completa la tierra, el espíritu completa el cielo. Como la tierra boga en el éter, el alma boga en Dios.

EMILIO CASTELAR.

A CARIDADE.

Não ha sentimento mais formoso do que o da caridade; enchugando as lagrimas dos que soffrem derrama na alma que a pratica a doçura de uma sancta consolação.

O óbulo do pobre e o óbulo do rico tem o mesmo valor nesta balança divina; as mais pequenas parcelas com que soccorremos o infortunio de nossos irmãos, n'aquelles dias de suprema desgraça, convertem-se em flores, formando uma grinalda, que se enfeixa nos corações de ouro.

Bem hajas tu, Caridade! Abre os teus braços formosos e estreita ao teu seio os nossos irmãos desventurados.

Perderam tudo: o lar que lhes dava abrigo, os haveres, que representava ó fructo do trabalho, e mais ainda, a familia!

Ao pae não podemos restituir o filho, nem á viuva o esposo, nem á filha os carinhos da mãe; mas, ao menos, matemos a fome aos que morrem de saudade.

COSTA GOODOLPHIM.

Lisboa, 8 de Março de 1855.

Si un pedazo del globo se desquicia
En sus propios abismos desplomándose,
Al punto cubren la ciclópea tumba
Con sus espumas los revueltos mares.

Tambien el alma se desquicia á veces
Al abismo rodando de sus males,
Y cubren ilusiones y despojos
Del dolor la amargura y el oleaje.

Mas del fondo del mar los continentes
A la vida y la luz de nuevo salen:
¿No habrá para las almas terremotos
Que las hagan brotar? Tal vez. ¿Quién sabe?

J. ECHEGARAY.

Me alegraré contribuir con mi nombre al consuelo
de mis queridos compatriotas.

PAZ DE BORBON.

La prevision hace innecesario muchas veces, y
fácil siempre, el ejercicio de la caridad.

MANUEL RUIZ ZORRILLA.

Londres, á 30 de Marzo de 1885.

La limosna es como rocío del cielo, que refresca,
fertiliza y ennoblece el alma de quien la da.

MANUEL CAÑETE.

Las revoluciones violentas se evitan realizándolas
pacíficamente desde el poder.

MANUEL DANVILA.

Santhiago por parte de Castella, e o inglez San Jorge por parte da Lusitania, aqui ha seculos, de vez em quando baixavam do empyreo e vinham, como dois condottieri façanhosos, fluminar os seus montantes devastadores em campos de batalhas espapaçados de sangue. Dir-se-ia que o Altissimo consentia que aquelles dois celicolas viessem cevar n'este planeta antigas raivas, na sangoeira de duas nações, valentes propugnadoras da civilisação iniciada pelo divino Nazareno. Chronistas e poetas fariam a Deus a affronta de o suporem connivente n'esses desmandos um tanto facinoros dos seus dois sanctos.

A final, a Providencia, um dia, por um mysterioso processo dos seus designios, derrubou as bandeiras hostis das duas nações inflamadas n'um rancor rhetorico, e levantou sobre as ruinas do paraíso-terreal de Hespanha o estandarte da caridade. Em vez do estrondo das trombetas de guerra, fez soar a toada plangente dos gemidos da desgraça; e, em redor d'essa bandeira, sacudida pelas convulsões dos terremotos, ajuntou hespanhoes e portugueses em um abraço sagrado por que tem a uncção das lagrimas.

Santhiago e S. Jorge não são chamados para estas duras pelejas da caridade homana com o despotismo dos elementos. O terramoto arraza, a caridade restaura. Se ha victimas irreparaveis, é porqu'ue a lucta é muito desigual.

CAMILLO CASTELLO BRANCO.

LA ANTIGUA VELADA DE S. JUAN EN SEVILLA.

SONETO.

La noche de San Juan que se prepara,
Y que Sevilla con aplauso espera,
Es del Bétis undoso en la ribera
Noche de confusion y de algazara.

La luna ha de alumbrar serena y clara,
Del popular bullicio mensajera,
Lo mismo á la beldad más hechicera
Que á los galanes de apostura rara.

Las escenas allí por infinitas
Y por su córte gráfico no explico....
¡Gala, cantos, clamor, chistosas cuitas!....
¡Cuántas damas, en fin, de aspecto rico,
Con cautela de amor, sus tiernas citas
En la fuente darán del Abanico (1).

J. GUILLEN BUZARAN.

Sevilla, 1857.

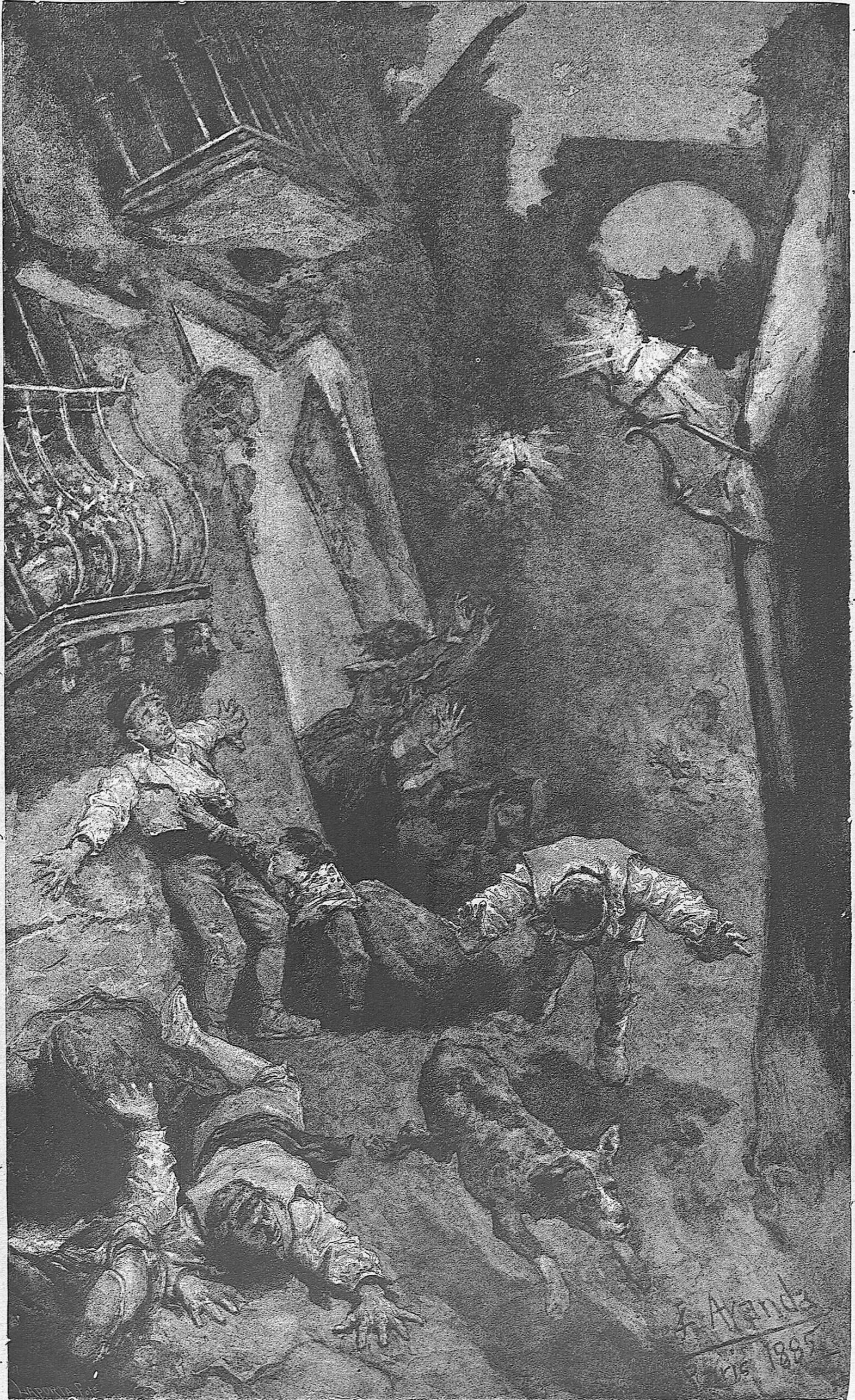
Quando era moço um dia,
Na formosa Andaluzia,
Uma graciosa criança
Deu-me uma flor,
Que tirou da negra trança.

Desditosa Andaluzia:
Devolvi-te agora a flor....
¡Ah! mas volta transformada
N'uma lagrima de dôr!

BULHAO PATO.

Março, 5, 1885.

(1) Sitio el más retirado y sombrío del paseo ó alameda de la orilla del Guadalquivir.



MOMENTO DEL TEMBLOR DE TIERRA.
(D. José Jimenez Aranda.)



DIBUJO DE D. FRANCISCO PRADILLA.

DOS HOJAS DE MI CARTERA DE VIAJE.

Al llegar á Granada, el 24 de Julio de 1852, recordé que en Cuba se me había hecho el encargo, por una persona queridísima, de visitar en su nombre el sepulcro de Isabel la Católica y el de San Juan de Dios; encargo que yo cumplí religiosamente, dejando descrito en mi cartera de viaje lo que vi, pensé y sentí al encontrarme en la capilla que guarda las cenizas del Padre de los pobres.

En el centro de esa capilla se ve un tabernáculo magnífico: sobre éste se halla colocada una urna de plata preciosísima, no sólo por el metal que la compone, sino por su ornamentación; dentro de esa urna están los huesos de San Juan de Dios: sobre ella, una cruz. Me detuve frente al tabernáculo, puse mi mano sobre la urna y besé la cruz, quedando sumergido en la más profunda meditación.

Preocupábame en aquellos momentos una idea que pocos momentos antes habría tal vez desechado, pero que se adaptaba perfectamente al estado de mi espíritu. En medio de una fascinación que no podía contrastar, porque la voluntad es á veces más débil que la imaginación, veía las sombras del Gran Capitan y del Padre de los pobres acercarse á mí. Quise comparar esas sombras como representantes de dos grandes principios emanados quizá de un mismo origen, y que habían influido notablemente, el uno, en la suerte de Granada; el otro, en la civilización del mundo cristiano.

Gonzalo de Córdoba, campeón ilustre, se presenta á mis ojos cubierto con deslumbrantes armas; un magnífico plumaje flota sobre su acerado casco, su actitud es imponente y majestuosa, su mirada altiva se alza al cielo, apoya el codo izquierdo en uno de los brazos de la cruz, y en su mano derecha centellea esa espada terror de los enemigos de su Dios y de su patria.

San Juan de Dios, hijo del pueblo, aparece vestido con un traje modesto; escasos cabellos cubren su hermosa cabeza; está arrodillado á los pies de la cruz, abrazado con ella y vuelve el rostro hácia atrás, en ademán de llamar á la humanidad afligida; brilla en sus ojos la luz de la Caridad, y su semblante refleja el candor de un alma consagrada al amor de Dios y de los hombres.

El Gran Capitan se alza al frente de sus ejércitos: ondean al viento las banderas que ostentan una cruz, y ataviado con marciales arreos, liberta á España de la dominación agarena, que pesó ocho siglos sobre ella, dejando un rastro de sangre y de ruinas bajo los carros del corcel que huella triunfante por todas partes el esplendor de la morisma. Hé aquí al caballero de la Edad Media.

San Juan de Dios no tiene más armas que un crucifijo de cobre, ni más arreo que un cesto de paja para recoger sus limosnas; levanta, sin embargo, la frente serena en los palacios adonde llega á pedir el pan para los pobres ó bajo las chozas miserables, en que recoge sobre sus espaldas, llevándolos triunfantes á su hospital, en la creencia de que ha salvado á sus hermanos de la miseria y de la muerte. Su genio parece remontarse ménos que el del Gran Capitan; pero hay un poder misterioso en su alma, que le impele á comprender y realizar uno de los más sagrados dogmas de la religión que profesa: el amor al prójimo. Hé aquí al hijo de Jesucristo.

Gonzalo de Córdoba reposa en la opulencia; su nombre está grabado en letras de oro, al par del de los héroes de la antigüedad: en sus salones y bajo banderas despedazadas brillan preseas magníficas, recogidas en medio del fragor del combate, tintas en sangre ó al fulgor de las llamas del botín en los alcázares de los reyes moros ó en las ciudades de Italia; y sin embargo, ese guerrero se enfurece ó gime cuando la indiferencia del monarca en sus últimos años le hace apurar los tormentos de la ingratitud.

San Juan de Dios nunca es más rico que cuando ha podido darle todo á los pobres, cuando se ha privado de lo suyo en bien de sus semejantes: un mendrugo de pan negro, la sombra de un árbol, una ruinosa calzada, bastan á sus necesidades; el único rumor que anuncia su paso es el que produce aquella voz simpática, que sin cesar repite: «Haced bien para vosotros mismos.» No derrama, enjuga la sangre humana; recoge las lágrimas vertidas á impulso del dolor, propaga el fuego purísimo de la Caridad y logra encender en él innumerables corazones. Si la ingratitud le hiere, si el pueblo le escarnece, le befa y le maltrata, vuelve alegre los ojos al cielo, porque en él está su recompensa.

Gonzalo de Córdoba muere, y la corte viste de luto, y cien pendones cubren su féretro y se agrupan todos los héroes de la antigüedad sobre su sepulcro.

San Juan de Dios cierra los ojos en su modesta celda; la sonrisa del justo cierra sus labios; sus obras le siguen á la Gloria, é innumerables asilos consagrados al alivio de la humanidad doliente se levantan en la tierra, donde su nombre se invocará siempre con veneración al traves de los siglos, mientras que las lágrimas de los hombres de buena voluntad riegan su sepulcro.

Gonzalo de Córdoba fué acaso el último representante de su época; de esa época de conquistas gloriosas, de brillantes torneos, de espléndidos sacrificios.

San Juan de Dios fué uno de los primeros representantes del principio salvador de Jesucristo, de ese principio que hace los hombres hermanos, que los enlaza con Dios, que disculpa y consuela las miserias mundanales y que ofrece una eterna bienaventuranza en recompensa de las virtudes.

El gran guerrero y el pobre hombre por excelencia, á nuestro modo de ver, han sido héroes; los principios de ambos subsisten todavía en el mundo, pero seremos más cristianos y más felices el día que prevalezca el de la Caridad sobre el de las conquistas sangrientas: el de San Juan de Dios sobre el de Gonzalo de Córdoba.

J. R. BETANCOURT.

Granada, Junio, 1852.

Á ORILLAS DEL OCEANO.

Ese fragor con que la mar bravía,
Rugiendo noche día,
De sus furores la explosion ensaya,
Dejando que las olas incesantes
Se rompan espumantes
En las arenas de la curva playa,

Parece ante mi absorto pensamiento
Eco vago y acento
Del misterioso hervor de las pasiones
Que, en sucesión jamas interrumpida,
Mientras dura la vida,
Tormento son de humanos corazones.

Tiene la mar, tras fieras tempestades,
Las puras claridades
Del iris que ilumina cielo y tierra,
Y que, con dulce influjo indefinible,
Disipa bonancible
De las ondas y el abrego la guerra;

Pero el triste mortal que mudo llora
Pena desoladora,
Fruto de los embates de la suerte,
En el seno amoroso
Del más allá de la temida muerte.

En su santa clemencia Dios bendiga
Al que en ruda fatiga
Cruza por todo mar con rumbo incierto,
Dándole como premio á sus afanes,
Sin penas ni huracanes,
La paz ansiada de seguro puerto.

Y en él no tema nunca los furores
De vientos bramadores,
Ni de ciega fortuna la mudanza,
Siendo á su vida generoso amparo
Como perenne faro,
La salvadora luz de la esperanza.

ANTONIO ARNAO.

CARTA.

Señores D. José Fernandez Bremon, D. Félix G. Llana, D. Alfredo Escobar, D. Andres Mellado, D. Isidoro Fernandez Florez y D. Manuel Troyano:

Vuestra carta he recibido,
Ilustres hijos de Apolo,
(El nacido de Latona,
No el fundado por Gargollo),
Diciéndome que pensais
En publicar un periódico
Para auxilio de los pobres
Victimas del terremoto.
Vuestro plan es muy loable,
Caritativo y patriótico;
Pero tiene un gran defecto,
Que deciros me propongo.
¿Cómo quereis, desdichados,
Que os salga bien el negocio,
Si buscáis que yo en tal obra
Colabore con vosotros?.....

Pedirme una *poesía*,
Y es pedir peras al olmo.
Pedirme un *cuento*, sabiendo
Que yo nunca fui chismoso.
Quereis tambien que os envíe
Algun *artículo* corto,
Sin ver que los de consumo
Se venden á peso de oro.

Pedis luego un *pensamiento*,
Cual si fuera yo colono
Que hiciera brotar las flores
En invierno riguroso,

Y, en fin, pedirme una *frase*,
Cuando soy tan económico
Que frases no gasto nunca
Por no hablar con circunloquios.

Si música me pidierais,
Esto sería más lógico,
Porque al fin soy zarzuelero
Y con la solfa me entono,
Hallándome bien dispuesto
A llenar vuestro periódico
De jotas y pasacalles,
De tiranas y zorongos.

Y si estos cantos alegres
Los desechais, por impropios
Del sentimiento que inspiran
Los andaluces destrozados,
Puedo en cambio componeros
La música de un responso,
Ó cantar el *Miserere*,
Ó tocaros el piporro.

FRANCISCO ASENJO BARBIERI.

¡EZ PENATU!

¡O Jauna! Aurten udaberrian
Eziñ zabaldukoda lore bat
¡Andaluzian!
Baña malko bat ikusitzian
Biotz guztiak zabalzen dira
¡Euskal-errian!
Puskatubedi lurra azpian
Landarecho bat gelditu gabe
Mundu guztian,
¡An! Kristau-sarjiñ choragarrian
Beti anima loratukoda
¡Karidadian!

ANTONIO ARZAC.

Donostian, 1885-eko Otsailaren 9-an.

(Traducción hecha en cuanto lo permite la diversa índole de ambas lenguas):

¡NO NOS APESADUMBREMOS!

¡Oh Dios! Este año en la primavera
No podrá abrirse una sola flor
En Andalucía!
Pero al ver una lágrima
Todos los corazones se abren
En la Euskal-errian (ó país euskaro).
Quebrántese la tierra en sus cimientos
Sin que quede una sola planta
En todo el mundo.
¡Allá, en el enloquecedor jardín de la Cristiandad,
Siempre florecerá el alma
En la Caridad!

San Sebastian, 9 Febrero 1885.

LAS ARMAS Y LA CRUZ.

«No hacer hoyo á moro muerto;
Los suyos que se lo hagan»,
Iba diciendo y andando
El jefe de la ambulancia.
«Sargento de zapadores,
Den más aire á las azadas.»
Las palas y zapapicos
Se hundían ó descargaban
Con el golpe desmayado
Que los frailes de la Trapa
Se ahondan la sepultura,
Rezan *in mente* y descansan.
El sargento veterano,
De que oyó á quien tal mandara,
Sin advertir á los suyos
Corrió la fila y pensaba:
«Mientras caen los heridos
Al empuje de la bala,
Se tambalean un poco
Como la gente borracha;
Pero ya que pasa noche
Sobre el campo de batalla,
Y quedan frios los muertos,
Parece que áun se amenazan.»
«Sargento de zapadores,
Den más aire á las azadas.»

Era el campo de Wad-Rás,
Sin Santiago y por España,
Que allí pusieron los hombres
Su solo esfuerzo en las armas.
Donde fué Ciudad-Rodrigo
Héroe de la jornada,
Los soldados resistieron
Pisar la sangre encharcada,
Y los buitres se cernían
Sobre las cumbres del Atlas.
Fué la lucha; la victoria
Trocó el luto en alabanza.

El zapador veterano,
Puesta la corta mirada
Sobre el campo de cadáveres,
Midió la pasión humana.
Y ¡oh pueblos de Andalucía!
Cuando á nuestros pies estalla
La tierra que Dios nos presta,
El hombre al hombre se ampara,
Y del corazón le nacen
La caridad y las lágrimas.

ANTONIO ROS DE OLANO.

EL FARISEO.

Hipócrita cual no hay dos,
Con sus ribetes de ingrato,
No entra en casa de Pilato;
Pero crucifica á Dios.

ABDON DE PAZ.

LA CARIDAD Y EL TRABAJO.

Cuando ante la horrible catástrofe de Andalucía he visto á Madrid, á España entera, á casi toda Europa, estremerse de emoci6n, asociarse con pr6diga solicitud al infortunio de las victimas del desastre y acudir inmediata, unánime, resueltamente á los dulces socorros de la caridad á fin de dar consuelo á tantos afligidos, valor á tantos desanimados, pan á tantos hambrientos, medicina á tantos dolientes, vestidos á tantos desnudos y albergue á tantos desamparados, no he podido ménos de entregarme á la explosi6n del sentimiento y bendecir, con los ojos húmedos de ternura y la voz embargada por la emoci6n, esa virtud divina que con la fe y la esperanza, sus asiduas compañeras, forman el sagrado nudo y la brillante aureola del supremo amor. ¡CARIDAD, CARIDAD! ¿Qué fuera sin ti en el triste valle de amargura, donde sujeto á todas las astucias del dolor vegeta el hombre? Pero no sólo á sentir, sino á pensar profundamente, me han brindado el horrendo estrago de la comarca desdichada y el hermoso espectáculo de todas las almas generosas y caritativas. ¿Y quién, áun en medio de estas luchas del corazon, pone freno á la tenacidad del pensamiento? El espectáculo de la caridad es sublime; pero por larga que sea su dadivosa mano, ¿basta ella sola á curar todas las heridas? Esta indudablemente sería la menor de las cuestiones, si á la par no saltasen á la vista otras no ménos interesantes. ¿Se habrá resuelto despues de todo el difícil problema cuando á las pobres victimas del celeste castigo se les haya satisfecho el hambre, cubierto las desnudas carnes y protegido bajo un hogar interino ó permanente? Acaso terminará con esto el signo del estrago: pero ¿se habrá extirpado la miseria?

Algunas comisiones filantrópicas de las que han llevado recursos á los pueblos destruidos no han olvidado levantar la barraca para la escuela junto á la barraca para el culto y la barraca para el hogar; pero nadie se ha cuidado de llevar el signo más seguro de la redenci6n de la miseria en los instrumentos del trabajo; ántes bien, se han pedido operarios á todas partes para acudir á las necesidades perentorias de tanta reconstrucci6n. ¡Este es el signo mortal de todas las catástrofes españolas! Tan mendigo es el que en tiempos tranquilos y normales lo espera todo de las dádivas del cielo, como el que en los de gran calamidad tiende la mano á las prodigalidades de los corazones generosos y conmovidos por el espectáculo de los desastres. Virtud es la caridad que acude á todas las aflicciones, en todos los casos de la indigencia; pero no es ménos virtud la opulencia que pone al hombre, á la familia, al Estado, al abrigo de la necesidad en los tiempos normales y aminora con sus recursos propios la intensidad de las catástrofes inesperadas. Algunos objetarán que todos quisieran ser opulentos; pero en el último tercio del siglo XIX no es lícito sostener la teoria de la imposibilidad contra la miseria. ¡En nuestros tiempos sólo es pobre la tierra estéril, el brazo estéril, la mente estéril! ¡Bendita sea la caridad, que consuela las grandes aflicciones de la vida! ¡Pero una y mil veces benditos también la instrucci6n y el trabajo, únicos redentores por ley de Dios de la miseria que siempre acosa al hombre sobre la tierra!

EL CONDE DE LAS ALMENAS.

FRAGMENTO

DE LA ESCENA IV DEL ACTO PRIMERO DE UNA COMEDIA INÉDITA.

D. JULIAN.
 Los afectos y el dinero
 Tienen esto semejante:
 ¡Tú que eres tan comerciante!.....
 D. JUAN. Pues por eso considero
 Que es lo más útil poner
 A toda indócil pasi6n
 El freno de la razon,
 Y que es lo mejor tener
 Afectos y capital
 En una misma partida
 De la cuenta de la vida.
 D. JULIAN. ¡Aritmética fatal!
 Para el haber propio..... bueno;
 Cotice su alma quien quiera;
 Pero no cuando se opera
 Sobre el capital ajeno.
 Si sujetaste á ese yugo
 Tu prudente corazon,
 Esa no es una razon
 Para que seas verdugo
 Del de tu hija.
 D. JUAN. ¡Cruel!
 ¿Tu supuesto es verdádero?
 D. JULIAN. Bien, no quiere al otro; pero.....
 ¿Sabes si le quiere á él?
 D. JUAN. ¡Qué! ¿para ser bien casada
 Y muy feliz con su esposo
 Una mujer, es forzoso
 Que esté de él enamorada?
 D. JULIAN. ¿Pues á qué ha de ser debida
 La union de sus existencias
 Sino.....
 D. JUAN. Á mutuas conveniencias
 Que son leyes de la vida,
 Cuya eficacia y virtud
 Son un lazo más seguro
 Que el amor.

D. JULIAN. Y yo te juro
 Que no hallo una esclavitud
 Mayor, ni la puede haber,
 Ni más horrible cadena
 Que ésa, á la que se condena
 Tantos veces la mujer.
 ¡Librarse por pacto á un hombre
 Que de su alma no es el dueño!
 Cuando se hace en pequeño,
 Suele tener otro nombre.
 D. JUAN. ¡Julian! vé que injurias ya
 Lo que enaltecer debieras.
 D. JULIAN. Ponle el nombre que tú quieras
 Al precio..... ¿Qué más dará?
 Solo en la ideal pasi6n
 Que en dos almas se unifica,
 Se aquilata y purifica
 Lo material de esa union.
 Ella es la base primera
 De la familia social,
 Unidad fundamental
 De la sociedad entera.
 Ella.....
 D. JUAN. Aunque así lo demande,
 Nunca puede un sentimiento
 Tan voluble ser cimientio
 De un edificio tan grande.
 Y en la supina ignorancia
 De la pobre humana grey,
 Ni ante Dios ni ante la ley
 Tuvo nunca esa importancia.
 Para darle valimiento,
 Se le exigen de barato
 Ante la ley un contrato,
 Y ante Dios un sacramento.
 ¡Y hasta esa doble coyunda
 Para sujetarle es vana!.....
 No; de la familia humana
 La base está más profunda.
 Pero áun suponiendo que es
 Factor..... de los importantes;
 Eso que tú quieres ántes,
 ¿No es preferible despues?
 ¿Puede haber fuente más pura
 Del amor que el matrimonio?
 ¡Cuántos darán testimonio
 De que es buen Cupido el cura!
 Honra, virtud, fe sincera,
 Que el interes tome parte.....
 Y hacerse amar luego es arte
 Al alcance de cualquiera.
 Sólo en la sana razon
 Toma cuerpo el ideal,
 Y si un contrato legal
 Y una santa bendici6n
 Vienen á cerrar la valla.....
 ¡Ya no hay más retroceder!
 D. JULIAN. ¡Pobre valla es el deber
 Cuando la pasi6n estalla!
 De uno y otro en la armonía
 Está la intrincada ciencia
 De la justa conveniencia,
 Ley de tu filosofia.
 La dicha es necesidad
 En cuya satisfacci6n
 Sólo entiende el corazon:
 Quien quiera felicidad,
 Aquí ha de buscarla, aquí,
 (Señalando al corazon.)
 Puesto que es un sentimiento.
 D. JUAN. No, que está aquí el pensamiento,
 (Señalando á la frente.)
 Y es el que manda.
 D. JULIAN. ¡No!
 D. JUAN. ¡Sí!
 Que por alguna razon
 Dios en su sábia grandeza
 Puso al hombre la cabeza
 Encima del corazon.
 ¡Aquí está la luz que guía! (Idem.)
 D. JULIAN. ¡Y aquí la voz misteriosa (Idem.)
 Que manda siempre imperiosa!
 Pero ¡qué vana porfía!
 En nosotros dos contemplo,
 Recordando en mi memoria
 Nuestra diferente historia,
 De esa verdad el ejemplo.
 Tú..... por lo que quiso Dios,
 Sin amar has poseído. (Señalando uno de los dos
 retratos de mujer que hay en la habitacion.)
 Yo amando, no: ¿y quién ha sido
 Más infeliz de los dos?
 (Risa irónica de Don Juan.)
 ¡Oh, si pudieran hablar
 Esas dos que están ahí!
 D. JUAN. (Con enfado y arranque de mal humor.)
 ¡Eh, no me vengas á mi
 Con tanto sensiblear!
 (Reponiéndose y levantándose.)
 Hago á su memoria honor,
 Y á Dios por su alma plegarias.....
 Pero..... eran dos visionarias,
 Como tú, en puntos de amor.
 D. JULIAN. ¡No sé cómo pudo haber
 Quién jamas te haya querido!
 D. JUAN. Pues los hay, y los ha habido.
 D. JULIAN. ¡Era un ángel tu mujer!
 D. JUAN. ¿De ella no más? Y de tí,
 Y eso que eres tan hurraño,
 ¿No lo soy?
 D. JULIAN. Si, y no es extraño.
 D. JUAN. ¿Por qué?

D. JULIAN. Por que soy así.....
 Un tonto.
 D. JUAN. ¡Pues ahí verás!
 D. JULIAN. Eso la cuesti6n no fija,
 Porque hasta tu misma hija
 Me quiere á mí mucho más
 Que á tí.
 D. JUAN. ¡Vaya, y se comprende!
 Tú regalas, yo escatimo;
 Tú eres el que la da mimo,
 Y yo soy quien la reprende:
 Es un ídolo en tu casa,
 Que goza omnímodo mando,
 Y yo aquí de cuando en cuando
 Pongo á sus caprichos tasa.
 Tú á su instinto das la rienda;
 Yo su razon alecciono:
 Su razon será en mi abono
 Cuando ella su bien comprenda.
 Por eso quiero ser yo
 El que dirija el asunto
 De su enlace.
 D. JULIAN. Y yo pregunto:
 ¿Violencias?
 D. JUAN. ¡Hombre, no!
 D. JULIAN. ¿Tendrá plena libertad?
 D. JUAN. Eres capaz de aburrir.....
 Lo que quiero es dirigir
 Á su bien su voluntad;
 Que aunque el rumbo es diferente,
 Ambos su bien deseamos.
 D. JULIAN. ¡Pues á ver si lo logramos! (Casi suplicante.)
 ¿Tienes á la mesa gente?
 D. JUAN. No. Solos vamos á estar.
 D. JULIAN. Pues me voy, para volver
 Pronto.
 D. JUAN. ¿Vendrás á comer?
 D. JULIAN. ¿Hoy? ¡á comer y á almorzar!
 D. JUAN. ¡Bueno! (Asintiendo alegremente.)
 D. JULIAN. Adios.....

MARIANO ZACARÍAS CAZURRO.

Si la naturaleza física, por enseñar al hombre que es mezquino y perecedero en el propio esplendor de sus triunfos y en el encumbramiento de sus glorias, le envía á la par los dones y las calamidades, inagotables tesoros de su seno y las catástrofes temerosas de sus espantables revoluciones, hay también en la naturaleza moral, para consuelo de los que padecen, el Amor y la Caridad.

La Tierra—el Titan sojuzgado, pero jamas vencido— en su enojo y fiera contra el hombre, ha devastado y deruido la hermosa region de Andalucía, el encantado rincón donde parecia en cierta manera restaurado el antiguo paraíso. Allí dos altas civilizaciones, émulas y enemigas, se habian dado el beso de paz para que las catedrales y las mezquitas, los palacios y los alcázares, las leyendas cristianas y las tradiciones musulímicas, las kasidas arábicas y los cantares caballerescos, las costumbres del Oriente y las instituciones del Mediodía, el amor y la fe, la galantería y el misticismo, hablarán al propio tiempo á la imaginaci6n y á los sentidos, á la Poesía y á la Historia. Esa gentil y poética Andalucía no es sólo la joya de las Españas. El empuje violentísimo que hizo temblar su suelo y desplomar sus edificios cundi6 en gemidos lastimeros á todas partes donde lo bello halla cultores. Es Andalucía como si fuera la Delfos, la Meca, la tierra de peregrinaci6n, la tierra sagrada, para el culto de la Naturaleza y para la religion del Arte.

Por eso la compasi6n que inspiran sus desdichas es algo más de la que pueden producir las lástimas y miserias de otro hogar y de otro pueblo. No es sólo amor y filantropía. Es el egoismo del Arte, que se adorna y engalana con las vestiduras y preesas de la Caridad.

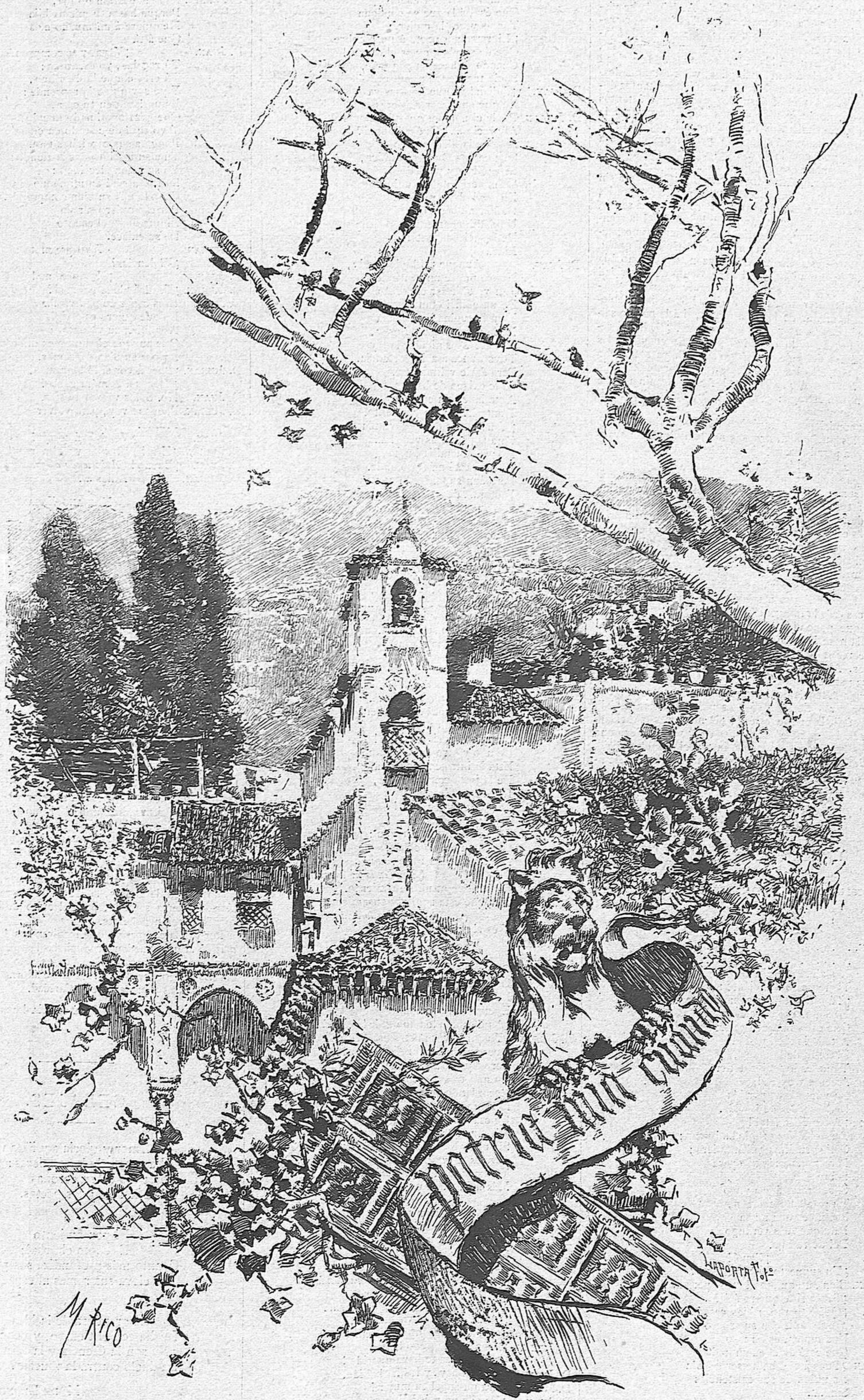
JOSÉ MARÍA LATINO COELHO.

Lisboa, 16 de Marzo de 1885.

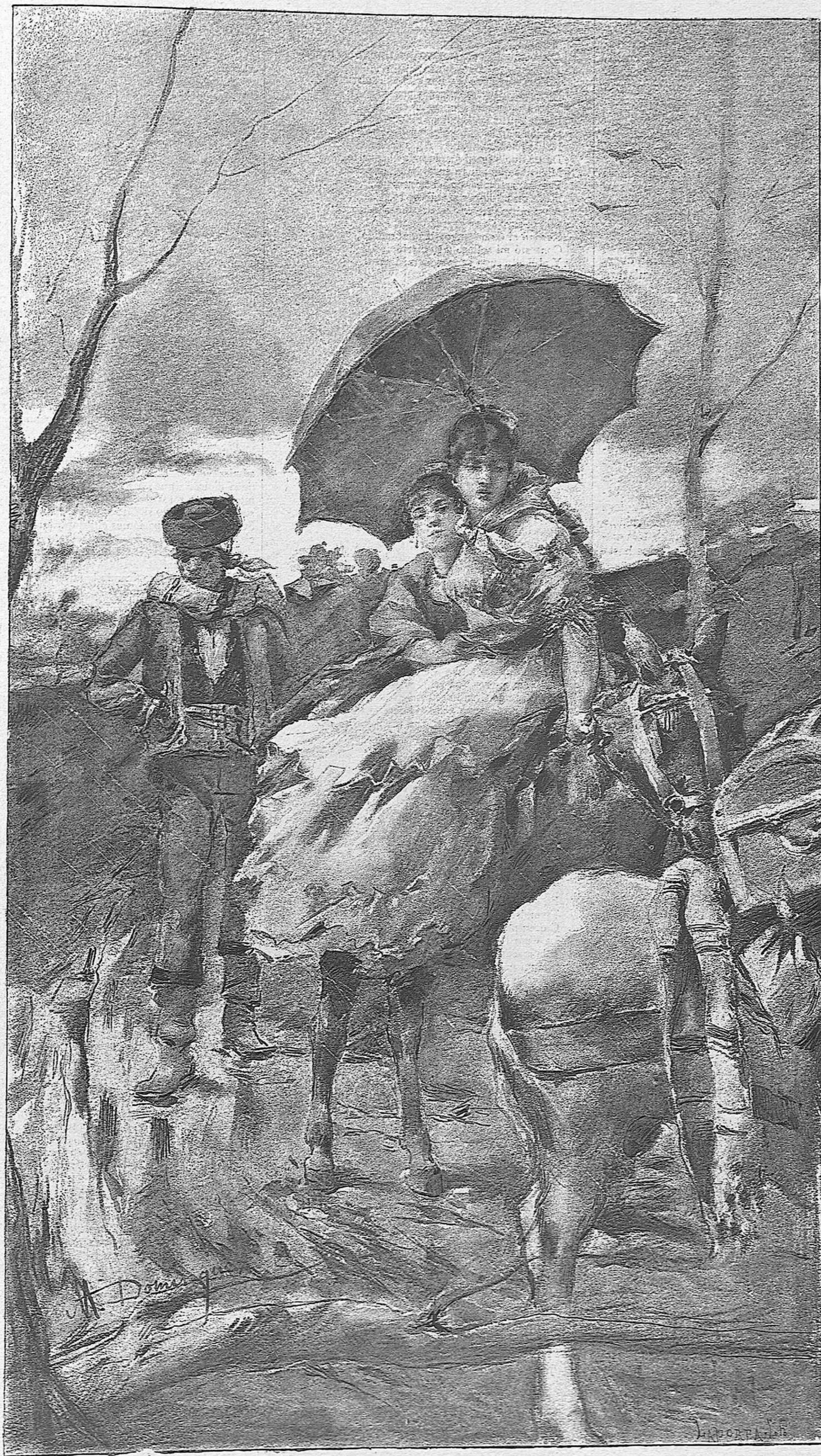
CELAJES.

Amor y gloria aquilatan
 La mejor de las noblezas:
 Por eso ciñen coronas
 Los héroes y los poetas.
 * *
 El pensamiento
 Es como el árbol;
 Cuanto más profundiza sus raíces
 Más eleva sus ramas al espacio.
 * *
 La grandeza de la idea
 Lucha con el tiempo, y vence.
 ¿No son la Ciencia y la Historia
 un duelo contra la muerte?

M. DE LLANO PERSI.



DIBUJO DE D. MARTIN RICO.



HUYENDO DEL TERREMOTO.
(D. Manuel Domínguez.)

LAS DOS RUINAS.

Á ANDALUCÍA CON MOTIVO DE LOS TERREMOTOS.

Pues nos sirve el dolor que nos subyuga
Para juzgar de las extrañas penas,
Y sólo aquel que propias las enjuga
Puede sentir las lágrimas ajenas,
¿Quién sabrá como yo compadecerte,
Noble pueblo andaluz? Á las cadenas
De un duelo igual forzándonos la suerte,
Mientras que por tu suelo hendido y roto
Pasaba, retumbando, el terremoto,
Muda en mi hogar sentábase la muerte.
Á un mismo tiempo nos rindió el quebranto;
Con el ¡ay! de tu espanto
Resonó el de mi angustia confundido,
Contestó mi sollozo á tu alarido,
Y al llanto tuyo se mezcló mi llanto.

Si contemplaste tu heredad deshecha,
Yo mi morada contemplé vacía;
Si arrasada lloraste tu cosecha,
Lloré imposible la esperanza mía;
Si agrietó el corazón de tus montañas
El volcán en sus antros oprimido,
El pesar contenido
Desgarró, aunque en silencio, mis entrañas;
Y si la tierra, cual madrastra dura,
Nublando el sol de tus risueños climas,
La sima abrió junto á tus piés, oscura,
Junto á mis piés abrió la sepultura,
La más negra y más honda de las simas.
Perdona si hasta dudo,
Cuando tú daño á compasión me mueve,
Cuál más de entrambos merecerla pudo.
Consuelo al tuyo mi infortunio lleve;
¿Qué es el azote rudo
Del terremoto que al herir retumba,
Junto á esos silenciosos cataclismos
En que una parte de nosotros mismos
En el fondo del alma se derrumba?
Tal vez la hundida casa
Que la tormenta arrasa
La constancia del hombre reedifica.
¿Quién hay que llenar pueda
La que desierta y solitaria queda,
Ruina que en pie su destrucción publica?

Por eso cuando intento
Dictamo hallar á tu dolor sagrado,
Voy, sin quererlo, á mi recuerdo triste;
Pues tal nos tiraniza el sufrimiento,
Que la piedad que siente el desdichado
No es si no forma en que su mal persiste.
No pidas, pues, á quien cual tú padece,
No pidas más que el óbolo ignorado
Que la discreta lágrima humedece.
Aquel que abarque el colosal teclado
Donde la voz de la aflicción se exhala;
El que su inmensa escala
Recorra en un pentágono infinito,
Y al horror imponiendo la armonía,
Logre en su poesía
Rimar la queja y concertar el grito,
Ese entone, llorando, tu elegía.

¿Cuál yaces hoy en donde ayer reinabas!
En sus firmes cimientos de granito
Tiemblan los edificios que habitabas;
Crecen por tus desiertas soledades
La estéril zarza y la hojarasca impura,
Y borradas del mapa tus ciudades,
Son un montón de escombros en la llanura.
Mientras tu luto llores
¿Oh sultana del sol, oh Andalucía!
¿Dónde irán á cantar los ruiseñores?
¿En qué jardines nacerán las flores,
En qué horizontes el albor del día?

EMILIO FERRARI.

LA COMPASION.

El creyente.—No lo niegues; en la compasión hay algo de divino.

El pensador.—No te obstines; la compasión es esencialmente humana.

El creyente.—¿Quieres que apele al testimonio de uno de los tuyos? Voltaire, el gran impio, reconoce en la compasión un don del cielo, cuando dice que es el contraveneno de todas las ponzoñas de la vida.

El pensador.—¿Quieres que apele yo también á las palabras de uno de los vuestros? José de Maistre, el gran católico, no busca á la compasión orígenes divinos, cuando la da por inherente á la humana naturaleza, y afirma que es tan propia del hombre como la misma respiración.

El creyente.—Otro gran católico ha probado que los que no participáis de nuestra fe, sabéis consolar los males del prójimo, pero no compadecerlos.

El pensador.—¿Bah! Ríete de semejantes demostraciones. También se ha probado que una digestión perfecta dispone á maravilla para la compasión.... Brillat-Savarin ha dicho de ella que es una sensación precordial que experimenta el hombre cuando ve sufrir al prójimo; de donde se deduce que tiene muy poco de divino un sentimiento tan estrechamente relacionado con el diafragma epigástrico.

Otro día les hallé retozando con libertad enteramente pastoril. Camila, que tenía calor hasta en invierno, estaba vestida á la griega. Él andaba por allí con babuchas turcas, en mangas de camisa, alegre, respirando salud. Ambos se me representaban como la misma inocencia. Parecía aquello la Edad de Oro, ó las sociedades primitivas. Camila se bañaba una ó dos veces al día. Era fanática por el agua fresca, y salía del baño más ágil, más colorada, más hermosa y gitana. Él no era tan aficionado á las abluciones; pero su mujer, unas veces con suavidad, otras con rigor, le inculcaba sus preceptos higiénicos, asimilándole á su modo de ser de ella. Una mañana presencié la escena más graciosa.... Me reí de veras. Mi prima, vestida como una ninfa, daba á su marido una lección de hidroterapia. Desnudo de medio cuerpo arriba, mostrando aquella potente musculatura de gladiador, estaba Miquis de rodillas, inclinado delante de una gran bañera de latón. Su actitud era la del reo que se inclina ante el tajo en que le han de cortar la cabeza. El verdugo era ella, toda remanada, con la falda cogida y sujeta entre las piernas para mojarse lo menos posible. El hacha que esgrimia era una regadera. Pero había que oírles. Ella: «Restregate, cochino; frótate bien; toma el jabón.» Él: «¡Socorro, que me mata esta perra; que me hielo; que se me sube la sangre á la cabeza!» Ella: «Lo que se te sube es la mugre; ráspate bien, hasta que te despellejes. Grandísimo gorrino, lávate bien las orejas, que parecen.... no sé qué.» Y no teniendo paciencia para aguardar á que él lo hiciera, soltaba la regadera, y con sus flexibles dedos le lavaba el pabellón auricular con tanta fuerza como si estuviera lavando una cosa muerta. «¡Que me duele, mujer!....» «Lo que duele es la porquería», respondía ella pegándole un sopapo. Parecía meterle los dedos hasta el cerebro.

Después le frotaba con jabón la cabeza, la cara, el pescuezo, y él, apretando los párpados, cubiertos de jabón, gritaba como los chiquillos: «¡No más, no más!....» En seguida volvía Camila á tomar la regadera y á dejar caer la lluvia, y él á pedir socorro y á echar ternos y maldiciones. El agua invadía toda la habitación. Se formaban lagos y ríos, que venían corriendo en busca de los piés de los que presenciábamos la escena (mi tía Pilar y yo). Era preciso andar á saltos.

—Hija—dijo mi tía—vas á inundar el piso y á pudrir las maderas. Mira qué cara pone éste porque le estropeas su casa.

—Para eso la pago.

Y salía sin esquivar los charcos, metiendo los piés en el agua. Llevaba zapatillas de baño, de esparto, bordadas con cintas de colores; pero á lo mejor se le caían, y seguía descalza, como si tal cosa, sobre los frios ladrillos.

Su mamá se reía como yo. Dijome después: «Es increíble cómo esta cabeza de chorlito ha transformado á su marido. En esto del aseo ha hecho una verdadera doma. Era Constantino uno de los hombres más puercos que se podían ver. ¡Qué manos, qué orejas, qué cogote! Y míralo ahora: da gusto estar á su lado. Parece un acero de limpio. Verdad que mi hija se toma todas las mañanas el trabajo de lavarle, como lavaba al Curri cuando tenían perros en la casa.»

Poco después Camila se presentó más vestida. Miquis llegó al comedor, colorado, frescote, con los pelos tiesos, riendo como un niño grande y abrochándose los botones de la camisa. «Estas leñas no las aguanta nadie más que yo.... ¿Ha visto usted qué hiena es mi mujer?» Corría Camila á hacer el almuerzo, pues estaban sin criada, pienso que por economizar. «Patrona, que tengo gana, que le como á usted un codo si no me trae pronto el rancho.» Y sentíamos rumor de fritangas en la cocina, y estrellamiento y batir de huevos. «Ahora—me dijo Miquis con beatitud—nos pasamos con una tortillita y café. Hemos suprimido la carne por artículo de lujo, y tan ricamente.... Á todo se hace uno. Esta Camila es el mismo demonio. ¿Pues no dice que va á reunir dinero para comprarme un caballo?.... ¿No sé qué me da de sólo pensarlo!.... ¿Será capaz?....»

Miré á Constantino y advertí en su rostro una emoción particular. Ó yo no entendía de rostros humanos, ó se humedecían con lágrimas sus ojos. «¡Dios mío, Dios mío!—pensé en un paroxismo de aflicción—¿por qué no he de poseer yo una felicidad semejante á la de este par de fieras?»

B. PEREZ GALDÓS.

D: *Lo Prohibido*, tomo II (inédito).

El creyente.—El materialismo rebaja y mancilla los movimientos más generosos del alma. La religión los eleva y purifica. ¡Cuán distintas vuestras torpes concepciones de las nobles ideas cristianas! Cuando el Evangelio dice: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*, establece con soberana fijeza los vínculos que en este punto unen al hombre con Dios. Sin las revelaciones divinas, ¿daríamos tanto impulso á tales sentimientos?

El pensador.—Ninguna revelación divina recibieron los griegos, y elevaron altares en Atenas á la Misericordia. Esta deidad—decía Pausanias—es la que debiera recibir culto más privilegiado; todas las naciones debieran ofrecerle sacrificios, porque todas las naciones han menester de ella mutuamente. ¡Nueva prueba de que la compasión es esencialmente humana!

El creyente.—No. ¡Nuevo testimonio de su excelso origen, cuando hasta los paganos la convirtieron en una divinidad!

El pensador.—El hombre deifica sus propias virtudes; las atribuye todas á Dios, y así lo comprende. Sin la compasión no habría humanidad; los primeros hombres hubieran desaparecido, víctimas de su egoísmo sin límites.

El creyente.—¡El egoísmo si que es esencialmente humano!

El pensador.—Por eso le ligan á la compasión lazos tan fuertes. La Rochefoucauld dice con gran acierto: *La pitié est souvent un sentiment de nos propres maux dans les maux d'autrui.*

El creyente.—Así un santo obispo bendecía las desgracias propias, porque le enseñaban á compadecer las ajenas.

El pensador.—¡Así el sombrío Schopenhauer coincide y conviene con tu santo obispo!

El creyente.—¿Cómo?

El pensador.—Diciendo que la compasión es un hecho admirable y misterioso, merced al cual vemos aquella línea divisoria que, á los ojos de la razón, separa totalmente unos seres de otros, borrarse y desaparecer; de suerte que el *no-yo* se identifica en cierto modo con el *yo*. Solamente la compasión es el principio real de toda justicia libre y de toda caridad verdadera.

El creyente.—La piedad humana es un reflejo de la misericordia divina.

El pensador.—Imaginando la misericordia divina, sublimas la piedad humana.

El creyente.—Es tan excelsa virtud, que de un Dios hizo un hombre.

El pensador.—Tan excelsa es, que de un hombre ha hecho un Dios.

MARIANO DE CÁVIA.

EL TERREMOTO.

CANTARES.

No es que me falte valor,
Pero á mí me dan temblores
Cuando pienso en el temblor.

Yo vi á mis caballos
Romper los ronzales.
¡Vaya, que los hombres reciben lecciones
De los animales!

¡Acuérdate de la torre
De un pueblecito andaluz:
Su grandeza se hizo polvo;
Sólo quedó en pie la cruz!

Revolviendo escombros
Con su cuerpo di.
¡Sólo por las trenzas de su pelo negro
La reconoci!

Como el árbol de la grieta
Nos tiene nuestra aflicción:
Partidos en dos mitades,
Y enseñando el corazón.

Llorando me paso el día,
Por la casa que me han dado
Y por la que antes tenía.

Nos han mandado socorros
Todas las otras naciones....
¡Con qué lengua tan hermosa
Se entienden los corazones!

Los hijos de Barcelona
Un pueblo entero nos dan.
Cuando uno ve estas acciones
Quisiera ser catalán.

Sin padres, y en mi aflicción,
Me recogieron las madres
Del Sagrado Corazón.

Ya me han dado abrigo,
Ya me han dado hogar....
Ay! Pero á mi madre que murió enterrada,
¿Qué le pueden dar?

Vuelven con la primavera
Los pájaros que se han ido....
¡Cuántas pobres golondrinas
Van á encontrarse sin nido!

JUAN JOSÉ HERRANZ.

Á PEDRO PONCE DE LEON.

FRAGMENTO.

¿Mas tu historia cuál es? ¿De tu existencia
 Quién fué el autor? ¿Do se meció tu cuna?
 ¿Qué presentes debiste á la fortuna?
 ¿Qué turbó tu razon ó tu conciencia?
 ¿Vino en tu auxilio cariñosa mano?
 ¿Te afligieron del odio los rencores?
 ¿Buscaste amor en vano?
 ¿Cuál ha sido el dolor de tus dolores?
 Si se ignora tal vez, si está perdida
 ¡Oh buen monje! tu historia, hé aquí tu vida.
 Recibir de la mano omnipotente
 Una noble misión y salvadora,
 Llevar esa inquietud devoradora
 Que reposo ni tregua no consiente;
 Empuñando la antorcha de la ciencia,
 Lanzarse á cavernosas soledades.
 De la fuerza sentir las tempestades
 Y el cansancio mortal de la impotencia.
 Llegar de la verdad á lo profundo.
 Aceptar días de amargura llenos,
 Para decir al mundo:
¡Tienes un dolor ménos!
 Y en aras de esta noble y santa idea
 La existencia dejar sacrificada,
 No como el combatiente en la pelea,
 Sino día por día destilada.
 No hallar eco, ni apoyo, ni consuelo,
 Ni ver el pensamiento reflejado;
 Sentirse rodeado
 Por un muro de hielo,
 Y ser en vano grande, en vano fuerte,
 Y con dolor tal vez escarnecido
 Legar los pensamientos al olvido
 Y legar los despojos á la muerte.....
 Tal es el cuadro que tu historia encierra
 Y es la historia del genio en esta tierra.

CONCEPCION ARENAL.

ROMANCE.

A la ilustre poetisa D.^a Josefá Ugarte Barrientos.

De quince lustros muy largos
 Ya el duro peso me postra,
 Y dicen que es la vejez
 Egoista y perezosa.
 No, Sefa; á mí tus pesares
 Y los de tantos me azoran.
 ¡Qué de angustias te rodean!
 ¡Qué de quejas te acongojan!
 ¡Ay de tí, Alhama! ese grito
 De aflicción tan dolorosa
 Hoy más os cumple este día
 Que ayer á la gente mora.
 ¿Qué se han hecho de las dulces
 Para tí tan breves horas,
 Cuando en los cármes lindos
 De esa región seductora
 El blando laúd pulsabas
 De un sicomoro á la sombra?
 ¡Cuán mudada! Entre mil sustos,
 Tiembles por la vida ahora;
 No por la tuya, eres fuerte
 Más que romanas matronas:
 Por tu padre que idolatras,
 Por tu patria deleitosa,
 Por tanto huérfano imbele,
 Ancianos, madres, esposas.
 Lloro, que el llanto es el solo
 Consuelo del triste: llora;
 Que cuando Dios nos castiga,
 Para alivio el llanto dona.
 Rompe en gemido doliente,
 Y al cielo la voz remonta:
 Canta las penas que oprimen
 Hoy á la tierra que adoras;
 Y ¡oh, si la edad á tu endecha
 Dejára unir mi voz ronca!
 ¡Oh, si inspirarme pudiera
 La piedad que en mí rebosa,
 Ó el mismo horror de ese cuadro
 Prestára un eco á mi boca!
 Yo he visto, Sefa, dolores,
 Yo asistí á lides odiosas,
 Y vi cadáveres ciento,
 Y del Turia el agua ir roja.
 Mas era entonces divisa,
 Que la lealtad acrisola:
*Haz, corazón, lo que debes
 Y lo que ocurra no importa.*
 Y hoy es la tierra que un día
 Dios de tantos bienes colma,
 Centro de cuantas desdichas
 Al barro de Adán azotan.

Hoy mal tan grande es castigo
 Con que el cielo nos agobia,
 Tal vez por culpas tan largas
 Que ya su clemencia agotan.
 Mas si cuando Dios castiga,
 Luégo consueta y conforta;
 Si á enjugar lágrimas tantas
 Envía mano piadosa,
 Sefa, el himno del consuelo
 En tu flébil lira entona;
 Que ya veo á vuestros campos
 Caminar al que le apronta.
 ¿Quién es aquel que arrogante,
 Con córte de nobles poca,
 Entre los vivos de pobres
 Labradores que le invocan,
 Por cimas y por barrancos,
 Entré ciego y piedras broncas,
 Con juvenil continente
 Sube ó baja sin zozobra?
 «Detente, señor (le grita
 Un grande que le hace escolta);
 Ve que el temblor no respeta
 Frentes que lises blasonan;
 Ve que se abre, y agua hirviente
 De esta tierra el seno brota:
 Mira que el suelo áun se mueve,
 Y es sagrada tu persona;
 Que tu vida es de tus pueblos,
 Si la nuestra ofrenda es corta.»
 Y él: «No temas: con vosotros
 Alfonso va. Ya las ropas
 Allí de un ángel blanquean
 Que nos guían protectoras:
 La caridad le acompaña:
 Dios nos guía: él galardona
 Al Rey que en bien de sus pueblos
 Deja mullidas alfombras,
 Y á pisar escarchas viene,
 Entre guijarros y escorias.»
 «¿Qué dices, señor, no es ángel;
 Nieve es esa, que amontona
 El vendaval, que ya ruge:
 Ya la voz del trueno asorda:
 Vuélvete: el bruto rebufa:
 Rígido el tiempo es de sobra:
 De tu salud tus ministros,
 ¿Cómo querrás que respondan?»
 Y el Rey el caballo aguija,
 Y revuelto en capa tosca,
 Copo es de nieve el capuz,
 Y la capa blanca estola.
 Sigue, que con esa capa,
 Y ese chambergo por toca,
 Más grande vas, rey Alfonso,
 Que con tu manto y corona.
 Dios te la guarde cien años
 Para nuestra dicha y gloria.
 Norte de honor es tu ejemplo;
 Tu acción, de virtudes norma;
 Y desde hoy será divisa
 De la nobleza española:
*Haz, corazón, lo que debes,
 Y lo que avenga no importa.*

EL CONDE DE CHESTE.

PLAYERAS.

España es el país de los cantos populares, y Andalucía el pueblo donde más ardiente y fervoroso culto se les rinde. Tierra privilegiada de las flores, de la verbosidad y de la gracia; cuna de grandes ingenios, de sabios políticos, de oradores elocuentes, de poetas ilustres, de pintores famosos y de mujeres hermosísimas; en Andalucía todo es alegre como su cielo, todo espléndido como su naturaleza, todo poético como su historia.
 Los árabes no se marcharon de Andalucía, digan lo que quieran viejos pergaminos y empolvadas crónicas. Viven allí aún, y de ello atestiguan las costumbres, los nombres de los pueblos y de las calles, los poéticos cármes de Granada, la tez morena de las mujeres, y más que nada los cantos populares, llenos de misteriosa melodía, de indefinible dulzura, de atractivos y seducciones.
 De entre estos cantos, ninguno más sentido y hermoso que las *playeras*. Quien las haya oído cantar alguna vez habrá comprendido que son como el llanto del alma herida por las pasiones ó los remordimientos; un doloroso suspiro; la expresión de ansias infinitas; un grito ahogado, parecido al grito de la muerte.
 Las *playeras* se apartan de la alegría y del bullicio, y viven voluntariamente desterradas de todo lo que es ruido y estrépito. No las busqueis en la animada y pintoresca jira, ni en las veladas y ferias andaluzas, ni en los patios sevillanos, cuya belleza y misterio se aman, al decir de Amicis, como á una mujer hermosa y desconocida que, al atravesar un jardín, nos hubiese arrojado una mirada y una flor. Su sitio está en otra parte. No se sabe por qué extraña misteriosa predilección van siempre unidas á la soledad y á la desgracia. El dolor no ha encontrado voz más lastimera y quejumbrosa; la esperanza no podría encontrar tampoco acentos que más la vivifiquen y seduzcan.
 La música de las *playeras* no se puede decir en qué consiste: semeja á ratos una plegaria, y á ratos un rugido; la voz de la esperanza confundida con la voz de la desesperación; algo como una lira que tiene por cuerdas todos los sentimientos y pasiones. En las coplas se advierte la sencillez, la poesía, la tristeza de esos cantares á que el

pueblo da vida y forma, y de los que dijo Ventura Aguilera:

Cantar que del alma sale,
 Es pájaro que no muere:
 Volando de boca en boca,
 Dios manda que viva siempre.

Cuentan que al ser llamada para remediar las desgracias de los pueblos andaluces, víctimas de los terremotos, la Caridad se negó á ir sola.

—He estado en Andalucía varias veces—dijo—conozco bien aquella tierra, de que no se ha desdiseñado en ser propietaria María Santísima, y sé que mis consuelos no bastarían á consolar sus penas. Si la Poesía no me acompaña, no puedo comprometerme á cosa alguna. Yo daré la limosna del cuerpo; la Poesía, el consuelo del alma.

La Caridad y la Poesía visitaron juntas la tierra andaluza. Mientras las sombras de la muerte cubrieron aquellos pueblos y no hubo sino rezo en los labios y llanto en los ojos, pudo verse á la Caridad silenciosa y triste, como bajo el peso de una gran ventura.

Un día salió el sol, y la Caridad oyó cantar con música de *playeras*:

Los ojos de mi morena
 Se parecen á mis males:
 Grandes como mis fatigas,
 Negros como mis pesares.

Aquel día la Caridad, regocijada y satisfecha, dió un abrazo á la Poesía, y decidió volverse al cielo.

MIGUEL MOYA.

¡ GRANADA..... MALAGA!

FRAGMENTOS.

¡Noches de horror! Extiéndese el espanto:
 El pecho siente de la muerte el hielo,
 Y es tal la angustia y el estrago tanto,
 Que al pavoroso retemblar del suelo
 Muda queda la voz, suspenso el llanto.

¡Ay!..... ¿quién nos salvará? Ya en lo profundo
 De la tierra palpitan las entrañas.....
 Mas ¡vedle! consolando al moribundo,
 Al huérfano..... ¡es el Rey de las Españas!.....
 Y con el Rey..... ¡la Caridad del mundo!

¡Oh santa Caridad! Ayer sin llanto
 Quedaron nuestros ojos: las ideas
 Errantes, y hoy en nuestro bien te empleas,
 Cubriéndonos piadosa con tu manto.....
 ¡Sublime Caridad, bendita seas!.....

TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

CANTARES.

El altar lleno de flores
 Nos esperaba á los dos.....
 Y él quedó allí bajo tierra,
 Y sola en la tierra yo.

Cayó la peña, y debajo
 Cogió al hijo de mi alma.....
 Y al verme junto á la peña
 ¡Hay quien dice que me vaya!.....

Tembló la tierra, y perdí
 Mi hijo, mi madre y mi hogar.....
 Despues de este horror que vi,
 ¿Qué horror me puede espantar?.....

No sé cómo hay en el mundo
 Quien envidie á los dichosos.....
 ¡Yo era dichoso la víspera
 Del día del terremoto!.....

C. FRONTAURA.

ANDALUCÍA.

Un sabio me dijo un día
 Que el ser salada la mar
 Es porque de Andalucía
 La tierra viene á besar.

PATROCINIO DE BIEDMA.



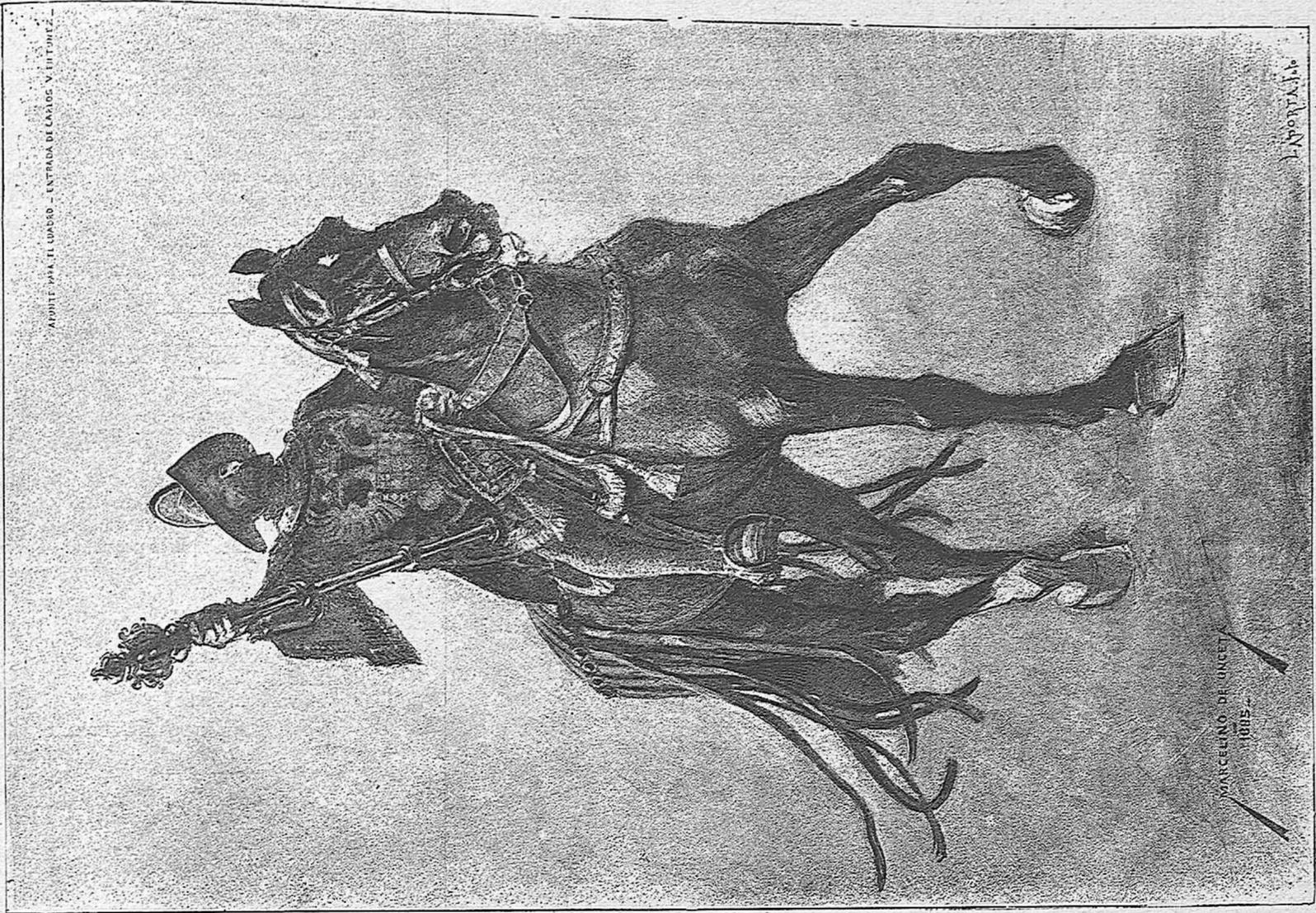
TIPO CATALAN.
(D. José Luis Pellicer.)



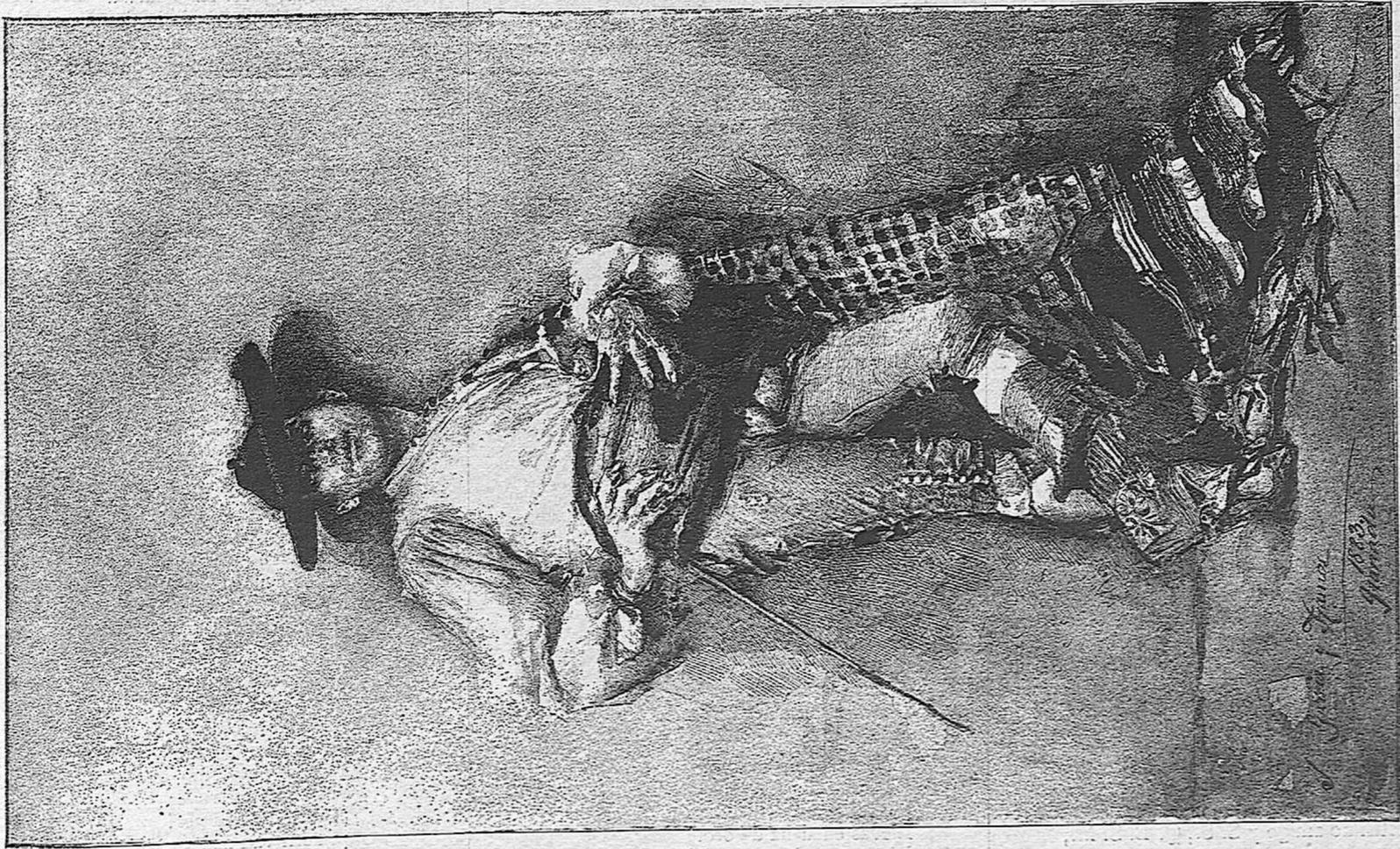
HUÉRFANOS.
(D. José Moreno Carbonero.)



LOS ÚLTIMOS AUXILIOS.
(D. Manuel Alcázar.)



DIBUJO DE D. MARCELINO UNCETA.



TIPO DE LA PROVINCIA DE GRANADA.
(D. José García Ramos)

Señores Directores de la prensa de Madrid.

Muy señores míos: Acuden ustedes á mi inutilidad en busca de alguna producción que, siendo breve, indique el propósito de contribuir al socorro de las calamidades públicas.

Justo es sentir con los que sienten y morir con los que mueren, ó morir por salvar del peligro á quienes están á punto de perecer; y entre nosotros se va convirtiendo en heroísmo el sentimiento de la fraternidad cristiana. Sirvan de texto indicaciones tan ligeras, pues que decir poco en provecho de muchos sería lo más delicado del ingenio humano.

Digan ustedes más, y con agudeza y donosura, ya que de mi parte no cabe sino enviar sufragios á las víctimas, suspiros de amor á la orfandad, pan y camisas á los desnudos.

Ténganos el Señor en su santa guarda, haciéndonos cortesanos de la desgracia y de los gemidos.

EL CARDENAL MONESCILLO Y VISO.

Valencia, 4 de Febrero de 1885.

La caridad, sublime sentimiento del corazón humano, somete á veces á grandes crueldades á los que carecen de valor para negarse á ejercerla en la forma en que se les demanda. Cuando se traduce en dones materiales, el más ó el menos no la caracteriza, todos se confunden en una suma, y es democrática é igualitaria. Pero cuando exige el donativo á la inteligencia, no hay voluntad que destruya la aristocracia creada por la Naturaleza al repartir con desigualdad las aptitudes entre los hombres.

Escribirémos muchos para el humanitario objeto que hoy pone la pluma en mi mano. Entre todos, algunos lucirán como verdaderos señores su indiscutible mérito; los más formaremos como el vulgo que sigue, para el solo fin de acompañar, aunque al mismo tiempo admirando á aquellos privilegiados. La caridad me movió á trazar estas líneas. La necesidad me impone el invocarla para que halle excusa mi colaboración en esta obra literaria. Mi concurso y mi firma en esta hermosa obra demuestran que, sobre las diferencias que existen entre los que á ella concurrimos, está la unidad de sentimientos con que todos hemos acudido á compadecer y á aliviar á nuestros compatriotas y hermanos desgraciados de las provincias de Granada y Málaga.

F. ROMERO ROBLEDO.

Madrid, 19 de Febrero de 1885.

España se halla agobiada bajo el peso de una triple crisis: crisis industrial, agrícola y comercial. No obstante, herido el corazón de los españoles en sus sentimientos de caridad y de patriotismo, por las consecuencias de los terremotos de Andalucía, sacuden su pereza, deponen su egoísmo, olvidan sus rencores, aunan sus esfuerzos y realizan verdaderos prodigios, sacando de su actual miseria abundantes recursos para socorrer á nuestros desgraciados hermanos de las provincias del Mediodía. ¡Espectáculo consolador y lección elocuente!

Dios envía á los pueblos olvidados de sus deberes castigos ineludibles, que son avisos saludables. ¿Por qué no hemos de aprovechar nosotros el que ahora nos envía la Providencia para enseñarnos cuán inmenso es el poder de un pueblo que, dando tregua á sus habituales discordias, se une en un solo pensamiento y se inspira en un solo sentimiento para realizar un generoso fin? Á la vista del consolador espectáculo que está dando en estos momentos el pueblo español, ¿quién duda que, unidos en patriótico exclusivo anhelo los españoles, España sería, como lo fué en la Historia, la primera nación del mundo civilizado? ¡Qué hermoso sueño! ¡Quién pudiera dormirse en él para despertar en el seno del Señor!

J. MAÑÉ Y FLAQUER.

Barcelona, 23 de Enero de 1885.

Señores de la Comisión de la Prensa.

Mis estimados amigos: Se ha venido encima el día 20, sin que yo pueda cumplir con mi deseo de corresponder con algunas líneas á su bondadosa y humanitaria invitación. Los tristes sucesos de Andalucía me llegan de cerca al alma, pero las obligaciones del trabajo diario han burlado mi voluntad. Perdonenme ustedes si con cierta vergüenza salgo del paso, escudando mi nombre detras de una hermosa máxima latina, que hace mucho al caso para el eficaz remedio de aquellos males:

Beneficium egenti bis dat qui dat celeriter.

Como andaluz, doy á ustedes las gracias y me repito su afectísimo amigo y S. S., Q. B. S. M.,

J. DE CARVAJAL.

LOS TERREMOTOS.

I.

Si esperamos en Dios con alma honrada,
Premiará nuestra fe su providencia.
¿Qué es el temblor de nuestro globo? Nada
Al lado del temblor de la conciencia.

II.

Colma nuestros deseos,
Librando á nuestra patria, cielo santo,
De estos días de espanto
En que rezan á solas los ateos.

III.

Aunque el hombre se aterra
El ver temblar bajo sus piés el suelo,
¿Quién sabe si en el cielo
Será ordenar el trastornar la tierra?

IV.

Conmueve de placer nuestras entrañas
Al ver que, consolando ajenos males,
Va la piedad, desde las casas Reales,
Á barrer la miseria á las cabañas.

V.

—¿Qué harémos cuando el cielo
Casas y templos con fragor derriba?
—¿Qué harémos, preguntáis, almas de hielo?
¡Tener fe en la Justicia de allá arriba!

VI.

Cuando se abre la tierra estremecida,
El bueno reza, se resigna y muere,
Que es el único sabio en esta vida
El que sabe querer lo que Dios quiere.

CAMPOAMOR.

LA VESTAL NEGRA.

Ardientes los ojos tienes
De cerco sombrío orlados,
Y los labios empapados
En caricias y desdenes.
Nunca al marfil de tus sienes
El rubor se ve asomar.
Tu hermosura es singular,
Pues fascina y amedrenta
Como noche de tormenta,
Sobre un buque, en alta mar.

Cuando en sedas de Lyon
Envuelto el lascivo talle,
Sales de guerra á la calle
Como al mar el tiburón,
No con descuido felón,
Tapando para enseñar,
Muestras lo que has de negar;
Pues gozas fama de ser
Tan fácil en encender
Como dura en apagar.

Son tus gracias peligrosas,
Que al mejor postor arriendas,
Esponja de las haciendas
Y terror de las esposas.
Tus aficiones ruinosas
Devoran siglos de afanes,
Y entre hampones y chalanes,
Los históricos terrones
De magnates é infanzones
Derrochas en tafetanes.

Para el que en tu garra explota
Siempre el remedio es tardío,
Pues cuando apunta el hastío,
Ya llegó la bancarota.
Lo que tu crecer denota
No es para el mundo un misterio.
Como ave de cementerio,
Que anuncia muerte cercana,
Florece la cortesana
Donde agoniza el imperio.

Ese tu reír sonoro
Dice al menos avisado
Que el corazón disecado
Llevas en urna de oro.
Risa más triste que el lloro,
Vestal de ropaje oscuro,

Forzada al castigo duro
De mantener encendido
En los altares de Cnido
De Vénus el fuego impuro.

Rie, canta, el oro arroja,
Y sea tu aturdimiento
Prenda de arrepentimiento
Cuando el hospital te acoja.
Fin que á la moral no enoja,
Mas teme su airado juicio
Si en tu inverecundo oficio,
Con virtud odiosa y fría,
Vas poniendo en alcancía
Los usufructos del vicio.

C. SUAREZ BRAVO.

DIOS Y EL HOMBRE.

I.

Vanidoso mortal, ¿te juzgas dueño
De cuanto el orbe encierra?
¿Con tus legiones vences en la guerra?
Tus legiones convoca, y con empeño
Sujeta el movimiento de la tierra.....
¡Pero la mueve Dios! ¡Eres pequeño!

II.

Ante el dolor y el espanto
Mi sentimiento no escondo;
Hacer bien es deber santo.
¡La Caridad! ¿Quién el llanto
Recoge en vaso sin fondo?

TEODORO GUERRERO.

Febrero de 1885.

DE UNA ZARZUELA INÉDITA.

REY.—¿Cómo olvidar la velada
Que la honradez me otorgó
Bajo esta dulce morada?
Vos alegre y sonrosada,
Pálido y trémulo yo.
Miraba á la añosa encina
Que el hogar, sin fin, apura,
En la duda peregrina
De si érais creación divina
Ó terrenal hermosura.
De la roja llamarada
Cerca, vuestro padre anciano,
Ya dormida la mirada,
Reposar deja en su mano
La cabeza plateada;
Después, por el sueño inerme
Se queda, y vos sin egida.....
¡Mas qué!..... sagrada ha de serme
Una virgen que se anida
Junto á un anciano que duerme.

PEDRO DE NOVO COLSON.

CASTILLO DE NAIPES.

Jugaban mis hijos
Con una baraja,
Y alzaban castillos
Que admiraba yo.
Llegué de puntillas.....
Soplé suavemente.....
Rodaron las cartas.....
¡Todo se arruinó!

Los niños lloraban,
Tras larga faena,
La fábrica en ruinas
Deshecha por mí.
¡Ay, los hijos míos,
Notad cuánto es frágil
La ambición humana
Que llorais así!

Rey de lo creado,
Señor de la tierra,
El hombre levanta
La inmensa ciudad.....
Y un soplo divino
Sus obras destruye;
¡Castillo de naipes!
¡Pueril vanidad!

EUSEBIO BLASCO.

París, 16 de Febrero de 1885.

Sr. D. Mariano Araus.

Muy señor mio de toda mi consideracion y aprecio: Correspondiendo á los deseos últimamente manifestados por mi amigo D. Isidoro Fernandez Flores, de que contribuya con algun escrito en prosa ó verso con destino á la patriótica publicacion que en breve ha de hacerse para socorro y alivio de las victimas de Granada y Málaga durante el pasado invierno, me ha ocurrido remitir á V., como lo hago, el trasunto fiel de una curiosa relacion, impresa en 1680, del espantoso temblor de tierra experimentado en Málaga y 12 leguas en contorno el 9 de Octubre de dicho año. Verdad es que ya en 1793, D. Cristóbal Medina Conde, ó quienquiera que sea el autor de los cuatro tomos en 4.º que salieron á luz en nombre del presbítero D. Cecilio García de la Leña, hizo breve reseña de los terribles estragos causados en Málaga y sus cercanías por el formidable terremoto que, segun él mismo nos asegura en el tomo IV, pág. 191 de su obra, «medio desoló la ciudad, y permanece aún en la memoria de todos los españoles.» Mas como quiera que ni el ya citado Medina Conde, ni otro escritor más moderno de los que posteriormente se han ocupado de Málaga y su historia, nos haya referido con puntualidad y en detalle las varias peripecias de tan lamentable acontecimiento, precedido de otros no menos desastrosos al finalizar el siglo décimosexto, he creído oportuno, ya que de temblores de tierra se trata, reproducir la relacion que de orden del Ayuntamiento se publicó en el mismo Málaga, año de 1680, en cuatro páginas en folio, y es la que sigue:

TEMBLOR DE TIERRA EN MALAGA ESTE AÑO DE 1680.

«Dia de S. Dionisio Areopagita á nueve de Octubre, y á los 19 de la Luna de Septiembre del año de 1680, á las siete y cuarto de la mañana, estando el Sol claro, aunque el color de los rayos como cenicientos, y el cielo sereno, excepto algunas nuveillas leves que se vian hazia Poniente; la tierra y mar en calma, sin moverse atomo de viento, llegó á esta ciudad por la parte del mar, segun los marineros sienten, un terremoto tan grande, tan espantoso, y dilatado, que segun comun opinion, no ha oído, ni leído los nacidos desde el universal de la muerte de Iesu Christo N. Redentor á esta Era otro semejante. El primer edificio que experimentó su estrago fue el Templo de la SS. Trinidad Calçados, derribando su torre, á cuyo golpe se aplomó el Claustro. Prosiguió el Perchel, barrio assi llamado, que cae extramuros á la parte de Poniente, assolando lo mas acendrado dél, empezado por el Templo del Carmen Descalço, y pasando á la ciudad, y demas barrios, ó arrabales. Derribando primero la torre de S. Iuan, y las almenas de las Fortalezas de Gibralfaro, y la Alcazava, perseveró tan recio, que no reservó Téplo, torre, ni muro q no demolió, maltrató, ó lastimó acerrimamente; á cuya confusión es tenue cõparaciõ la de Babilonia, donde solo se oia entre llantos, gemidos, y sollozos, pedir á Dios misericordia; huyendo la gente de sus casas, sin aver padre para hijo, ni marido para mujer; unos desnudos y muchos en carnes, cada uno como se hallava, buscando el despoblado, y la orilla del agua. No hubo enfermo que no saliese de su casa, creyendo cada uno de por sí, q la tierra se abrió, y que los demas avian quedado sepultados en sus entrañas. No se puede cõparar el horror, y espanto que concibieron sus moradores, segun lo profetizado, y lo en tal caso visto, sino al dia final del mundo, porque sus lastimosos accidentes fuera imposible de reducirse á narrativa, quando no ay pluma que los resuma, ni aliõto que los refiera; la cual fatalidad quiebra el coraçon mas duro, y amedrenta el animo mas brioso, viendo huir los Religiosos, estando celebrado, atolondrados, la Playa llena de gente, unos medio vestidos, otros desnudos, y muchos en carnes, dõde no dió el susto lugar á la honestidad, confessando á voces sus pecados, pidiendo misericordia, y absolucion, todo voces, gritos, lamentos, y llãtos. Los Confessores mas atribulados que los penitentes, y la mas sensible, y lastimosa desgracia, donde no ay ojos que no se buelban rios, ni corazones que no se conviertan en cera: sobre todo lo referido, dos Comunidades de Religiosas, desamparando sus clausuras, cosa nunca vista, huyendo por las calles, buscando abrigo en los Tëplos estrafños, como si á cada uno no le sucediera otro tanto. ¿Quien no se arranca el coraçon de dolor? Las Esposas de Christo, y su Iglesia fuera de sus Sagrados; sus Templos, y clausuras demolidas, y assoladas; las Imágenes, y Esculturas de Dios, su bñdita Madre y sus Santos arrojadas de sus Altares, fuera de sus urnas, siendo tapetes de la tierra los que son pabellon del cielo. No parezca exageracion, solo el morir nos faltó para aver tocado del todo el dia del juicio. Bendita sea la bõdad de Dios que quiso mas el ultrage de sus Efigies, y la destruccion de sus Iglesias que el fin de los que tanto le ofendemos: piadoso testimonio de su Divino Amor. Duró el espacio de un Credo rezado lentamente, porque aunque ay quien quiera que fuese mas, la turbacion disculpa el horror. Esto es lo cierto respecto de que con el tēblor, despues de sosegado, aun ivan cayendo los edificios. Dexó esta ciudad tan destruida, y assolada que es un mero traslado de Babilonia, sus moradores tan asombrados que aun dudan el acaso, como el verse vivos, sin saber lo que por ellos passa. De la forma que queda referido se salieron al despoblado, dõde hizieron mäsion tres dias, con el sobresalto, é incomodidad que se dexa considerar, sin atreverse á entrar en la ciudad. Grã parte de la gente se fué al campo, porque las casas que quedaron en pie amenazavan tanta ruina, que nadie se atrevia á entrar en ellas; pero la misericordia de Dios militó tanto en esta ocasion, á intercession de la soberana Reyna

de los Angeles N. Señora de la Victoria, Protectora desta infeliz ciudad, que enmedio de tanto estrago, horror, assombro, y espanto, y enmedio de la ira de su precioso Hijo, excitada de nuestras graves culpas, aunque los malos espíritus, aprovechados de la ocasion desta segunda causa, aunque natural, tan fuera dél, parece que totalmente la consumian. Obró la Divina Piedad tan abundantemete, que parece á cada uno le libró un Angel, pues aunque estuviésemos prevenidos del accidente, cogiendo la mayor parte de la gente, por ser algo temprano, en sus camas, y casas, y casi venirse al suelo, era imposible avernos preservado (á no aver intercedido los ruegos de MARIA SS.) 130 C (1) personas, que con poca diferencia, entre grandes, pequeños, y Eclesiasticos, nos hallavamos en esta ciudad, aviẽdo obrado con cada uno un milagro particular, y cõ todos universal: aviso grãde de su infinita misericordia, para que dispertemos del profundo letargo en que estavamos envejecidos, aviẽdonos llamado en espacio de tres años, con las aldavadas de una hambre, la mas superflua que se ha visto en este Reyno; de una peste tan dilatada, como activa; de un diluvio proximo de 15 dias tan excesivo, y de tan horribles tēpestades, y espantosos truenos y rayos, y finalmente la de un temblor de tierra tan grande como pavoroso; y para calificacion de su misericordia, no atreviendose nadie á entrar, no solo en sus casas, pero ni en las calles, respeto de estarse viniẽdo á tierra lo mal caduco que dellas avia quedado, y cõ el mas leve soplo ser evidente su total ruina, permitió que el tercero dia en la noche, se moviese un viento, llamado Terral, que es en este paraje el que sopla mas violento, y quando se imaginó acabasse con lo poco que avia quedado, casi titubeando de sus edificios, no derribó la menor teja; lo qual animó á los vezinos á bolverse á las casas, precisados de su necesidad, assi por estar á la inclemencia del cielo, como por aver muchos enfermos en la forma referida. ¡Bendita sea mil vezes su benignidad, que quiso pagassen justos por pecadores, descargando su rigor en muchos Angelitos, é inocentes, y entre ellos quatro Sacerdotes Franciscos, que fueron trofeo del sangrento estrago! Aviso grande, para que escarmetados nos enmendemos, y ellos ayan conseguido el fin para que fueron criados; pues debemos creer piadosamente, que en aquel instante no hubo quien luego, luego, muy de veras, no se arrepintiese de sus culpas aclamado á la piedad de Dios N. S. temerosos de su castigo, que para todo dió tiempo el temblor; y á penas cesó, quando los vezinos desta ciudad agradecidos á este beneficio tã digno de reconocimiento, y memoria, á imitacion de los Ninivitas, dando devoto principio la Religion de Carmelitas Descalços, hizierõ diferentes Processiones de dia, y noche por las calles, Plazas, Templos, y Puertas de la ciudad, y su contorno; cubiertas las cabezas de ceniza, con coronas de espinas, cruces al ombro, cubiertos los cuerpos de esteras, los cuellos ligados de sogas, descalços, y desnudos, haciendo austeras, y excessivas penitencias, assi lo Eclesiastico, como lo secular, lo noble, lo plebeyo, las mugeres como los hombres, y assi los muy ancianos y niños, como unos y otros, cada uno de la suerte que mas su posibilidad alcançava, exortando los unos, é implorando los otros la misericordia de Dios N. S. con tantos, tan dolorosos, crecidos, y generales gemidos, que parece mitigaron, y ansi suspendieron el brazo de la Divina Justicia, assi propuesto por sus Predicadores, en vista de tan contritos auxilios, como por sus palabras les avia comunicado el Divino Hacedor. Continuassee assi por las Religiones, como por las Parroquias, y el Sabado 13 deste hubo una Procession general desde la Catedral á N. Señora de la Victoria, acompañada de muchos, y grandes penitentes, y su Ilustrissima vestido de passion, acompañado de la Ciudad, con el mayor concurso que es dezible, y bueltos á ella, su Ilustrissima encõdido en aquel amor de Dios, que como Padre de su rebaño acostumbra, segundo Elias, hizo una platica, que convirtió en copiosos raudales de llanto á quantos le oian: y despues de avernos corregido las culpas, como Evangelista, de avernos exortado á un verdadero conocimiento como Prelado, representandonos lo irritado de su justicia como Ministro de Dios, nos amonestó como Maestro, y nos consoló como Padre, aviẽdo sido su exortaciõ motivo de muchas restituciones, de averse ajustado muchas enemistades, perdonadose muchos agravios, y olvidadose muchos rencores, de que se sacrificá á Dios repetidos obsequios. Compone el cuerpo desta ciudad de quatro Parroquias, el Sagrario, los SS. Martires, S. Ciriaco y S. Paula sus Patronos, Santiago, y S. Iuan. El Sagrario se compone de 400. casas de padron con las vezindades de 1.067. S. Iuã de 1.211 que son en todas 4.320, pero ay gran parte dellas muy grandes, y con muchas vezindades, 852 (2). Quedaron demolidas, y aplomadas 1.249. casi inhabitables, hasta que se derribe dellas lo que amenaza ruina. Las restantes habitables, pero con reparos. Tiene 12 Cõventos de Religiosos, 8 de Religiosas, 5 Hospitales, un Colegio Seminario, y la Catedral, tres Hermitas, sin las que estan fuera de la ciudad. El Convento de S. Francisco queda inhabitable; S. Domingo, la SS. Trinidad Calçados, los Carmelitas Descalços, y la Merced casi inhabitables; los demas, excepto el de N. S. de la Victoria, S. Iuan de Dios, S. Agustin, quedan mui maltratados, y casi sin poderse habitar; los Hospitales, excepto el Hospicio, lo mismo. De los Conventos de Religiosas, las Agustinas descalças, y la Encarnaciõ, que son las que desampararon la clausura, totalmente demolidos; el de las Carmelitas descalças, el de las Dominicas, y N.ª Señora de la Paz, casi arruinados; los tres restantes mui maltratados. Las Parroquias de S. Iuan, Ss. Martires y Sagrario casi destruidas. El Colegio Seminario maltratado, y la Catedral, cuya fabrica es sobre preciosa, de gran volumen, hendida por partes, si bien fué la mas preservada, y en algunos Conventos de Religiosos y Religiosas, y Parroquias, no se celebró en 4. dias por la ruina que ame-

(1) Asi en el original, pero debe de ser error de imprenta por 13.000.

(2) Asi en el impreso, pero debe de faltar alguna palabra para formar sentido.

nazavan, y en uno de Religiosas no se celebra en la Iglesia. De suerte, que no ha avido fabrica alguna, por Sagrada, ni por fuerte, que no quedó maltratada: no ay mas Relox que el de la Catedral; en muchas Iglesias no se tocan cãpanas, por averse hundido las torres. Por parte de su Ilustrissima se va reparado lo mas preciso en ellas, para la celebridad del Divino Culto; por parte del señor Governador se va cortando, y derribando lo que amenaza ruina, para assegurar lo poco que quedó de provecho, y poder andar por las calles. Tienese por imposible se puedan reedificar, no solo parte de los Tëplos que son muchos, y mui assolados, pero ni repararse del todo nunca las casas, assi por estar tan demolidas, como por hallarse esta ciudad exhausta de medios, con tres años de peste, donde ha consumido el fuego todos los muebles della; y quando no les avia quedado otro recurso para reforçarse que sus esquilmos, el dia de S. Miguel vino un diluvio tan crecido, y violento, que no dexó cepa, ni fruto que no destruyesse; de suerte que de necesidad la mitad de su vezindad se avrá de ir á otras Provincias á morar, pues á aver sido este estrago solamente en esta ciudad, les quedara la acogida de los lagares y cortijos que tiene muchos su jurisdiccion; pero 12 leguas en contorno ha causado los mismos efectos; si bien segun las noticias de las demas ciudades dõde ha llegado, no ha sido en ninguna tan cruel el estrago. Los difuntos por certificacion de los Curas, y del Prior del Hospital de S. Juan de Dios llegan á 70, y los heridos passan de 250. El consuelo que nos queda es, que aunque fue grave el castigo, y no el que merecèn nuestras culpas, fue mayor la misericordia de Dios N. S. y de su S.ª Madre.

Este es breve cõpendio de lo que esta infeliz ciudad ha padecido, reconociendolo por beneficio á la misericordia de Dios, y á intercession de N. S. de la Victoria, abrazãdolo como regalo, y castigo piadoso de su justo enojo. ¡Permítame su Divina Magestad que ya que le ha dilatado fuera, no aya sido cõ tãto estrago como en esta pobre ciudad, y que no aya cõprehendido quãtos militan en el gremio de su S. Fé, haziendose en todo su voluntad, y dãdonos gracia para que le amemos, sirvamos, y alabemos, medio seguro de la Bienaventurança! Amen.»

Tal es la relacion, de la cual existe un ejemplar en mi libreria, no siendo la única que del mismo suceso he visto, puesto que ademas de otra distinta, intitulada *Relacion verdadera de la lastimosa destruccion que padeciõ la ciudad de Malaga por el espantoso terremoto que sucediõ el Miercoles 9 de Octubre deste presente año de 1680*, la cual empieza: «Lo repetido de nuestros grandes pecados», hay otra intitulada: *Tercera, en que se da cuenta de la mas lamentable ruina que ha sucedido en la ciudad [de Malaga] y su contorno por ocasion del temblor el dia 9 de Octubre deste presente año de 1680*, la cual se imprimió en Sevilla, por Juan Cabeças, en folio.

Hay que advertir que en el mismo año de 1680, por Setiembre, apareció en el horizonte un espantoso cometa, con una enorme cola, precursor, como entõnces se creia, de infinitas calamidades, así en lo político como en lo material, y que de su funesta aparicion, que dejó atemorizadas á las gentes, se publicó una extensa relacion en 16 hojas que tengo á la vista, y que por último que no fué solamente Málaga la que en esta ocasion sufrió, sino que tambien se sintió terremoto en Castilla la Nueva, y que, al decir de las gentes, el sacudimiento fué general en toda España. En una carta original fecha en Madrid en 22 de Octubre de 1680, y dirigida al P.º Nithardo, ya cardenal en Roma, se lee lo siguiente:

«En el Escorial se asustaron mucho con el terremoto, pensando que eran vaybenes de estar mal fundado el edificio que se ha hecho de nuevo; pero en sabiendo que havia sucedido tambien en Madrid, se consolaron.

»Parece que ha sido casi universal. De Cordova escriben mucho. De Segovia que por poco no se le vierte el caliz al P.º Rector de la Compañia, que estava diciendo misa; pero á Dios gracias hasta agora no se sabe muerte de nadie, aunque algunas fabricas han quedado sentidas....

»Llega aiso de Malaga de que se han arruinado los templos y caidose mas de 2.000 casas con el terremoto á la misma hora que en Madrid. Los muertos no pasan de setenta porque se salieron todos á campaña.»

Con este motivo queda de V. atento y seguro servidor, Q. B. S. M.,

PASCUAL DE GAYÁNGOS.

Á UN SABIO DESCREIDO.

SONETO.

A las leyes de Dios haciendo frente,
En tenebroso mar sin norte vagas,
É infundes con la duda que propagas
Hielo en el coraçon, sombra en la mente.
No es del noble saber la sed ardiente;
Es el orgullo la passion que halagas;
Sin ver que el fuego celestial que apagas
Es del consuelo y del amor la fuente.
La duda no es la ciencia, es el vacío:
La eterna luz del cielo desprendida
Triunfará siempre de tu error impio.
¿Y cuáles glorias tu soberbia alcanza?...
Dar no puede esplendores á la vida
Quien mata la *ilusion* y la *esperanza*.

EL MARQUÉS DE VALMAR.



CAMIN DI FIORI. — RECUERDO DE NÁPOLES.
(D. José Casado del Alisal.)



UN EPISODIO EN LA CORTIJADA DE GUARO.
(D. Casto Plasencia.)

Alhambra, abandonada por los que viven,
Tan vacía de muebles y moradores,
Cual esclava desnuda, como te exhiben,
Aunque de tus derechos Reales te priven
Hoy tu vigor de reina ven tus señores;
Pues sobre el terremoto que te respeta
Erguida permaneces, segura y quieta.

Conque levanta
Tu faz, pues tan segura tienes tu planta.

Hora es de que te engrías y que presumas
Del poder de tus leves arcos moriscos,
Que aunque ser aparentan niebla y espumas
Y ligeros é ingravidos como las plumas,
Aéreos, mas firmes más que obeliscos,
Cinco siglos soportan; y estás derecha,
Para aguantar su peso porque estás hecha.

Conque levanta
Tu faz, que hoy hace el arte tu causa santa.

Los poéticos genios elementales,
En lugar de los hombres que te desdennan,
Celebran en tus huecas cámaras Reales
Sus fantásticas rondas y festivales.
Por el día los hombres, necios, te enseñan
A los bausanes, como resto curioso
De un fósil, como enseñan la piel de un oso,
Como de un feto
El embrion, ó el engarce de un esqueleto.

Mas eres el alcázar de las huries,
Que de noche á tí bajan en nubes de aves
Formadas de millones de colibríes
Y aves del paraíso; del aire navés:
Los gnomos las preparan tus alhamíes
Con hojas de renúnculos y de alelíes;
Las hadas las escancian néctares suaves,
Y tu recinto
Tornan eden del suyo poco distinto.

Por el día estás sola, desierta y muda,
Como la esclava núbil que en la mazmorra
Con su amor imposible sueña desnuda:
Por la noche á tí vuelve lenta y ceñuda
La vision enlutada de Aixa-la-Horra,
Con Moraima la rubia de grácil porte,
Y hadas, gnomos y huries las hacen córte:
Córte imposible
De ver en tal nocturno mundo invisible.

JOSÉ ZORRILLA.

(Del poema inédito *La Alhambra*.)

BALANCE..... À POSTERIORI.

Cualquier hazaña bélica muy renombrada en las historias por lo sangrienta y decisiva, como el bombardeo y destruccion de formidable plaza-fuerte, la entrada á sangre y fuego en sitiada ciudad, una batalla final de guerra sin cuartel, etc., etc., costó seguramente más vidas, más estragos, más lágrimas y más oro que el inevitable, y por todos llorado, temblor de tierra de 25 de Diciembre último; y sin embargo, ninguna de aquellas ferocidades guerreras, celebradas con jubilosas aclamaciones y con repique de campanas en todos los pueblos favorables al héroe, produjo casi nunca otro resultado que vengar rencores, alegrar fanatismos, satisfacer ambiciones políticas ó personales y empeorar por ende la naturaleza y sentimientos de vencedores y vencidos.

Comparadas, en cambio, todas las pérdidas y calamidades de Alhama, Albuñuelas, Arenas del Rey, etcétera, donde el mal no ha sido efecto del crimen, con los tesoros morales que han producido sus espantosas desventuras, ó sea con tantos y tan sublimes rasgos de piedad, de heroísmo, de abnegacion, de agradecimiento y de amor al prójimo, como hemos visto realizarse estos días, y con la bendita sumision de ricos y pobres, á misteriosas leyes eternas, independientes de la voluntad y superiores al juicio de los mortales, nadie negará que en el presente caso han salido muy gananciosos los intereses supremos y permanentes de la humanidad, la causa del bien, la dignidad y grandeza de nuestra especie, los únicos elementos de verdadera felicidad que hay en el mundo.

Este balance podrá no servir de ningun consuelo á las víctimas que aún alientan.... Es natural. Pero consolará y animará de fijo á sus infatigables bienhechores, calmando la generosa angustia con que deploran no hallar completo remedio á tanta desolacion é infortunio.

P. A. DE ALARCON.

29 de Enero de 1885.

CARIDAD.

Qui donne au pauvre prête à Dieu.
Victor Hugo.

¡Ayer Murcia!... ¡Hoy Granada!... Cuando en duelo
Gime la humanidad,
Tú abres siempre las fuentes del consuelo,
¡Oh bendita virtud, hija del Cielo!
¡Oh ardiente Caridad!

Ciudades sin ventura, que al espanto
Sucumbís y al dolor,
España entera, en entusiasmo santo,
La pena os calma y os enjuga el llanto
Con ósculo de amor.

Ninguno en vuestro auxilio es el postrero:
Con mano liberal
Os cede el labrador su pobre apero,
Su trabajo el artífice, el bracero
Su mezquino jornal,

Y hasta el mendigo, que importuno ruega
Del opulento en pos,
Con noble arranque su óbolo os entrega:
¡Por el amor de Dios da... lo que allega
Por el amor de Dios!

A su ejemplo, vosotros los que el oro
Sabeis amontonar,
¡Abrid los senos del arcon sonoro!
¡Repartid, repartid vuestro tesoro!
¡Repartid sin contar!

Dios que da su follaje al bosque umbrío
Y al alba su arrebol,
Para templarnos el calor y el frio
No cuenta, no, las gotas del rocío
Ni los rayos del sol.

¡Oh ricos, no mostreis más duro pecho
Ni más sórdido afan
Que los que el cielo azul tienen por techo,
Las losas de los pórticos por lecho,
La esperanza por pan!

Si no dais por el puro sentimiento
Que va del bien en pos,
Dad por lucro: ¡por uno tendreis ciento!
Lo que dais al desnudo y al hambriento
¡Eso prestais á Dios!

FEDERICO BALART.

LA ABSOLUCION DE LOS PODERES.

Cuando el monje y el fraile eran poder social, intervenian en los consejos de los reyes y ejercian influencia en el ánimo de los pueblos, tenían la caridad por patrimonio, y más de una vez la criticada *bazonía*, la pobre sopa conventual, calentó el desmayado estómago de grandes escritores ó sabios futuros, que encubrian la humillacion de su miseria tras los remiendos de la alegre capa estudiantil.

Hoy monjes y frailes se ocultan para dar; que siguen dando lo sabe Dios y lo sabemos algunos mortales amigos del sayal todavía; y la caridad pública, brillante, popular y aristocrática á la vez; el impulso que en un día, en una hora, arranca pesetas á todos los bolsillos y lágrimas á todos los ojos, pertenece á la prensa, esa institucion hija de la curiosidad, madre á veces de la justicia, gran coloso que habla, no cual el de Memnon al salir el sol, pero siempre, así al despuntar las bellas auroras, como al nacer las tinieblas; institucion censurada porque no hay ninguna que no lo sea tarde ó temprano, amada porque se ha hecho necesaria á nuestra edad, y grande porque obra, y emprende, y lucha, y triunfa al fin, ensanchando cada día sus vastos dominios.

Mas los poderes, á medida que se fortalecen, necesitan dulcificarse, por decirlo así, crecer en bondad y en vigor á un tiempo. Esa es su absolucion. La prensa acierta al derramar oro entre los desdichados. ¿Qué importa que ese oro lo dé la prensa misma, ó lo exprima con mano potente, estrujando la masa social y haciendo chorrear el dinero sobre la provincia destrozada por el terremoto ó ahogada por la crecida del río? Tampoco los frailes, sujetos por el voto de pobreza, daban de lo suyo. Mendigos sublimes, pordioseaban para los demas; por su conducto la flaca voz del pobre atravesaba las murallas de los palacios.

EMILIA PARDO BAZAN.

Paris, 10 de Febrero de 1885.

POESÍA CATALANA.

Un jorn de Maig, — llavors, quan apuntava
Del nostre amor — la trelucent aurora,
Trescant pel bosch, — grabàrem en un arbre
Nostres dos noms; — y alegres, en rodona,
Dantnos las mans, — á son entorn dansàrem
Folls de plaher — y ubriacats de joia.
Llavoras fou — també quan me digueres,
Baixant tos ulls, — honesta y vergonyosa:
«— ¡Qui sab! ¡Qui sab! — de fusta d'aqueix arbre
»Será 'l bressol — de nostres nins tal volta.»
Y jo entre mi — me deya, tot auzintne
Lo só argenti — de ta' veuheta dolsa:
«— ¡Qui sab! ¡Qui sab! — de fusta d'aqueix arbre
»Será pòt ser — la creu de nostra tomba.»

VÍCTOR BALAGUER.

TRADUCCION CASTELLANA.

Un día de Mayo, entónces, cuando apuntaba la brillante aurora de nuestros amores, solazándonos por el bosque, grabamos en un árbol nuestros dos nombres, y alegres y con las manos enlazadas, danzamos en torno suyo, locos de placer y ebrios de júbilo.

Entónces fué también cuando me dijiste, bajando tus ojos honesta y ruborosa: «¡Quién sabe! ¡quién sabe! Acaso sea de madera de ese árbol la cuna de nuestros hijos» Y yo decia para mí, mientras sonaba en mis oídos el argentino timbre de tu dulce voz: «¡Quién sabe! ¡quién sabe! Acaso sea de madera de ese árbol la cruz de nuestra tumba.»

LA MONTAÑA.

DESCRIPCION.

Negras rocas, prados de heno
De eterna sin par verdura,
Copiosa nieve en la altura,
Más allá el rayo y el trueno.

De hayas, fresnos y nogales
Las vertientes esmaltadas,
Y alondras y cogujadas
Cantando entre los maizales....

El húmedo viento azota,
Cuando del Nordeste corre,
La cruz de maciza torre
Ó alguna ventana rota.

Escaso de agua en estío,
Como trasparente plata,
Entre guijarros desata
Sus puras ondas el río,

Y á la tarde, azul neblina
Sobre su lecho se mece,
Que negro manto parece
De enlutada y triste ondina.

Allá á lo léjos, tranquilo
Pasta el buey la hierba verde,
Y cada vez que la muerde
Sonoro vibra el esquilo;

Mientras los aires inquieta
Por el vecino sendero,
Chirriando, el eje grosero
De la pesada carreta,

Ó el grito agudo, estridente,
Del pastor de la vacada,
Que en la cóncava hondonada
Repite el eco doliente....

Aquí vivo con mi fe
Y mi pensamiento á solas,
Libre y léjos de las olas
Del mar en que naufragué:
Y á través del aéreo tul
Que entre las brumas se pierde,
Miro abajo.... ¡todo verde!
Miro arriba.... ¡todo azul!

VALENTIN GOMEZ.

Quisiera deber á mi insp'acion una breve *Melodia* que tuviese la virtud de inclinar las almas á la caridad, más bien que ser autor de una de las obras maestras que han inmortalizado los nombres de Bach, Beethoven y Rossini.

EMILIO ARRIETA.

La caridad enaltece á cuantos la practican.

CLAUDIO MOYANO.

MÁLAGA MORISCA.

(Episodio de costumbres del siglo x.)

El prior D. Lupo, el moro Yusuf y yo mirábamos sorprendidos aquella gran ciudad, aquel cielo tan claro y los alegres y fértiles campos que la cercan, cuando nos rodearon varios jinetes moros: eran kaxiefes, soldados que vigilan los caminos; seguimoslos hasta la ciudad de Málaga, que es plaza fuerte y muy poblada, y tiene en una gran elevación un castillo que llaman Gibralfaro. Las calles son por lo regular estrechas, y forman á veces un laberinto de arcos morunos; en otras hay edificios muy antiguos y extraños, unos con peristilos y columnas á la romana, otros de formas irregulares, que no se sabe de que época son, ni mucho ménos quién los hizo. En las fachadas de las casas se ve alguna que otra elevada ventanilla, y cuando se abren las ferradas puertas se descubren patios llenos de macetas ó jardines, columnas de mármol y frescos alicatados; el exterior de las casas es modesto y triste, pero en el interior suenan voces alegres é instrumentos moriscos, y se ven hermosos artesanos de brillantes colores, tapices de Persia, ánforas y vasos, cojines de seda y esclavos muy lucidos.

Las calles en donde se venden las mercancías me asombraron por el movimiento y las riquezas que hay en ellas; como que se exportan frutos de la tierra á todo el mundo conocido. Algunos mercaderes, con su barba venerable, blanquísimo turbante y airoso albornoz, sentados gravemente en una alfombra, me parecían sultanes que enseñaban sus tesoros de perlas, jacintos, esmeraldas, rubíes y filigranas de oro y plata. El aspecto de los judíos era más humilde, pero sus tiendas estaban bien surtidas de telas de oro y seda, alfanjes y gumias de Córdoba y Toledo, cueros de riquísima labor, ó ámbar, aicanfor, áloe y otras especias y perfumes.

Mientras Yusuf y D. Lupo entraban en la casa del gobernador, yo me quedé en la puerta contemplando el movimiento de la población y los vendedores ambulantes con sus capachos de malla pendientes de los brazos, ó sus bandejas, pregonando boquerones, frutas ó alajúes. Cruzaban algunas mujeres muy envueltas en sus mantos, que llevaban con mucho aire, y el rostro tan oculto que sólo dejaban ver hermosos ojos negros. De vez en cuando se oía en el minarete de la mezquita mayor una voz robusta que repetía las palabras sagradas para anunciar las oraciones. Todo me maravillaba y era diferente de cuanto había visto en tierra de cristianos; sólo me pareció familiar el lejano són de una campana, que me parecía hablar latin pausadamente.

— ¡Sígueme! — dijo Yusuf en árabe — y procura olvidar aquí el latin; está prohibido.

Seguile sin replicar; un moro viejo, pobremente vestido, nos guiaba; compramos en el camino algunos comestibles, y llegamos á una hospedería: allí pregunté á Yusuf por el prior.

— Don Lupo — dijo Yusuf — está con nosotros.

— No lo entiendo. ¿Dónde se halla?

— En este bolsillo, donde tengo cincuenta cequíes de plata. Sabe — me dijo al oído — que éste es un país muy ordenado y que aquí se empadrona á todo el mundo. A Don Lupo y á tí, no sabiendo en qué concepto inscribidos, os di la condición de esclavos míos. Un secretario me ha obligado á venderle el prior á bajo precio, y como no teníamos con qué comer, se le he vendido.

Al decir esto, Yusuf se sentó en el suelo presentándome las provisiones; llevaba muchas horas de no comer, y el hambre me hizo aprobar la venta. El viejecillo nos acompañó, devorando con no menor apetito que nosotros.

— ¡Lástima grande que sólo tengamos agua! — exclamó Yusuf. — ¿Qué otra bebida se usa en este clima sin faltar á las buenas prácticas, amigo Mohamad?

— ¡Que Alá te bendiga — contestó Mohamad — por oportuno y discreto! Nuestro gran califa Alhakem-Almostansir dispuso hace dos años, para evitar los abusos de la bebida, que se arrancasen los dos tercios de las vides de su reino, dejando el resto para pasas, uvas y arropo. Málaga, siempre tardía para obedecer, no ha obedecido todavía, y mientras la orden no se cumpla, la práctica es beber vinos dulces, que pueden considerarse como arrope.

Quitados los escrúpulos, Mohamad se brindó á traer el vino, que bebimos disimuladamente para no dar escándalo: la bebida trajo las confidencias.

Mohamad-ben-Ruderic nos confesó que era muzlita, es decir, descendiente de cristianos y agarenos: uno de sus abuelos había sido mártir por Jesucristo, y otro por Mahoma. Vivía de la limosna que pedía, los viénes á la puerta de la mezquita principal, y los demás días en las bodas, entierros y buenas hadas (1); á los mulsumanes les recitaba textos del Koran para conmovierlos, y á los cristianos versículos del Evangelio; pero no había encontrado fórmula para sacar limosna á los judíos.

— ¿Y es rico este país? — le preguntamos.

— Tan rico — respondió el muzlita — que aquí conviene ser pobre para tener parte en el décimo de los bienes que todo buen musulman debe dar á los menesterosos.

— ¡Cómo! — pregunté admirado. — ¿Es en vuestra ley obligatoria la limosna?

— Te veo deseoso de instruirte — repuso el viejo — y debes visitar la cueva de Ismail el Cenobita.

— ¿Es algun sabio?

— Es el varón más virtuoso de la cora de Málaga. Era muy robusto; pero habiendo leído que «el solitario gordo se parece al cerdo» (2), quiso domar su cuerpo, y hubiera muerto de extenuación si sus buenas hadas, compa-

decidas, no se hubieran convertido en abejas y aprovechado de su sueño para fabricar miel en sus labios.

— Y ¿está muy flaco? — pregunté lleno de curiosidad.

— En vano procura estarlo: las cabras suben á su cueva y le nutren con su leche mientras duerme; se le ha visto dormido bajo una palmera, y los dátiles más azucarados caían en su boca suavemente, dejando los huesos en la rama. En vano se viste de harapos: los gusanos de seda tejen de noche para él telas riquísimas, y las hadas le cosen ricos vestidos, enhebrando sus agujas de oro en los rayos plateados de la luna; se acuesta en traje de mendigo y se levanta vestido de príncipe. Dicese que en las horas de la oración un ángel le presenta agua de rosas en un jarrón de plata para que haga sus abluciones. Se ha visto á un árbol siguiéndole en los días de calor para darle sombra como si fuera un quitasol.

— ¿Cómo es — dije á Mohamad — que te entiendo perfectamente cuando hablas, y á los que pasan á mi lado apenas los comprendo?

— Es que soy moro forastero, y los moros malagueños se comen la mitad de las letras para hablar más en ménos tiempo.

Durante algunos meses hicimos una vida irregular y alegre en aquella hermosa población; pedíamos limosna algunas veces, otras ayudábamos á tirar de las redes en la playa, ó ganábamos con la esportilla algunas monedas de cobre en los mercados. El sustento se adquiría fácilmente, y la bondad del clima nos permitía vivir sin gran trabajo. Al ver aquel pueblo tan próspero y poderoso y admirar sus leyes, escuelas y sabiduría, concluí hasta por olvidar mis prácticas religiosas.

No era fácil conocer á los mozárabes ó cristianos, porque vestían y hablaban como los moros, con excepcion de los sacerdotes; además eran pocos, y sus templos estaban casi abandonados. Aunque libre el ejercicio de su culto, los tributos á que estaban sometidos los cristianos, el desden de los dominadores y las propias divisiones les hacían disimular su condición. Un día en que mi alma sentía vago malestar, regocijéme al ver á lo lejos el traje talar de un sacerdote que entraba en una iglesia ruinosa: seguile con ansiedad, caí de rodillas y le expuse mi situación y deseos de confesarme. ¡Quién me había de decir que aquel templo era un asilo de la herejía!

— ¿Crees — me dijo — que Dios tiene figura humana como nosotros?

— No, padre — le contesté con asombro.

— ¡Cómo! — replicó el cura indignado. — Entonces.... ¿no creerás tampoco que Nuestro Señor Jesucristo fué engendrado en el corazón sagrado de María? (1).

— No, padre — respondí, cada vez más sorprendido.

El cura se negó á administrarme el sacramento de la Penitencia, y fui expulsado como hereje de aquel templo solitario, del que era el único devoto.

Sali á la calle aturcido, é iba á salir por una de las puertas de la ciudad, cuando oí grandes voces y estruendo de atambores y añafles. Era una alarma producida por la noticia que dieron algunos pescadores, de haber visto á lo lejos un buque normando; Málaga, que no había olvidado los desastres de la última invasión, se aprestaba á la defensa. Subí á la muralla por la parte que da al mar, y el espectáculo era animado y pintoresco. Algunos bajeles bien armados salían en persecución de los piratas, é innumerables lanchas descargaban de los buques mercantes los géneros más preciosos para ponerlos en salvo. Los que tenían mercancías fuera de la ciudad las cargaban apresuradamente en carros, camellos y jumentos. Los rústicos recogían sus ganados para encerrarlos en el recinto fortificado que tenía aquel uso; se incomunicaron los barrios de los judíos; los soldados amontonaban piedras y flechas en el muro; algunos escuadrones recorrían la playa esperando al enemigo, cubiertos los jinetes de blancos alquiceles; en las atalayas se hacían señales misteriosas, y la bandera blanca de los Omeyas tremolaba en las almenas de los fuertes.

Los normandos, al ver aquel alarde, se alejaron, mientras la voz del muezin decía tronando en las alturas:

«No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.»

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

DESPUES DEL TERREMOTO.

Sobre el monton de escombros y maderos
De lo que pueblo fué por la mañana,
Al extender la noche sus crespones
La figura de un hombre se destaca.

Es el solo tal vez que sobrevive
Á la inmensa catástrofe, y se afana
Algo buscando entre las mudas ruínas....
Algo.... que es un pedazo de su alma.

De pronto, un ¡ay! desgarrador, terrible,
Prueba que al fin halló lo que buscaba,
Y blasfema y maldice delirante,
Estrechando el cadáver de una anciana;

De allí le aparta luégo, y le sepulta
Amasando la tierra con sus lágrimas;
Clava encima una cruz; cae de rodillas;
Implora al cielo.... ¡y á la cruz se abraza!

EDUARDO SANCHEZ DE CASTILLA.

(1) Doctrina que sostuvo en tiempo anterior el obispo de Málaga Hosté-gesis, y fué refutada por el ilustre Sansón.

LOS CANTARES DE UN GITANO.

Otra vez logró el infierno
Despoblar un paraíso;
La tierra tembló de espanto;
La nieve ocultó el delito.

¡Por algo, tan tristes,
Los que cantan en Andalucía
Parece que gimen!

En ruinas está tu pueblo,
Y en pié la ermita del Cristo,
Donde á los hijos sin padre
Llevan los padres sin hijos.

Militar, vuelve á la guerra,
Que allí se muere con gloria
Y aquí nos mata la pena.

Se hundió tu casa una noche
Sobre tu esposa y tu niño,
Donde han brotado esas rosas
Que están llorando rocío.

¡Por algo se cantan
Las mujeres en Andalucía
Deshechas en lágrimas!

Ese erial era su huerto,
Y su choza esos escombros;
Allí rezaba á la Virgen;
Allí están sus huesos rotos.

¡No me digas que Dios quiso
Ver tantos hijos sin madre!
Dime que no lo ha sabido.

Mírate en aquella fuente,
Pero no bebas el agua,
Que tiene color de sangre
Y dicen que sabe á lágrimas.

¡Qué hermoso está el cielo!
¡Cuánta luz se refleja en el llanto
De los pobres huérfanos!

Amasando algo de tierra
Con el sudor de mi rostro,
Hice una casa muy pobre....
Y la arruinó un terremoto.

La pena me ahoga
Y, al cantarla, se van por los aires
Llorando las notas.

Venid á darnos cariño
Los que no tengais dinero,
Que hay muchos desamparados
Y hacen falta muchos besos.

Clavada muy hondo,
Que esa cruz se estremece y vacila
Cuando hay terremoto.

Dadnos monedas de cobre
Y de ellas harémos joyas,
Poniéndolas un cerquillo
Con las perlas que se lloran.

¡Caridad bendita,
Ya verás qué cosecha recoges
En Andalucía!

LEOPOLDO CANO.

LAS EDADES.

SONETO.

La juventud frenética se lanza
De la vida al tropel al ver delante
Alegre el porvenir, la fe brillante,
La gloria ardiendo y viva la esperanza.
Después la edad viril su paso avanza
Más seguro, más firme, más constante,
Porque ese porvenir siempre triunfante
Más la promete cuanto más alcanza.
Luégo va la vejez entristecida,
Sin rumbo fijo y con mirada incierta,
Por el yermo camino de la vida;
Porque ve á su final la tumba abierta,
Pasado el porvenir, la fe perdida,
La gloria en humo y la esperanza muerta.

FRANCISCO LUIS DE RETES.

(1) Acto de poner nombre á las criaturas.
(2) Proverbio árabe.



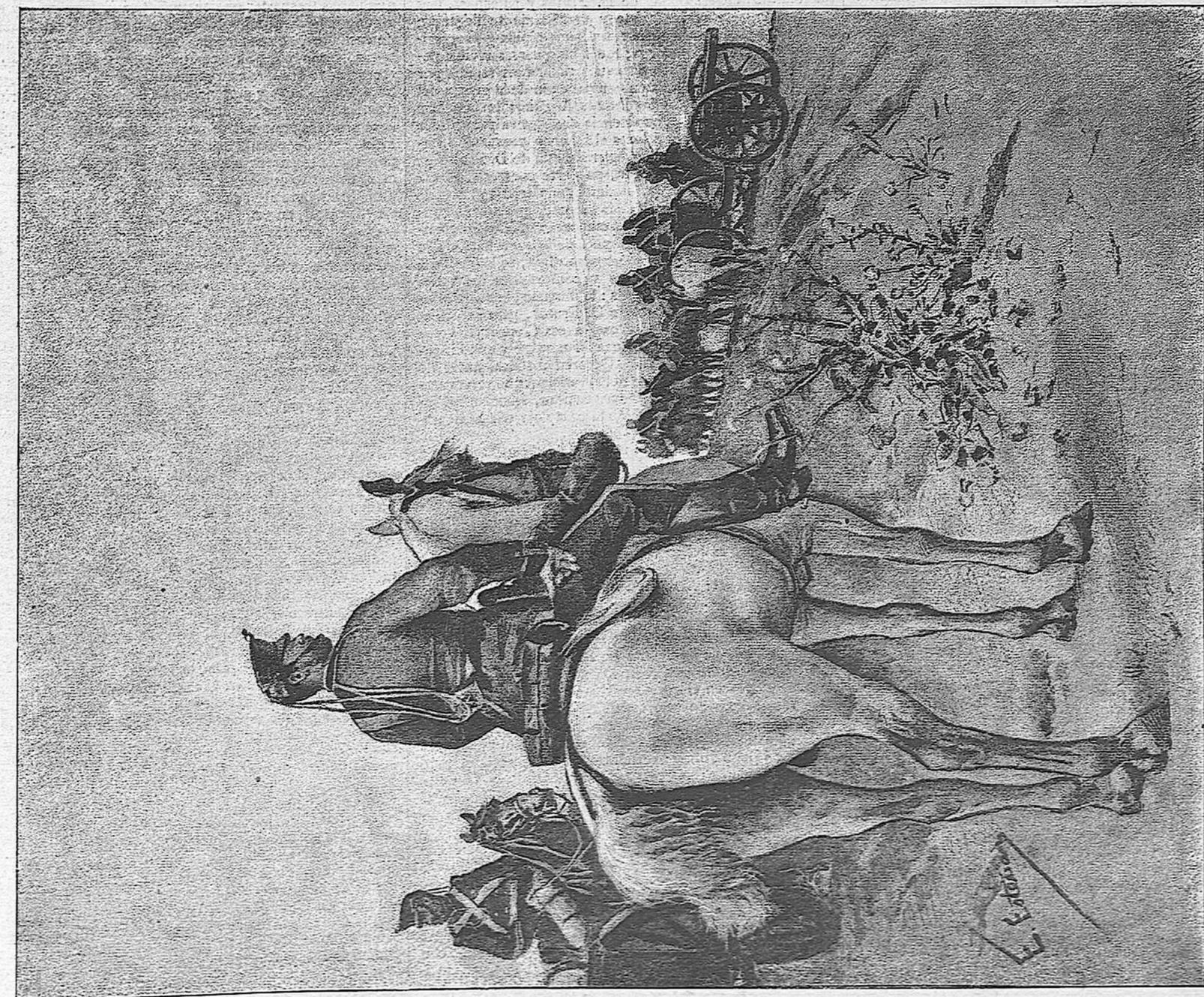
GUARDIA CIVIL DE SERVICIO.
(D. Domingo Muñoz.)



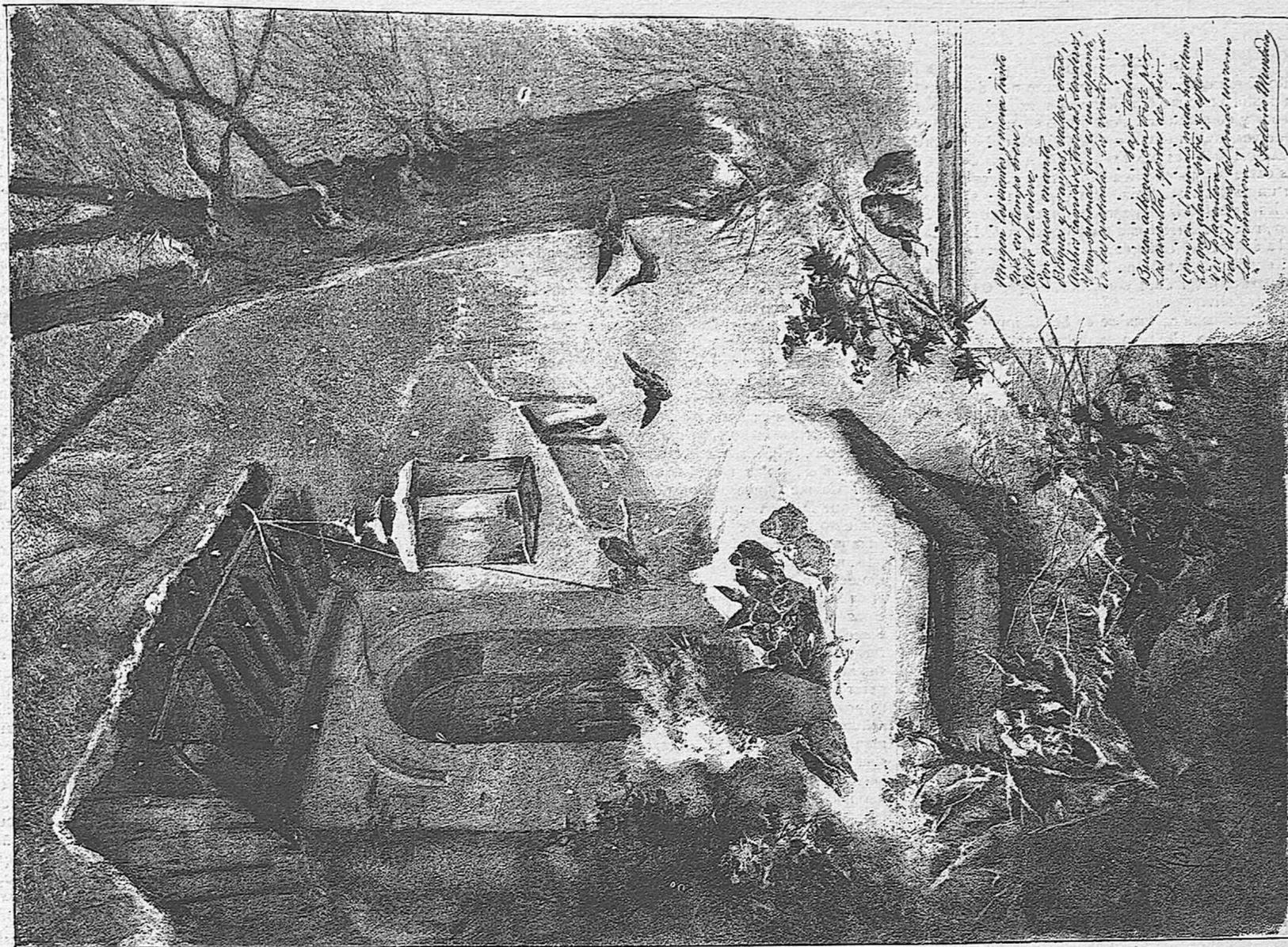
EN SIERRA NEVADA.
(D. Juan Espina.)



MARINA DE D. TOMÁS CAMPUZANO.



BATERÍA EN OPERACIONES.
(D. Enrique Estévan.)



Miran las montañas y mara tiró
 del en tiempo breve,
 Citar la noche
 Por gruesa mancha
 Alguna y crujidos volar otros,
 Alguien capoteo, frías, espaldas,
 Unos otros por el en espaldas,
 En el momento de recogerse.
 Ay - tachada
 Quien alhague en frías por
 La averría, gerta de por
 Como en el momento cada hay claro
 La por plaza, chife, y espere
 Por el momento de la noche, un momento
 Los otros otros, un momento
 La por un momento.
 J. Federico Morera

DIBUJO DE D. JAIME MORERA.

EL TEMOR DE PALOMARES.

Cuando el secretario del Ayuntamiento nos dió la noticia, la tertulia prorumpió unánime en exclamaciones de sentimiento y de extrañeza. Formábamos aquella nocturna tertulia de verano, en cierta casa de cierto nido de flores, vulgo pueblecillo de los montes de Málaga, una docena de personas entre indígenas y forasteras, cuya elegancia, limitada por un presupuesto íntimo á la española, ó sea en déficit, no les permitía ir á gozar de los mosquitos de San Sebastian, ni extenderse hasta los fonduchos de Bayona, y las llevaba á pasar el estío en aquel ó en otro semejante oasis, donde además de no hacer el calor de *La Caleta*, había positivamente ménos comercio, lo que era indudablemente otro alivio.

Tal era al ménos la costumbre en los tiempos á que me refiero; y me refiero á los tiempos de hace veinticinco años, época en la cual me harán ustedes la justicia de creer que era yo sumamente jóven. Y sin embargo, la recuerdo como si se tratase de ayer mañana, ó mucho mejor, puesto que es cosa sabida que la memoria tiene predilección por las cosas viejas. Parece la memoria una facultad, como si dijéramos, rumiante, que gusta de saborear y resucitar á lo mejor su alimentación antigua, para adornarse por este medio de un carácter providencial y benéfico, que salta á la vista. No habiendo, en efecto, más arbitrio que recordar las cosas de la vida mientras se está en ella, y estando en ella en tan triste minoría las cosas buenas, bueno es hacerlo con las posibles atenuaciones. Á diez años de distancia, ¡cuántas barrabasadas, cuántas necesidades propias ó ajenas, cometidas ó sufridas, no le parecen á V. explicables, naturales y hasta agradables! Es probado.

Decía, pues, que toda la tertulia, sin distinción de sexos ni edades, se conmovió visiblemente cuando el secretario entró y dijo: «Señores, tengo que dar á ustedes la triste noticia de haber muerto en París nuestro buen amigo D. Frutos Palomares.» Y he dicho más; he dicho que las exclamaciones no sólo fueron de sentimiento, sino también de extrañeza, y ahora añado que de asombro, de ese asombro que acompaña á lo inverosímil, á lo increíble, como la sombra al cuerpo, cuando hay luz que la proyecta. Leía el capitán de la Guardia civil la entonces infantil y sin palacio propio *Correspondencia de España*, y la soltó diciendo: «¡es posible!» Leía D. Severiano, liberal, doceañista, ex-teniente de la Milicia, *La Nación*, del malogrado Rua Figueroa, y la dejó, y se quitó las gafas y exclamó también: «¡Es posible!» Y doña Rosa, la rica jomona propietaria, todavía fresca, que sostenía animado coloquio, *sotto voce*, con el comisionado de apremio, que era un guapo mozo de anchas patillas; y la señora del boticario, que según confesión propia se pasaba siempre sus embarazos, que habían sido doce, haciendo media, y en aquel momento hacia media también; y la hija mayor del médico, que era una lindísima tañedora de guitarra, morena y esbelta, con una naricita divinamente respingada, y un precioso hoyuelo en la barba, donde yo tenía sepultada toda mi atención; y un corpulento matrimonio del alto tráfico del Perchel; y su hijo vestido á la inglesa, que, á pesar de no tener más que veintitres años, había ya estado en Londres; y otro fornido caballero de la villa, que por el solo hecho de prepararse á heredar las viñas del rico hacendado su padre, hacía una competencia terrible á todos los donceles del lugar en el ánimo, instintiva y precozmente reflexivo, de la susodicha hija del médico; y en fin, hasta el señor alcalde, alcalde de Real orden, corazón franco, inteligencia virgen, Hércules sencillito, autoridad inconsciente; todos, en una palabra, exclamaron, ó mejor dicho, exclamamos, al choque de aquella noticia de sensación, como habían exclamado el militar y el progresista: «¡Es posible!»

Y entonces el secretario, que además de ser una inteligencia que no cabía en aquellas lomas, y además de ser, por el derecho inmanente de su gramática parda, el amo perpétuo de la localidad y el director inamovible de todos sus municipios, era también casi un literato, y un pensador y un orador; entonces, repito, el secretario respondió al grito idéntico de nuestros corazones diciendo:

—¡Ah, sí, señores; es posible, ha sido posible! Aquí, en mi bolsillo tengo el parte, que llamaré oficial, del fallecimiento del inolvidable bienhechor mío y de este pueblo, que debe llorarle mientras conste (el pueblo) en el mapa de la Península. ¡Ah, sí, señores, es cierto: ayer hizo doce días que D. Frutos falleció en su casa de la capital de Francia! Ya lo veis: también los colosos caen y se desmoronan; también los astros de la humana bondad se apagan; no hay grandeza, no hay fortaleza, no hay resistencia, no hay mérito, no hay excepción para esa implacable y *pallida mors* encargada por Dios de hacer volver á la nada cuanto de ella deja salir un momento. Comprendo, sin embargo, señores, vuestro triste asombro, que comparto. ¡Quién nos lo había de decir! Aquella juventud inalterable, que á pesar de sus cincuenta y ocho años se matena en el albor de una canicie tímida; aquella admirable, simpática, contagiosa alegría de carácter, de aspecto, de conversación; aquel pozo sin fondo de generosidad; aquel peregrino dón de gentes; aquella especie de modesto Cárlos III de esta población, que le debe su hospital, su escuela, sus puentes, su alumbrado y hasta las piedras de sus calles; todo aquello que parecía desafiar victoriosamente al tiempo, á la decadencia, á la ley terrible de la destrucción, todo aquello es ya polvo vano. Aquel corazón puro, que latió sin descanso para el bien, ya no late; aquel alma que inflamó siempre el más hermoso y difícil de los amores, la caridad, el humanitarismo, ya no está en el planeta. Aquel hombre perfecto, en fin, acreedor de cuantos le conocieron, porque conocerle y deberle, cada uno en su esfera, atenciones irremediables y favores positivos, eran una misma cosa, ya está (permitidme el simil propio de mi empleo) rindiendo ante el Sumo Gobernador de los Orbes las cuentas más limpias y más honorosas que pueden presentarse á la fiscalización del Eterno. ¡Cómo, pues, no he de comprender y de compartir yo vuestro tristísimo asombro!

Al llegar á este punto de su oración fúnebre hizo el secretario un alto, y tomó aliento buscando con su mano derecha en su bolsillo algo que la reunión creyó un instante sería el pañuelo que había de enjugar las lágrimas inmediatamente próximas de sus ojos; y en su virtud las señoras buscaron también sus lienzos, y los hombres nos preparamos á recibir con el semblante más compungido posible la inundación. Mas la sospecha había sido inútil; el secretario se limitó á sacar en sus dedos un cigarrillo, que encendió en el velon de cuatro mecheros que ardía sobre la mesa central, que circunscribíamos, y continuó del modo siguiente:

—Pero, señores, sucede con el asombro lo que sucede con la infelicidad individual, que, por grande que sea, siempre tiene otra mayor con quien consolarse y compararse si lo hace de buena fe; sucede con ciertas estupefacciones de la vida lo que con las cerezas enredadoras, que no se sabe, tirando de una, cuántas vendrán detras, ni cuál será la última. Este asombro vuestro, señores, grande, legítimo, tendrá quizás la pretensión de ser insuperable. Pues no lo creais: todavía os queda por saber algo que ha de asombraros bastante más. Parece mentira, ¿eh? Después de conocer esa inesperada, esa prematura, esa desgarradora desgracia, ¿qué circunstancia puede haber en ella, ni qué agravación, ni qué sorpresa más triste que su fondo mismo? Oídme, empero, amigos míos: todos vosotros sabéis que D. Frutos era rico, riquísimo, millonario de nacimiento, que es como hay que serlo para no perder el tiempo en llegarlo á ser. Todos vosotros sabéis su propósito, nunca ocultado, de legar su gran fortuna á este pueblo de su naturaleza, al sosten y prosecución de las mejoras y buenas obras que este verjel risueño, amor de su corazón, le debe, y donde no tenía ya pariente alguno con derecho á heredarle abintestato. Pues bien: ¿á quién diréis que D. Frutos deja, si quiera sea usufructuariamente, sus millones? ¿Por quién diréis que esta villa tiene que esperar aún, Dios sabe cuánto, el día en que la fortuna de su protector le permita erigirle un digno monumento? ¡Ah, señores! una sola sombra, ya que no me atreva á decir mancha, tenía la vida de nuestro gran conciudadano, y esta sola sombra era la de un matrimonio infausto. Hace diez años, viviendo D. Frutos en Madrid, recibimos aquí un día los partes litografiados de su casamiento. Yo mismo escribí la felicitación — respuesta del pueblo en masa; — yo mismo compré en Málaga, con el producto de la suscripción local, el tintero de plata, coronado por una Minerva con casco y todo, y adornado con una inscripción de gratitud pública, que le ofrecimos. Pocos meses después, sin embargo, llegó aquí un rumor alarmante, el rumor de que D. Frutos y su esposa no se llevaban bien; y este rumor fué creciendo de día en día, de correo en correo, de noticia en noticia, de viajero en viajero, hasta el punto de que poco después del primer aniversario de aquel enlace, ya no era posible dudarlo: el perro y el gato, el agua y el aceite, el talento y el dinero, el día y la noche, no son más antagónicos, inconfundibles, incompatibles y distintos, que eran los modos de ser de D. Frutos y su esposa. Los detalles fueron sucesiva, triste y verídicamente llegando; los pormenores fueron demostrándonos rápida y progresivamente la realidad amarga; todas las guerras civiles pasadas y futuras de la historia patria podían ser tenidas por verdaderos granos de anís en comparación de la guerra del hogar Palomares; todos los Dantes Alighieri imaginables serían de una absoluta impotencia descriptiva para pintar con sus vivos y propios colores el infierno constituido imprevisoramente por la unión sacramental de D. Frutos y, como dice la filosofía popular, su parte contraria. Hasta que al fin otro día se supo, supimos, supieron todos también, que el matrimonio se había separado por mutuo consentimiento, y en evitación de mayores y ménos incruentados males, y que D. Frutos, después de haber señalado á la autora de su infelicidad una pensión régia, se había ido á vivir á las orillas hospitalarias y confortables del Sena. Pues bien, señoras y caballeros: la fortuna, la renta íntegra al ménos de los millones de D. Frutos, pasa inmediatamente á esa Eva, á esa Elena, á esa Cleopatra, á esa Cava, á esa señora fatal que lleva su nombre y que disfruta de su pensión espléndida. ¿Quiéren ustedes, ántes de entregarse de lleno al colmo del asombro, que reservadamente les lea las dos cartas, auténticas, fehacientes, incontestables, que me han traído la compleja, tristísima noticia?»

La tertulia contestó como un solo hombre al secretario con un «lea usted», que fué un poema. Y el secretario tiró la punta de su cigarrillo, que ya tostaba los extremos ahumados de su índice y pulgar derechos; sacó dos cartas del bolsillo interior izquierdo de su americana, desdobló una de ellas, y dijo:

—Esta carta es del viejo y fiel y honrado Julian, el criado inseparable, factotum, cajero, enfermero y amigo de don Frutos, y dice así:

«Sr. D. Nicolas Galvez (servidor de ustedes).—Muy señor mío y de mi respeto: Con el mayor dolor participo á usted el óbito de mi inolvidable amo D. Frutos Palomares, á quien se dió ayer cristiana sepultura en el cementerio del Padre Lachaise, de esta capital, en razón á que su fallecimiento ocurrió en el día de anteayer á las seis de su mañana. Hace cosa de veinte días que, habiendo mi señor amanecido con los piés hinchados, hizo venir al médico, consultó con él largo rato, y cuando éste salió me llamó y me dijo: «Buen Julian; perdóname la mala noticia, pero »has de saber que me voy á morir muy pronto.» Yo quise sonreír como quien recibe una broma; pero no pude. Y el señor continuó: «Mi testamento obra hace años en poder »del notario Mr. Tal (es un apellido que no sé escribir), y »en él deajo asegurada la tranquilidad de tu vejez. Déjame »tú ahora solo, que voy á leer los periódicos.» Y yo le besé la mano y salí. Él no volvió á hacerlo de su cuarto, porque no podía andar. Por último, la noche anterior á su muerte escribió en el mismo lecho la adjunta carta para usted, que, cumpliendo su voluntad, le remito; y á las cinco y media de la madrugada me mandó abrir el balcón

del dormitorio, que cae á un jardín, porque decía que se ahogaba; y cuando entró la claridad hasta él, y vió la copa de los árboles y oyó piar á los gorriones, nos dijo al señor sacerdote, que rezaba junto á su cabecera, y á mí, que estaba á los piés de la cama: «¡Qué hermoso día!» Y quiso señalarnos el balcón; pero no pudo mover ya su brazo, porque le empezaba la agonía. Una media hora después entregó su alma al Todopoderoso, cuya infinita bondad la habrá acogido en su seno.—Quedo de usted, Sr. D. Nicolas, afectísimo servidor, Q. S. M. B., *Julian Suarez.*»

»Y aquí está, en fin — siguió el secretario — la carta de nuestro malogrado amigo, que dice:

«Querido Nicolás: Puesto que, según me has dicho más de una vez, mi amistad ha logrado hacer de tí un hombre, vamos á ver cómo un hombre recibe, como quien dice, un cañonazo de disgusto. Voy á fallecer, caro secretario, y á escape. La hinchazón de mis extremidades me lo indicó hace días, y el médico me lo acaba de confesar con entera franqueza, á mi ruego. Muero como mi padre, y de alguna más edad, por cierto, que él, que no llegó á los cincuenta. Cuando yo vi pasar el medio siglo sin el síntoma alarmante de familia, llegué á figurarme que la raza había en mí cambiado de método y de giro, y creí que la sana influencia de mi buena madre me había salvado de lo que tú, de hijo, llamarás un fin prematuro. ¡Ilusión absurda, como todas las ilusiones! Una de estas mañanas me convencí de que mis piés se negaban á sostenerme, y comprendí que se acercaba la hora de mi último paseo. Hazme el favor de no sentirlo sino hasta cierto punto, porque, si te he de decir la verdad, yo no lo siento gran cosa. En primer lugar, ¿cómo sentir lo que no se ha de sentir? Respecto á horrores instintivos, mi naturaleza ha tenido siempre el defecto, si lo es, de no sentir más que uno: el santo horror á los bribones de todo género. ¡Figúrate, en su virtud, si es cosa para desesperarse el ir á dejar de ser hombre! Además, si no he sido como aquel gran rey que se acostaba triste el día en que no había podido realizar una buena acción, he practicado, sin embargo, en la vida, sistemáticamente, dos cosas que bastan para determinar á uno á morir con la posible tranquilidad; á saber: primera, no he dejado de hacer todo el bien que ha estado á mi alcance á todo el que y á todo lo que me ha deparado ocasión de hacerlo; y segunda, he procurado simultáneamente divertirme y gozar, en toda la extensión de mis facultades. ¿Qué puede, pues, importarme el volver, diez años ántes ó después, al seno de la cómoda eternidad en que estaba, desde *in principio*, y en que, salvo el breve accidente de esta existencia baladí, volveré á estar *per secula seculorum*? Conque, amigo mío, vamos á lo que importa verdaderamente. Ya sabes cómo he amado y preferido siempre ese bello rincón de la tierra en que tú y yo, y nuestros respectivos ascendientes, hemos nacido. Mi único pesar verdadero es no poder contemplarlo al espirar. Pero el hacerme conducir á él adelantaría unos cuantos días mi última respiración, según el doctor, y parece que sería una lástima. ¡Paciencia! Mi único consuelo es la idea de que haréis trasportar oportunamente á él mis restos, y que algún día formará mi polvo parte del suyo, de sus árboles, de sus flores, de sus amenidades físicas; puesto que ya conoces, como yo, ¡oh secretario! la superioridad de la eterna materia sobre esta otra naturaleza espiritual que nos hace tan infelices y pretenciosos. Hablo de la superioridad plástica y terrestre, se entiende, porque el espíritu es una cosa prestada, que vuelve á su dueño y á su destino definitivo: ave de paso. Pues bien; mira qué contrasentido: precisamente porque creo en el espíritu y su alta destinación, es por lo que he dispuesto que mis bienes no vayan inmediatamente al poder de ese comun, sino que los herede y disfrute, en usufructo, y hasta su fallecimiento, ¿no adivinas quién? No, no lo adivinarás, porque á mí mismo es, y me cuesta trabajo decirlo ó escribirlo; pero, en fin, sábelo: mis rentas van ahora á mi mujer. ¿Te habías olvidado de que yo tenía una mujer propia? ¡Habías hecho bien en no acordarte, y feliz tú que podías hacerlo! Pues, sí, á ella va mi renta; á ella, á la única criatura que he encontrado insoportable en la tierra; al peor de los caracteres; á la peor de las naturalezas morales con que he tropezado. ¡Y qué tropezón, amigo Nicolas, más estupendo! ¿Te acuerdas? Yo vivía feliz, ó poco ménos, cuando se me ocurrió casarme, y procurar tener, como mi padre y mi abuelo, heredero directo y legítimo. Es la única vez que la rutina me ha subyugado. Y luego, te lo diré en confianza, mi señora aparentaba ser de soltera todo lo contrario de lo que era en el fondo; y además era delgada y se calzaba muy bien, que son dos condiciones que ha debido tener en primer término toda mujer que se ha propuesto gustarme. Y ella se lo propuso y lo consiguió, y caí, con toda mi malicia y mi experiencia toda, en manos de aquel Sixto V con mirriñaque, que tiró la muleta apenas se vió dueña de mi casa, y se dedicó, con un ensañamiento que todavía no he comprendido, á hacerme desgraciado, hasta obligarme á optar entre el suicidio y París. Pues, oye, Nicolas; yo creo, como he dicho, en el cielo, en la gloria, en la justicia divina, en la otra vida, y al mismo tiempo creo que la memoria, esa facultad principalísima del alma, debe fatalmente acompañarnos en ella; y á la vez que todo eso, creo en lo infinito de la misericordia de Dios. Y como quiera que desde que me separé de mi mujer he tenido á sueldo un dependiente encargado de enterarse y de avisarme si ella pensaba un día cualquiera en venir á París, para irme yo ese mismo día á la China; es decir, como quiera que el único miedo que he sentido en mi peregrinación por el valle de lágrimas ha sido, desde que no veo á mi esposa, el de volver á verla, y como quiera que Dios puede perdonarla, y á mí también, y reunirnos á entrambos en su presencia, y permitir que en ella nos reconozcamos; y como sé que ni la misma solemnidad del sitio y del suceso me ha de impedir el disgusto de volverla á ver, por esto y sólo por esto le deajo el producto vitalicio de cuanto poseo, con la única condición de hacerse ver y cuidar diariamente por los tres médicos más afamados de Madrid, á quienes señalo sendas y pingües iguales, y cuyo régimen higiénico

obliga á mi cónyuge á seguir. ¿Comprendes ahora, buen Nicolas? Yo no puedo evitar el encontrarme al fin en otra vida (no me atrevo á llamarla mejor por esta circunstancia) con la pantera moral que lleva mi apellido añadido al suyo. Pero puedo retrasarlo algún tiempo, algunos años, que siempre serán pocos aunque sean muchos; y á esto tiendo al disponer que la ciencia humana me ayude en lo posible á conservar su salud, y á prolongar su tardanza. Ya eres, pues, sabedor, con esta confesion, de mi secreto. No lo divulgues sino en cuanto sea preciso para justificarme con nuestros paisanos; acuérdate de mi siempre que puedas; procura que mi sepultura, cuando esté en ésa, esté en buen sitio, y adios para siempre. — Tu amigo de verdad, *Frutos Palomares.*»

El lector me agradecerá, sin duda, que le haga gracia de los comentarios exhalados por el asombro máximo de la tertulia al oír la carta de D. Frutos, cuya copia saqué en el acto. Baste decir que todos los circunstanciales varones declararon temor fundado el temor de Palomares. Las señoras se contentaron con bajar los ojos y callar, que era cuanto podia pedirse.

S. LOPEZ GUIJARRO.

FRAGMENT.

La caritat es la lley
Que fa gravitar las ánimas
Entorn del Deu del amor
Que las atrau, mou y llansa
Per camins de viva llum
Ab alas de viva flama,
Com astres entorn del sol,
Arena d' or fi que raja
Del gran riu del firmament
En la blavosa cascada.

JACINTO VERDAGUER, *Presbitero.*

Barcelona, Febrer 1885.

LA DIOSA DE LA BACANAL.

La noche es azulada, espléndida, brillante.
En un jardín bañado de aromas y fulgores,
La juventud celebra, gozosa y delirante,
Deslumbradora orgia bajo un dosel de flores.

Es una seductora y alegre cortesana
La diosa de la fiesta, el astro de la orgia:
Los brazos, de alabastro; la faz, de nieve y grana;
La noche en los cabellos, y en la mirada el día.

Va envuelta en vaporoso y nitido oleaje
De gasas, de brocados, de terciopelo y blondas;
Y muestra el seno mórbido más blanco que el plumaje
Del cisne que resbala por las lúcientes ondas.

La bacanal inflama cerebros y pasiones,
Y estalla el entusiasmo en férvidas corrientes:
Suenan perlas risas, eróticas canciones,
Crujidos de cristales y de ósculos ardientes.

Y al cadencioso ritmo de un cántico sonoro
Que entonan dulces arpas y alegres bandolines,
La juventud escancia en grandes copas de oro
Licores perfumados con rosas y jazmines.

De pronto se interrumpe la bacanal dorada.
En medio de la fiesta siniestro ha aparecido
Un fuerte y rudo obrero de lúgubre mirada,
Y á la arrogante diosa veloz se ha dirigido.

«¡Perdon, esposo!» — exclama la cortesana hermosa;
Mas el obrero rudo la mira despiadado,
Y en su desnudo seno de nácar y de rosa
Clavó un puñal y grita: «¡Mi honor está vengado!»

MANUEL REINA.

LA VIRTUD DE LAS VIRTUDES.

Dios, que de nosotros cuida,
Puso enfrente de los males
Las plantas medicinales
Para proteger la vida.
Y cuando á la humanidad
Arrojó del Paraíso,
Para redimirla, quiso
Dejarle la CARIDAD.

MÁRCOS ZAPATA.

EL AMOR DE LOS AMORES.

*¿Cuál es el bien de los bienes?
El bien del amor. ¿Y el amor
de los amores? El amor al
bien.*

G. DE AZCÁRATE.

¡Luchar! ¡Siempre luchar! Tal es del hombre
La obligacion en su conciencia escrita;
Lucha por la verdad, esto es la ciencia;
Lucha para existir, esto es la vida;
Y el trueno que retumba en el espacio,
Y el terremoto en que la tierra oscila,
Signos son de esa lucha pavorosa,
De esa lucha, sin tregua repetida,
Entre el mal, hondo arcano de la muerte,
Y Dios, luz y camino, paz y guía.
Mas nunca en el fragor de la batalla
Tiembra el soldado que á vencer aspira;
Jamás en los rigores de la suerte
El honrado varon torpe vacila;
Que si es grande del mal el poderío,
La humana caridad es infinita,
Y ella entre los pesares de la tierra,
Revelando del bien la esencia viva,
Es el amor que rige el Universo,
Desde el tranquilo hogar de la familia
Hasta el astro que gira en los espacios
Por la ley de atraccion, ley de armonia.

*¡Amor al bien! ¡Amor de los amores!
Tú alzarás la vivienda, derruida,
Tú llevarás consuelo al afligido,
Y en la risueña vega granadina,
Y en los feraces campos malagueños,
Mostrarás de tu fuerza la energia;
Fuerza que acaso en tiempo no lejano,
En fecundo organismo convertida,
Dará al mundo moral su firme base,
Siendo la Caridad ley de justicia.*

LUIS VIDART.

MEIN ALHAMA, WEHE, WEHE!

In dem maurischen Granada,
In der blumigsten der Auen,
Klang es einst aus Koenigsmunde
Todestraurig, voller Grauen:
Mein Alhama, wehe, wehe!
Weihnacht, sonst die Nacht, die heil'ge,
Aber heut' die Nacht, die böse,
Weck'st des alten Wehrufs Echo
Durch dein donnerndes Getöse:
Mein Alhama, wehe, wehe!
Deiner Engel Flügelrauschen,
Weihnacht, ist verplungne Sage;
Durch Granada hallet wieder
Die jahrhundert alte Klage:
Mein Alhama, wehe, wehe!
Ha, es bebet eines Edens
Grund in Christkind's heil'ger Stunde:
Thurm und Menschen jäh versinken
In der Erde tiefem Schlunde:
Mein Alhama, wehe, wehe!
Mein Alhama, mein Alhama!
Stöhnet heute Spaniens Koenig,
Und ganz Spanien ist ein Tempel,
D'rin es schallt millionentönig:
Mein Alhama, wehe, wehe!
Durch die ganze Erde dröh'n es:
«Mein Alhama sank danieder!
*Spendet Haende! Helfet, rettet,
Trocknet Thraenen, bauet wieder!»*
Mein Alhama, wehe, wehe!

JUAN FASTENRATH.

Colonia, 7 de Enero de 1885.

TRADUCCION.

¡AY DE MI ALHAMA!

En la morisca Granada, en la más florida de las vegas,
salió de los labios de un Rey aquel grito lúgubre causado
por la *batalla tenebrosa*: ¡Ay de mi Alhama!

Noche-Buena, en otro tiempo Noche sagrada, pero hoy
Noche mala, despiertas con la voz atronadora de tu tremenda
sacudida el eco de aquellos ayes seculares: ¡Ay de mi Alhama!

Ya no baten sus alas tus ángeles ¡oh Noche-Buena! sino
que en Granada toda se oye el clamoreo: ¡Ay de mi Alhama!

¡Dios mio! en la hora sagrada de Navidad se estremece
la tierra de un eden: torres y hombres se hunden en abismos
desconocidos: ¡Ay de mi Alhama!

¡Alhama mia, Alhama mia! suspira el Rey de España, é
Iberia toda es un solo templo en que millones exclaman:
¡Ay de mi Alhama!

¡Ojalá que llenase el orbe el grito de que se hundió Alhama!
*Manos generosas, remediad las desgracias, socorred las
victimas, enjugad las lágrimas, reconstruid las casas desplomadas!*
¡Ay de mi Alhama!

AYES DEL PUEBLO EN LOS TERREMOTOS DE ANDALUCÍA.

No tengo padre ni madre,
Ni tengo casa ni hogar:
Ábrete y trágame, tierra,
Qué no quiero vivir más.
¡Para qué quiero la vida
Si en los temblores de tierra
Perdí lo que más quería!

Estaba hablando con ella
En el portal de su casa:
Allí se quedó sin vida,
Y yo me quedé sin alma.
Dicen que mata la pena:
Yo todavía estoy vivo
¡Y ella está entre escombros muerta!

Desde que el temblor de tierra
A mis hijos los mató,
Me están temblando las carnes
Y llorando el corazon.
¡Ay, pobretica de mí!
¡Los hijos de mis entrañas
En el temblor los perdí!

ÁNGEL AVILÉS.

Madrid, Enero de 1885.

¡Sublime Caridad! ¡Ley soberana!
La redencion del hombre en tí se encierra.
Tú concluirás con la afrentosa guerra,
Uniendo en paz á la familia humana.

MANUEL ORTIZ DE PINEDO.

FENÓMENOS GEOLÓGICOS.

Los ocurridos en las provincias andaluzas son de tal naturaleza, que, de extenderse á más vastas regiones, amenazarán cambiar por completo nuestro mapa.

Ya es un pueblo que se hunde, como pudiera hacerlo una decoracion de Busato por el escotillon de un teatro.

Ya una grieta que rompe el terreno y que, cogiendo por en medio á un árbol, le hace dos mitades de arriba á abajo, como Don Quijote temia que hicieran con él en alguno de los terribles encuentros á que su profesion de caballero andante le llevaba.

Ya es una casa, de la que desaparecen los cuatro primeros pisos, quedando el quinto pegado á la construccion inmediata.

Ya nace una faja de terreno que separa casas y caminos, ántes poco distantes.

Ya montes que desaparecen, dejando en su reemplazo lagos termales.

Ya casas que cambian de emplazamiento, trasladándose veintisiete metros más allá de donde estuvieron primeramente.

Ya es Sierra Nevada, que crece centenares de metros sobre el nivel del mar....

En vista de estos cambios, el terror se apodera del ánimo y nacen deseos de preguntar:

¿Seremos mañana los habitantes de un lago ó los inquilinos de un volcan?

¿Qué será en lo porvenir nuestra península? ¿Lecho del Mediterráneo cuando éste se ensanche? ¿Un cabo de Europa en el Atlántico? ¿Un complemento de la península italiana?

Políticos que consagrais vuestras vigiliass á reformar el mapa del mundo, cesad en vuestras tareas, en tanto siquiera que los ruidos subterráneos nos adviertan que acaso estamos llamados á mayores cambios.

¿Quién sabe si nos dormiremos madrileños y nos despertaremos cosacos? ¿Si tendremos que comunicarnos por mar con los habitantes de Vicalvaro y Vallecas? ¿Quién sabe si los cerros de arena de San Isidro se trasladarán á la pradera de Guardias, y si los barrios de Salamanca y de Pozas se unirán en estrecho abrazo?

¿Quién sabe si algun día tendremos que encender una cerilla para buscar por los suelos la cúspide de antigua colina?

¿Quién sabe si veremos que los montes, en el colmo del impudor, se suben la faldá?

Aquí en Madrid, donde ejecutamos siempre la parodia de las grandes catástrofes; aquí, donde en épocas de inundaciones el Manzanáres arranca las bancas de las lavanderas para demostrar á los burlones que no necesita del riego del Lozoya para estar húmedo; aquí teniamos un cerro en diminutivo, el Cerrillo de San Blas, y se ha desplomado sobre una de las casas inmediatas del paseo de Atocha.

Semejantes fenómenos han llegado á preocupar tanto á un amigo mio, altamente aprensivo, que como primera providencia, y para evitar nuevos terremotos, ha sujetado con puntas de París el globo terráqueo que tiene sobre su mesa de estudio.

M. OSSORIO Y BERNARD.



DIBUJO DE D. ALEJANDRO FERRANT.



¡VIVA PRAVIA!
(D. Alfredo Perea.)

EM SEVILHA.

(RECORDAÇÕES.)

Aqui, sim, sente-se bater o coração da Andaluzia. Tradições, arte e poesia, beleza e *salero*, tudo se encontra na formosa e opulenta cidade de S. Fernando.

Ao mesmo tempo que é um livro severo, onde se leem as memórias do passado, um museu riquíssimo onde se admiram as mais bellas creações do genio andaluz, Sevilha representa a vivacidade, a alegria hespanhola.

Dentro das naves da cathedral, um dos templos mais agigantados que o fervor das crenças catholicas levantou no mundo; debaixo d'aquellas arcarias aonde parecem pequenas as pompas das procissões que as atravessam, manifesta-se a grandeza d'essa religião invencível, que assentou as suas basilicas nos alicerces regados do sangue dos apóstolos e dos martyres, convertendo as aras de marmore do paganismo e as columnas de porphydo das mesquitas em outras tantas magnificencias destinadas á adoração do verdadeiro Deus.

Como estudo architectonico, a cathedral de Sevilha goza do privilegio de resumir a historia gravada em pedra, de todas as phases que atravessou a architectura em Hespanha, desde os arabes até nossos dias. Arabiga em parte da sua torre da Giralda; ogival no conjunto de sua vasta fabrica; mistura da germanica e da greco-romana no periodo de transição de uma para outra, por exemplo, na capella de S. Fernando; greco-romana dos meliores tempos na sala capitular, e greco-romana da decadencia na igreja do Sacratio, a architectura da cathedral de Sevilha é tam variada, como as diversas evoluções da arte, de que foi theatro a Hespanha.

Sob o aspecto das artes plasticas e da pintura, que museu precioso, que repositorio immenso!

Deante de nós, deslumbrando-nos com a transparencia azulada dos seus céos, com suas tunicas ondeantes, com a idealidade vaporosa e casta das sua Virgens perpassam as creações immortaes de Murillo.

Aqui Zurbaran, já com as vestes roçagantes e a magestade pontificia de seu admiravel S. Pedro com os bureis e estamenhas do seus ascetas e frades inimicarios.

Alli João das Roelas, o grande pintor tonsurado, com o seu painel emponente de S. Thiago a romper sulcos de morte por entre a mourisma na batalha de Clavijo, um primor de expressão dramatica, de colorido, de combinação de grupos, de harmonia geral nos accessorios.

Mais adiante, Valdes-Leal, Alonso Cano, Luiz de Vargas, e o divino Morales, cujas figuras de meio corpo da Virgem e de seu Santissimo filho morto nos braços, um *Ecce Homo*, uma Dolorosa e San João (para não citarmos outras) justificam o epitheto com que o seu raro engenho de artista é celebrado nos fastos da pintura.

Se de tantos quadros excellentes volvemos os olhos as riquezas de esculptura que abundan por toda a parte, vemos como palpitantes as musculaturas athleticas dos Evangelistas, as formas graciosas de Santa Justa e de Santa Rufina, de Montanhez, o S. Fernando, e o devoto S. José, de Roldan, é innumeradas estatuas de artistas insignes, de Fernandes Aleman, de Miguel Florentino e Cornejo.

Como nos sentimos viver junto de tantas maravilhas de arte quer palpitem nas telas prodigiosas de Zurbaran, de Alonso Cano e de Murillo, quer se modelem nas formas colossaes de Montanhez e de Roldan!

Contemplar aquelle edificio magnifico, equivale a ver reviver inteira a historia dos seculos mais epicos, de que a Hespanha pode ufanar-se.

VISCONDE DE BENALCANFÔR.

Lisboa.

Buckle, um dos renovadores da sciencia da Historia, deduz da influencia deprimente dos violentos phenomenos cosmicos na peninsula a profunda acção que o poder clerical exerceu sobre o caracter hespanhol. Hoje, a cultura scientifica explica esses phenomenos por causas naturaes, e já não é possivel um retrocesso ao fanatismo medieval; contudo um outro poder, que se sente na sociedade como um corpo extranho, é quem agora aproveita a impressão d'essas catastrophes para sustentar-se á cuita de un altruismo simulado que não sente.

TEOPHILO BRAGA.

LA HUÉRFANA DE ANDALUCÍA (1).

(Traducción del poeta portuguez Bulhão Pato.)

Sus trenzas formaban ondas,
Era su rostro moreno,
Su boca era pequenita,
Y su pié más que pequeño.

Sus trenzas formaban ondas
Como la tinta;
Sus ojos eran luceros
Como ninguno los pinta.

En sus espaldas redondas,
Cuando salía á bailar
Con más sal que tiene el mar,
Sus trenzas formaban ondas.

Bajo montones de escombros
Á sus padres tiene ya;
¡Con las trenzas por los hombros
Y los ojos mar de llanto
Cantando entre escombros va!
Y ved qué triste es su canto:

«En el carro de los muertos,
Que ha pasado por aquí,
Íban mi padre y mi madre,
Que por mis ojos los vi.»
«Íban los dos abrazados,
Y por volverlos á ver
Diera el dedo que más falta
Á mi mano puede hacer.»

«La que sin padre ni madre,
Y pequeña como yo,
En este mundo se queda,
¡Qué digna es de compasion!»

«Á la pobre huerfanita
Una limosnita dad,
Que bajo de estos escombros
Todos los míos están!»

«En el carro de los muertos,
Que ha pasado por aquí,
Íban mi padre y mi madre,
Que por mis ojos los vi!»

Así en desventura tanta,
Con las trenzas por los hombros,
La huérfana llora y canta.
¡Dad una limosna santa
Á quien la pide entre escombros!

ANTONIO DE TRUEBA.

Bilbao.

EL TERREMOTO.

PROBLEMA.

Cuántas vidas el tiempo lentamente
En sus arcanos sepultar debía,
El sér que agonizaba, el que nacía,
La vieja encina, el tallo, la simiente,
Lo que no llegó á ser, lo que moría,
La juventud con la vejez doliente,
El dichoso, el culpable, el inocente.....
¡Todos, todos cayeron en un día!
Cayeron ¡ay! el corazón henchido
De amores, de esperanzas ó de agravios;
Con la canción, el beso, ó el gemido,
¡Ó la santa plegaria entre los labios!
Después..... dice la fe:— ¡Dios lo ha querido!
— Física evolución — dicen los sabios.

BLANCA DE LOS RÍOS.

Á LA JÓVEN CONDESA DE X.....

EN SU CUMPLEAÑOS.

Cien veces venturoso
Luzca, preciosa niña,
El día que hoy celebras
Con plácida alegría.
Cual hoy, su rica pompa
El verde prado vista:
Cual hoy, bese las flores
La perfumada brisa:

(1) Esta composición se ha publicado en el número único de un periódico titulado *Alhambra*, dado á luz en Oporto, á beneficio de los infortunios de Andalucía; bajo la dirección del inteligente escritor portuguez D. Francisco de Castro Monteiro, que tiene especial afición á España y su lengua y literatura. En cuanto á Bulhão Pato, sólo sé que es uno de los poetas portuguezes más inspirados y sentidos, y que, si no estoy mal informado, nació en Vizcaya durante la primera guerra civil carlista.

Cual hoy, en fin, fulgente
Del sol la luz divina
Dore los altos montes
Y esmalte la campiña.
Y quiera el cielo, hermosa,
Que tu serena vida
No agiten las tormentas
Que á tantos martirizan.
Jamás amantes penas
Te contristen ni aflijan,
Y siempre desdenosa
Del ciego amor te rías.
No ames, no, que ninguno
Merece las primicias
De ese corazón virgen
Que aún por nadie palpita.
Guarda tu indiferencia,
Guarda tu paz tranquila,
Y no las trueques nunca
Por pérdidas mentiras.
Á aquellos que te juren
Amor toda la vida,
Despídelos airada
Ó escúchalos esquivada.
¡Ay de ti si los crees!
¡Ay de ti si te fías!
Por fútiles quimeras
Perdido habrás tu dicha.
Presérvente los cielos
De tal desgracia, niña,
Y cual hoy sosegada
Siempre contenta vivas.
Mas si quizás curiosa
Pretendes algún día
Conocer los placeres
Con que el amor te brinda,
Haz tú como los hombres:
Su falsedad imita.....
No te enamores nunca:
Conviene que lo finjas.

RAMON DE NAVARRETE.

SEGUIDILLAS GITANAS.

El que tiene penas
¡Ay si no las canta!
Porque cantando se nos desahoga
De penas el alma.

Voy al camposanto
Donde la han metido;
Que el terremoto me dejó sin ella
Y pobre y solito.

¡Qué día tan claro!
¡Qué azul está el cielo!
¡Ya qué me importa, si murió mi madre
Y no puede verlo?

Todo esto fué viña,
Olivar aquello;
No queda viña, ni olivar, ni casa;
Todo es cementerio.

Muerta la sacaron
Entre los escombros,
Y cuando duermo, ella está á mi vera
Y me vuelve loco.

¡Madre de mi vida!
¡Padre! ¡hermanos! ¡hijo!
De aquella noche siempre me parece
Que se oyen los gritos.

¡Qué noches tan tristes!
¡Qué frío tan grande!
¡Y entre la nieve tantos pobrecitos
Sin mantas ni hogares!

¡Madrecita mía,
Oye nuestro ruego!
Dios se lo pague á nuestros hermanos
Que nos socorrieron.

EDUARDO DE PALACIO.

El trabajo de mil modos
Los males del vicio ataja:
El pueblo que más trabaja
Es el más libre de todos.

JOSÉ MARÍA NOGUÉS.

EL IDILIO DE UN SOLTERO.

— ¡Qué haces?

— Nada; voy siguiendo á esa muchacha.

— ¡Ea, abur!

Eso me lo dijo Luis hace lo ménos diez años; ella era entonces una muchacha fresca, linda, sonrosada, alegre, con ojos negros como las moras maduras, y unos piés de esos que caben en el cáliz de una azucena.

Cuando hablaba reía siempre; así es que su conversacion se cortaba por algo parecido á los piés de la alondra ebria de trigo.

Juventud, risas, belleza, todo encendía el corazón de mi pobre amigo.

En aquel entonces estudiábamos Derecho: el título de Licenciado, todavía lejos, era para nosotros la piedra filosofal de la vida.

Luis tenía sus proyectos: una vez abogado, se haría juez, é iría á un pueblo con su novia, ya su mujer, á contemplar el cielo, las enramadas, y á repartir equitativamente la justicia entre los pobres y ricos del lugar.

Si la Providencia se servía mandarles hijos, los recibiría con los brazos abiertos; si no, tenía bastante con hacer feliz á su mujer.

Concluimos jóvenes la carrera, y como la ley dispone que nadie puede ser juez hasta los veinticinco años, Luis hizo lo que todos: dejó el título en el cofre, hasta mejor ocasión, y se dedicó á seguir á la muchacha de los ojos negros.

La Naturaleza puso en la prometida de Luis todas sus riquezas; pero la niña no poseía cuatro ochavos morunos, aparte de la ropa ya bordada y dispuesta, que la mamá guardaba como oro en paño en el fondo del arca.

Esto viene á cuento para decir que los padres de la chica, viendo que Luis era tan pobre como su hija, no le tuvieron como partido provechoso, y le cerraron siempre las puertas de la casa.

Luis continuó siguiéndola, ó, como él decía, siguió continuándola.

La niña se moría por los pedazos ó por la integridad de Luis, y decidió ser constante; decisión que todas las novias practican de mentirijillas.

Mas como no hay regla sin excepcion, Anita fué siempre fiel.

Ya mi amigo, para entonces, estaba hecho un hombre; tenía sastres que le fiaban hasta un par de trajes, usureros que soportaban pequeñas deudas, y entradas en los principales coliseos.

Todo esto provenia de la Redaccion de *El Crepúsculo*, en donde á fuerza de puños habia conseguido una plaza de redactor de los baratitos.

Cumplió el joven abogado los veinticinco años, y.... ¡claro! como estaba siempre en visperas de ser ministro, ó cosa así, no pensó en ser juez.

Los hombres como él se debían por entero á la patria: hubiera sido un sacrilegio imperdonable el enterrar sus magníficas cualidades entre autos polvorientos y latinajos insulsos.

Anita, más enamorada que nunca, aguardaba siempre el instante en que el Gobierno cayera y subieran los de Luis.

Los padres, firmes en sus trece, no se avinieron á celebrar conferencia alguna, ni se ablandaron.

La cita á hurtadillas, los estudios de Astronomía á altas horas de la noche, y los rastreos callejeros cuando ella salía de compras, continuaron como si todavía fuesen niños.

Han pasado tres años, y ayer mismo me encontré á Luis en la esquina del Suizo.

— ¡Qué haces? — le pregunté.

— Nada; voy siguiendo á esa muchacha.

Anita está pálida, ojerosa; su cintura parece el arco de una servilleta; sus pestañas, cañaverales.

No está fea, pero no tardará en estarlo.

Sobre todo, si, como es lo probable, no vienen los de Luis.

No pierdo la esperanza de que, andando el tiempo, los vecinos de Madrid encuentren un esqueleto envuelto en un gaban gris, que vaya en pos de otro que cubra su hueco craneo con las blondas de una mantilla.

Por si ese caso llega, yo identifico los muertos: es Luis que sigue á Anita.

RAFAEL COMENGE.

DE VALENCIA.

¡Benvolguda Andalucía!

Tot hom te dona y t'envia

Lo millor de lo que té;

Yo, que perguí quant tenia,

Diguésme, ¿qué t' donaré?

Fruyts d'or y espigues granades

Temporals y torrentades

S'endugueren á la mar;

Mes terres veig anegades,

Veig apagada ma llar.

Som, germana, dos eixemples

Ben per igual llastimers;

Per terra, plorant, contemples

Palaus, cabinyes y temples;

Perduts yo camps y vergers.

Mes, d'aquella que algun dia

Fou gloriosa poesia,

Una humil y tendra flor

Encara, amagada, 's'cria

En lo jardí del meu cor.

Ta germana te la dona;

Ella son amor te du:

Pósala en eixa corona

Que una musa noble y bona

Teixint está pera tú.

TEODORO LLORENTE.

¡Qué negra melancolía
Infunde al que penas llora
La noche triste y sombría;
Qué amarga y lenta agonía
Si no luciese la aurora!

En lucha con el destino,
Llorando en la soledad,
Vaga errante el peregrino;
¡Triste de él, si en su camino
No hallase á la Caridad!

JUAN DE COUPIGNY.

Á ESPAÑA

EN LOS TERREMOTOS DE ANDALUCÍA.

SONETO.

Abrese el suelo, tiembla la montaña,
Pueblos derriba la convulsa tierra,
Y la pálida Muerte en llano y sierra
Entre escombros agita su guadaña.
Tumba es el templo, tumba la cabaña,
Que ensangrentadas victimas encierra;
El verjel andaluz, cuadro que aterra
Tan sólo ofrece á la afligida España.
Mas no desmaya en el dolor su aliento:
Pobres y ricos, nobles ó villanos
Se inflaman á la voz del sentimiento,
Y por la santa caridad hermanos,
Al desvalido, al huérfano, al hambriento,
Con dádivas de amor tienden las manos.

ENRIQUE R. DE SAAVEDRA,

Duque de Rivas.

ORAÇÃO DA POBRE.

Senhora! sois mãe,
E mãe de Jesus,
A fonte da luz,
A fonte do bem!
Doei-vos da triste
Que assim se consome,
E apenas resiste
As magoas que tem!
Sou mãe..... Tenho fame!
Meus filhos tambem!

JOÃO DE DEUS.

LA LEY DE LA EVOLUCION.

¡Oh, no lloreis, ¡humanos! Si el mundo se desquicia,
Si se estremece y cambia su forma perenal,
Será que la materia sus átomos codicia
Y que el planeta cumple la ley universal.

¡Miradlo sin asombro! ¡Sufrido sin espanto!

Del astro Tierra síntesis el hombre viene á ser:

Por fuera en él se agitan los mares de su llanto;

Por dentro, en el espíritu, volcanes siente arder.

¿Quién sabe si otros hombres poblaron nuestra esfera?

¿Quién si surgió la Tierra de un astro superior?

¿Quién si al temblar el globo allá en la edad primera,
El alma halló su forma, su gérmen el dolor?

¿Quién sabe si reanuda su obra misteriosa
La Tierra renovando la vieja humanidad,
Y al darse otra más fuerte, más digna y más grandiosa,
Tendrá otros ideales de eterna libertad?.....

¡Oh, no lloreis, humanos! Dejad que tiemble el mundo:

De un cataclismo, el orbe surgió en la conmocion.

La Tierra es imperfecta, y el hombre barro inmundado.

Dejad que sus defectos enmiende la Creacion.

J. J. JIMENEZ DELGADO.

CONTRA VIENTO Y MAREA.

Amarrados en el barco van en múltiples filas. Los remos golpean el agua arrancándola girones de espuma; la nave vuela..... Su enorme vientre, de barnizada madera, deja al hendir las aguas un torbellino de ondas, que se calma tras su paso con impasible desden..... Los cautivos van exhaustos de fuerza, el sudor corre por sus desnudos hombros, y los músculos se hinchan y se deshinchán á cada nuevo esfuerzo. El cómitre hace ondear en el aire su látigo, que baja silbando y asciende tinto en sangre..... La nave vuela.....

¡Qué espantosas actitudes de fatiga! ¡Qué manos temblorosas, asidas al recio cabo de los remos! ¡Qué ojos desencajados, qué respiraciones anhelosas!..... El sudor y la sangre corren juntos de los cuerpos desnudos de los cautivos.....

— ¡Es preciso forzar la barra! — gr. ta el cómitre.

Á lo lejos la barra se adivina en un espumarajeo blanco, dentro de cuyo hervor suena el trueno de la tempestad. Y contra aquel imposible de espuma choca la nave, y los remos golpean, ora el vacío, ora las crestas de las olas, ora el verde turbio cristal del abismo..... Y el cómitre hace ondear su látigo..... El sudor y la sangre corren por las espaldas de los cautivos..... La nave vuela.....

Pero no avanza. Va y viene. Sube las lomas de aquellas inmensas cimas de agua, y cae por ellas de nuevo. Oscila sobre el abismo, y tiembla sobre la nube de polvo de agua; se corona de chispas de nieve ó se oscurece en las lobregueces del agua, entenebrece por la tormenta.

Y allá abajo, en la popa de la nave, agarrado á la caña del timon, va un viejo, todo melena y barbas, envuelto en ropajes bíblicos, espantoso en la tremenda calma de sus ojos sin luz..... Es ciego.....

¡Un timonel ciego! ¡Un cómitre cruel! ¡Cautivos que reman fatigados y sin fe en el puerto! ¡Una nave que se agita sobre abismos!..... Dicen que esto es la vida.

J. ORTEGA MUNILLA.

SOMBRA Y LUZ.

Razon que te comparas á Dios mismo,
Dime por qué la tierra se estremece
Y retiembla y mi hogar desaparece
Sepultado en el seno del abismo.

La ciencia de tu vil materialismo

Ni auxilio presta ni poder ofrece,

Huye aterrada y, al huir, perece

En las sombras del hondo cataclismo.

Léjos del mundo el huracan me lanza.....

¡Dónde ir con mi espanto y desconsuelo!

¡Dios me ampare! que miro en lontananza

La fe que es luz, la caridad consuelo,

Y el alma que despierta á la esperanza

Viendo su asilo en el eterno cielo.

JOSÉ DEL CASTILLO Y SORIANO.

EL ARBOL Y EL ALMA.

Con las rudas convulsiones

De aquel fiero cataclismo,

Un árbol bajó al abismo

Arraigado en sus terrones.

Entre las palpitaciones

De la tierra desplomada,

Aun sintió allí la oleada

Del jugo que le da vida,

Y hoy luce su copa erguida

Y de flores coronada.

La pasión es lava hirviente,

Que abre en la humana existencia

Abismo en que la inocencia

Va cayendo dulcemente.

Pero el alma que se siente

En la fe bien arraigada,

Aun caída, la sagrada

Savia de virtud recibe,

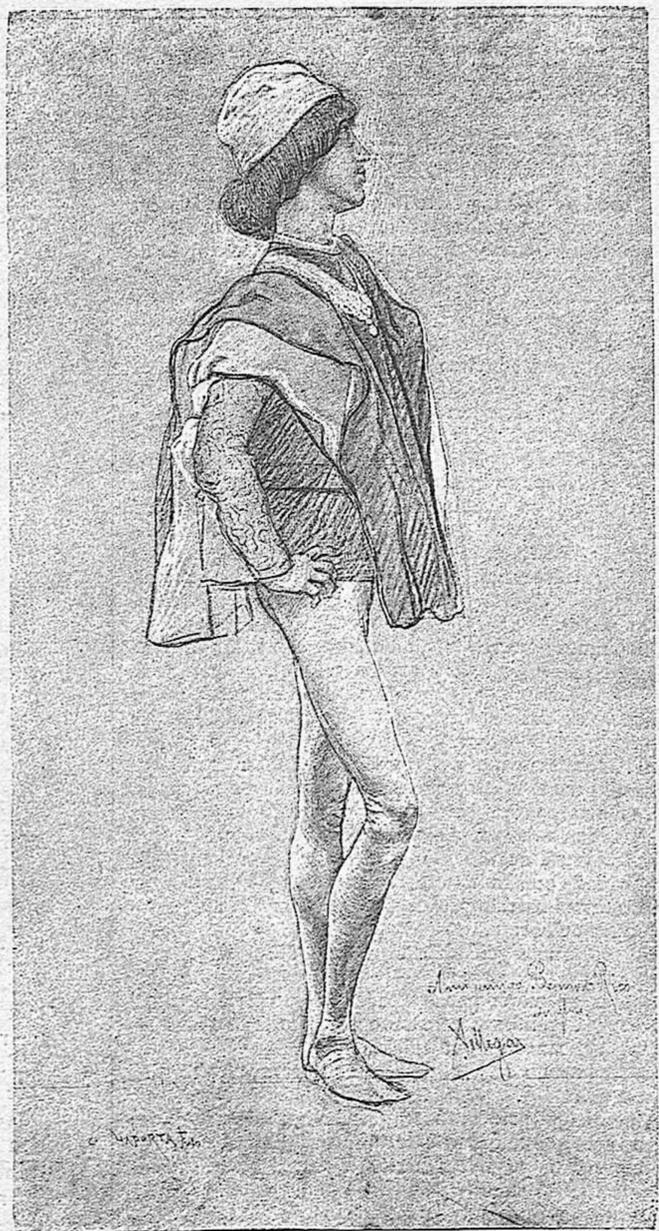
Y en el abismo revive

Por el triunfo coronada.

EDUARDO BUSTILLO.



ANTE LAS RUINAS.
(D. Joaquin Araujo.)



DIBUJO DE D. JOSÉ VILLEGAS.



EL INFANTE D. CÁRLOS, HIJO DE CÁRLOS IV.
(Apunte de un cuadro, por D. Luis Alvarez.)



OFELIA.
(Estudio de D. German Hernandez.)



ENSAYANDO.
(D. Nicolas Megia.)

ROSARIO.

Cuanto la conocieron afirman que no había en ambas Andalucías belleza alguna que la igualara. Nosotros sólo hemos visto su fotografía, hecha en Sevilla seis meses antes de la catástrofe; pero no era necesario más para adivinar en aquella pálida reproducción de facciones y de contornos los raros encantos que la Naturaleza había acumulado en la malograda joven.

Bien podía decirse que su belleza resistía todas las comparaciones, porque había sido puesta á prueba con ventaja. Desde la edad de quince años no había ciudad importante, ni establecimiento balneario de algun renombre en Andalucía, ni puerto de mar concurrido, á donde el padre de Rosario no la hubiera presentado con la disculpable vanidad del que expone al público una obra de arte envidiada. Las ferias de Sevilla y las veladas del Córpus en Granada se engalanaban anualmente con su presencia, y más de una vez grupos de admiradores seguían obstinadamente al padre y á la hija bajo las frondosas alamedas de las Delicias ó por el paseo de la Bomba, anhelantes por contemplar el mayor tiempo posible aquel portento de hermosura, que sólo podía admirarse en toda su esplendidez viéndola marchar airoso sin ostentación, modesta sin engorgimiento, luciendo, sin darse cuenta de ello, la majestuosa esbellez de su cuerpo, realzado por las curvas acentuadas de un busto irreprochable.

No eran sus padres los únicos en sentirse orgullosos de haber dado el sér á la hermosa Rosario: el pueblo que la había visto formarse, y aun la misma capital, citaban ya la belleza de Albuñuelas como una de las joyas más estimables de la provincia.

Compartía el cariño de sus padres con un hermano, niño de seis ó siete años, tan entrañablemente amado por Rosario, que á veces daba celos á su propia madre. Tal vez este afecto ha sido causa del terrible infortunio que hoy aflige á los desventurados padres.

Poseen éstos, entre otras fincas, dos casas en Albuñuelas: una que habitaban con sus hijos, otra que servía de morada á unos parientes. Los dos edificios son, por su construcción y comodidades, de los mejores del pueblo. La infausta noche del 25 de Diciembre hallábase reunida la familia al rededor de la chimenea, ya por costumbre, ya también por lo despacible de la temperatura. Pero era el primer día de Pascua, y en la mayor parte de las casas celebrábase la fiesta con las expansiones y algazara usuales en esos días. Rosario pidió permiso á sus padres para ir en compañía de su hermanito á la morada de los parientes, donde se reunían varias familias para solemnizar la fiesta. No sin disgusto, por ser ya algo tarde, los padres accedieron—¿acaso habían contrariado nunca los deseos de su hija?—y tomando á su hermanito de la mano, ambos salieron inundados de infantil regocijo.

Tres minutos después la tierra se estremeció: conmovieron los edificios, y un espantoso ruido de casas que se venían abajo, arrastrando tejados, chimeneas, muebles y vajillas, dejó paralizados á los esposos que acababan de separarse de sus queridos hijos. Por fortuna, la casa en que habitaban, si quebrantada, había quedado en pié. Repuestos del primer momento de pavor, salieron á la puerta de la calle, y por los ayes lastimeros, las voces en demanda de socorro y la alarma de los vecinos que corrían despavoridos, se dieron cuenta de la catástrofe que acababa de ocurrir en el pueblo.

—¡Mis hijos! ¡mis hijos!—exclamó el desventurado padre, y rápido como el pensamiento se encaminó en dirección de la casa de los parientes.

Ni los obstáculos de las ruinas, ni los desesperados lamentos de los moribundos, ni la demanda de auxilio que en nombre de Dios hacían á los transeúntes los que, medio sepultados, yacían con vida bajo los escombros le detuvieron, hasta que, ebrio de dolor, saltando de ruina en ruina, apartando vigas y salvando abismos, llegó á la casa ya casi sin aliento. Por un momento su pecho se abrió á la esperanza: la casa estaba en pié, intacta; pero al saber que sus hijos no habían llegado, la muerte cubrió de nuevo su alma. ¿Qué había sido de ellos?.... Volvió á su casa: sus hijos no habían regresado. Llamó en su auxilio á los vecinos, pero éstos no acudieron. Encendió un farol, recorrió con él rápidamente los escombros esparcidos en el trayecto entre ambas casas, llamando con desesperada voz á sus hijos.... Otras voces no ménos angustiadas se confundían con la suya, pero las de sus hijos no resonaban por parte alguna.

Al cabo de una hora de vanos esfuerzos, decidió emprender trabajos más detenidos y penosos; pero ¿cómo? ¿con qué? ¿quién iba á auxiliarle? Los vecinos ilesos acudían en primer término á la salvación de los suyos, de los moribundos, de los sepultados con vida, de los mismos cadáveres, por si era posible reanimarlos: las herramientas faltaban, porque habían quedado también enterradas: reinaba profunda oscuridad, y un viento fuerte hacía casi imposible el uso de las luces. No se abatió por eso el espíritu del angustiado padre. Solo al principio, ayudado de dos personas después, fué registrando una á una las casas de ambas aceras en el trayecto que debieron seguir sus hijos. Allí donde una línea de escombros indicaba el desplome de una línea de fachada, allí se detenía, y separando piedras, tabiques, vigas y muebles destrozados, no se daba por satisfecho hasta haber descubierto el pavimento de la calle. En este trabajo casi hercúleo, sostenido por la fiebre del dolor y la desesperación, trascurrieron algunas horas, hasta que á unos trescientos metros de su casa, y bajo los escombros de una fachada, la piqueta del desventurado padre dió con el cuerpo yerto de Rosario, que había caído abrazada á su hermanito.

La escena que siguió á este triste encuentro no es para descrita. El esposo primero, pocos momentos después la esposa, formaron con los tristes despojos de aquellos idolatrados seres un grupo lúgubre, apenas destacado de la oscuridad por los débiles rayos del farol que sostenía con

temblosa mano uno de los generosos auxiliares del infortunado padre. ¡Qué pronto habrían vuelto á la vida las tiernas víctimas si para ello hubiera bastado el calor de los besos ó el amoroso acento de los que los llamaban!....

Cuando los primeros albores de la mañana vinieron á disipar la oscuridad que tan horribles desgracias había amparado, necesario fué á los atribulados padres pensar en el cumplimiento de otros deberes que las circunstancias hacían más penosos. Entónces comenzó para el autor de los días de Rosario una obra que parecería inverosímil, superior al esfuerzo humano, si otras idénticas ó análogas no se hubieran realizado al propio tiempo en el mismo pueblo y en casi todos los arruinados en la infausta noche.

Con el alma destrozada por el infortunio, cargó sobre sus propios hombros el cadáver de Rosario, seguido en fúnebre cortejo por el de su hijo, llevado en brazos de un amigo, hasta depositarlos con religioso cuidado en la casa. Fué menester buscar después un féretro para preservarlos del contacto de la tierra; y como en el pueblo no había material, ni herramientas, ni brazos para hacerlo, utilizóse un arca hallada tras muchas investigaciones, después de haber intentado en vano acomodar los preciosos despojos en otra de más reducidas dimensiones. ¿Qué más? Tocóle al mismo padre cavar la fosa, que, como último consuelo, quiso se alzara en el jardín de la casa, y al pié de un hermoso naranjo plantado para solemnizar el nacimiento de la malograda belleza, y por ésta cuidado, desde sus primeros años, con la delicada solicitud que la mujer pone en el cultivo de las flores.

—¡Quién había de pensar hace un mes—nos decía el afligido padre al pié del mismo árbol que daba sombra á los cadáveres de sus hijos—que estas hermosas naranjas, cuyos progresos en tamaño y en color seguía ella todos los días, hasta señalar la fecha en que podrían cogerse sazonadas, sólo habían de servir para embellecer su tumba! Si, éste era su árbol querido, su naranjo; el que producía las primeras flores de azahar que engalanaban sus hermosos cabellos todas las primaveras. Y suyo será con lazo indisoluble; porque, si nació por ella, para ella vivirá, abrazándola con sus raíces, cobijándola con sus esmaltadas hojas y consagrándola todas las flores y los hermosos frutos que produzca hasta perder la última gota de su savia. Este será, después de mi mujer, el último amor que cultivaré en la tierra, imponiéndolo también como culto á mis herederos. ¡Pobre Rosario! ¡Desdichados padres!

MARIANO ARAUS.

EL TERREMOTO EN 1884.

SONETO.

Ruge la tempestad, y en cruda guerra
Con el trueno feroz rebrama el viento;
Hierve el volcan, y á su potente aliento
El cráter abre en la escarpada sierra.
Su hondo gemido subterráneo aterra;
Ronca trepidación vibra violento,
Y al són de su brutal sacudimiento
El mundo se hunde al recrujir la tierra.
¿Y por qué tanta pena nuestro sino
Quiere imponer al corazón cristiano
Que sigue entre dolores su camino?
Dios lo ha dispuesto; el pensamiento humano
No puede penetrar nunca el divino:
Doblad la frente y respetad su arcano.

A. ALCALDE Y VALLADARES.

CABOS SUELTOS.

No lo hubiera creído, á no venir la noticia de los labios respetables de mi amiga D.^a Mónica.

Hacia algunos años que vivían juntos *él* y *ella*, pasando por un honradísimo matrimonio á los ojos de todo el mundo. Pero la verdad es que la iglesia no había santificado aún aquella unión.

Varias veces indicó *él* su deseo de ponerse bien con Dios, y hasta buscó los papeles. *Ella*, que debía ser la más interesada, se resistió siempre y se fué aplazando la ceremonia. Doña Mónica averiguó el motivo de aquel capricho tan extraño como pecaminoso.

Ella no quería contraer matrimonio por no verse obligada á presentar su fe de bautismo.

Un soltero amigo mio decía una vez, que se hablaba de matrimonio:

—Yo soy felicísimo, cuando sueño con una capilla que el humo del incienso embalsama y el resplandor de las luces inunda de claridad; cuando creo ver en ella á una mujer coronada de azahar, castamente envuelta entre los pliegues de su blanco velo, con los ojos bajos y las mejillas encendidas; cuando pienso en las largas veladas de invierno, trascurridas al calor del hogar y en las promesas de eterno amor renovadas en el tocador azul, por una de cuyas puertas se ve brillar, como una perdida estrella, la lámpara de color de rosa del santuario nupcial.

—Pero si tan poéticos ensueños te produce la idea del matrimonio—le dije—¿por qué no te casas?

—¡Ah! se me olvidaba decir á ustedes—contestó—que el marido de la mujer á quien veo casada en sueños no soy nunca yo.

No comprendo por qué las viejas lucen en los bailes

unos escotes tan grandes, y las muchachas unos escotes tan pequeños. Teniendo en cuenta que esto de enseñar los hombros es un homenaje hácia el paganismo, que glorificaba la hermosura, lo contrario sería más natural.

Tampoco se comprende que sea lícito enseñar los hombros y los brazos y sea inmoral enseñar la pierna. Y puesto que las mujeres se descotan para estar más guapas, ¿por qué se descotan las feas?

El amor es superior á la política y á la literatura.

¿Qué fin persigue, en suma, la política? La humana felicidad. El que se halle, pues, cerca de una mujer á quien ame no necesita leer á los tratadistas ni á los comentaristas de sistemas constitucionales.

¿Qué es la literatura? La poesía de las pasiones. Pero como jamás el arte llegará á igualar á la Naturaleza, el que consiga hacer un idilio práctico dejará muy atrás á Virgilio.

ALFREDO ESCOBAR.

LAS CONCEPCIONES DE MURILLO.

(FRAGMENTO DE UN LIBRO EN VÍAS DE PUBLICACION.)

.....Entónces, cual por evocación milagrosa del genio del pintor, apareció en el horizonte del arte aquella bellísima doncella, que apenas la pubertad ha modelado, á la que nunca llegó mano de hombre y que la fe católica denominó la *Concepción Inmaculada*.

Tan pudorosa es su postura, que ni el extremo del pié asoma por la fimbria de su ropaje, blanco como la pureza y azul como los cielos. Tan extática es su expresión, que su mirada se anega en lo infinito. Sus manos se alzan, y sobre el pecho se cruzan en dulce y fervorosa plegaria. Bajo sus plantas encorva la luna su arco de plata, y sobre su frente enciende el sol su disco de oro. Ligeros y nacarados vapores le componen pedestal, dosel y cortinaje. Guirnaldas de querubines engalanan y matizan su altar de nubes, y su destrenzada cabellera rubia fúndese con el radiante nimbo de tal modo, que apenas acierta á descifrar la vista si nace la luz de sus doradas hebras ó si están formados con rayos de luz tales cabellos....

LUIS ALFONSO.

Sr. D. Alfredo Escobar.

Mi distinguido amigo: Bien sabe V. por qué me fué imposible acudir con mi ofrenda literaria para las páginas de la ANDALUCÍA, al primer llamamiento con que me honró su Comisión directora. Después acá, el convencimiento de que el plazo para la admisión de originales había terminado el 20 de Febrero, me apartó hasta de la tentación de escribir algo con aquel destino.

Un telegrama de VV. me hace saber hoy que, aunque ya está en prensa el periódico, se me reserva un espacio en él hasta el día 5. Declaro que jamás se ha visto mi ánimo en aprieto de mayor apuro. De un lado, el santo fin de la empresa á que se me llama, lo ilustre de la legión que en ella está empeñada ya, y lo honroso del apremio que se me hace; enfrente, el rigor de una ley que, por razón de temperamento, se cumple en mí con doblada crueldad que en ningún otro mortal de los aficionados á las lides del ingenio. Sabido es cómo las puertas de éste se cierran tanto más apretadamente, cuanto mayores son las ansias con que se llama á ellas. Así, pues, en la persuasión de que no han de abrirse las del mio á tres tirones, para sacarme del conflicto en que me veo, pero decidido á contribuir con algo á esa gran obra de caridad, renuncio desde luego al intento de buscarlo en las oscuridades de mi cabeza, y en cambio les ofrezco á VV. lo que más abunda en mi corazón y brota de él en este instante á borbotones: el mejor de los deseos; la más entusiasta de las adhesiones al generoso y cristiano pensamiento que les ha animado á VV. á poner á contribución, de tan brillante modo, la pluma del escritor y la habilidad del artista, en bien de nuestros compatriotas, probados por el Cielo con el más espantoso de los infortunios.

Si se acepta esta modestísima limosna, como lo espero, porque, al fin y al cabo, más vale una buena intención que un mal artículo, como necesariamente habría de serlo el que yo escribiera, les suplico á VV. que aprovechen el espacio que me reservaban en las columnas de la ANDALUCÍA, para dar testimonio de ello en la forma que estimen más conducente al fin á que se enderezan los nobles intentos de la Comisión y estos desaliñados renglones de su muy obligado amigo y compañero, Q. B. S. M.,

J. M. DE PEREDA.

IMPROVISACIÓN.

¡AY DE MI ALHAMA!

¿La encontraste, señor, la conociste
Por su belleza y fama?
Y al mirarla por tierra, ¿no dijiste
¡Ay de mi Alhama!
Tu raza con Agar eternamente
Luchó en el Mediodía,
Y Alhama era la llave de Occidente
Que á España defendía.
Amada de los moros, fué sultana
Y reina con el Godo;
Mas siempre de la noche á la mañana
Se hundió del mismo modo.
El mar intruso que rompió en ocaso

Las rocas del Estrecho,
¿Quién sabe, en tantos siglos á su paso,
Los horrores que ha hecho?
Tal vez al remontar el continente
Que primero existía,
De la sierra de Alhama y su vertiente
Trastornó la armonía.
Y por eso esas costas se mostraban
Con abismos abiertos,
Que en los tiempos de Homero se llamaban
Cavernas de los muertos.
Y la lucha, señor, de los titanes
Que dice la leyenda,
¿Qué fué sino del agua y los volcanes
La convulsion tremenda?
La Grecia, en ese mar tan sacudido,
Aun zozobrante asoma,
Y temiendo á la Italia sumergida,
Tiembra la Sacra Roma.
La muerte en los clarísimos espejos
De ese mar se retrata,
Y cuanto más hermosos sus reflejos,
Con más certeza mata.
Volved, señor, los ojos á las artes
Del Sur y el Mediodía,
Y el dolor hallaréis en todas partes
Que aflige á Andalucía.
Mas ella logra ya santo consuelo
En desventura tanta,
Y es que no tiembla cuando tiembla el suelo
Tu benéfica planta.
Tú la alzarás con tu piadosa mano
Nuestra Alhama querida,
Y al calor de tu aliento soberano
Volverá á tener vida.

CAROLINA CORONADO.

LA CANTADORA.

RELACION.

Hace algunos años habia en Madrid una cantadora del canto gitano, célebre por su habilidad y por su hermosura. Se llamaba María del Alcor. Había venido con su padre, chalan de Mairena, que murió al poco tiempo, de jefe de las caballerizas del Marqués de Montequibrado. María se encontró entonces sola, porque en Mairena no la quedaban parientes y en Madrid sólo tenía conocidos. Un novio sí tenía, gallardo andaluz, pero habia caído quinto, y encontrábase á la sazón en Cuba, donde ya era sargento. Dios sabe lo que hubiere sido de María sin su gran mérito en el canto.

La profesion de cantadora era peligrosa, sin duda, para una muchacha de dieciocho años, que parecia estar en la plenitud de la vida. Primero los chulos de Lavapiés, luego los de todo Madrid, aficionados á la disipacion y al bureo, llegaron afanosos por enamorarla. Ninguno pudo. El sargento llenaba el corazón de la cantadora; estaba de continuo presente en su memoria, y si bien ella sobrellevaba discretamente las impertinencias de los necios y las groserías de algún desdeñado—como desdichas inevitables de su posición y de su misma belleza—jamás consintió ni sombra de burla contra su novio. Cierta noche un cortador de la calle de Toledo la dijo que era muy tonta en estar muriéndose por un hombre que de fijo se reiría de ella, con alguna negra..... Estaban el cortador y María sentados con otros en una mesa..... Oír esto María, tender el brazo, coger un cuchillo y cortarle la cara al cortador, fué lance de un segundo. Despues lloró mucho la pobre y curó por sí misma la herida con verdadero cariño. Aquella muestra de fiereza fué saludable; la dió más celebridad, cierto color trágico, y puso á raya chulos, conquistadores y simples parroquianos. Fué el ídolo de las mujeres por su coraje; y cuando de noche se retiraba del café, ningún hombre se hubiera permitido acompañarla ni seguirla.

Sin embargo, se presentó un nuevo aspirante. Todas las épocas tienen sus Tenorios, y el Tenorio reconocido de aquella época era el Vizconde de los Riveroles, sobrino del Marqués de Montequibrado. Los hombres le buscaban por compañero; las mujeres enloquecían por él: con los unos era cortés y franco; con las otras, poéticamente disoluto. En puntos de amor no era escrupuloso; en los del honor, al uso del siglo, un caballero de la Tabla Redonda. Para no haber conocido nunca el dolor ni la pobreza, tenía el corazón bastante sano y tierno. Su defecto era la vanidad: consideraba perdido el día en que la flor de Madrid no hablaba de sus amores, de sus chistes ó de sus lances.

Cierta noche se hablaba en la tertulia del Marqués, de Andalucía y de sus cantos. Naturalmente, se habló de María del Alcor.

Pero—interrogó el Vizconde:—¿alguno de VV. ha visto y oído á esa cantadora? ¿es tan hermosa? ¿canta del modo que dicen?

Un vejete, de esos que, bajo cuatro cabellos teñidos que se peinan desde la nuca hasta los ojos, no tienen ya para el vicio más que esos ojos nunca saciados, confesó no sin cierto rubor que habia visto y oído á la cantatriz famosa.

Y dijo, despues de los detalles biográficos ya conocidos:—¿Y á qué hacer la enumeracion de sus bellezas, si no podría daros idea de su hermosura? Hay que verla, y hay que verla en el canto. ¡Ni su pelo, ni su frente, ni sus ojos, ni su boca, ni su garganta, ni su talle, ni parte ninguna de su primorosísimo cuerpo dicen por sí solos lo que es esta nunca vista mujer, cuando derrama en sus cantares la luz y los aromas de Andalucía!

Varióse de conversacion, pero el Vizconde se habia que-

dado pensativo. Una mujer como María del Alcor era una mosca blanca. Su conquista sería caprichosa y resonante. ¡Grande honor habria en perderla!

Sería la una de la noche: se despidió de la tertulia; no quiso su berlina, y embozándose en la capa se dirigió á la calle de la Magdalena. Desde muy léjos llegaron á su oído las notas melancólicas de una cancion envueltas en los gemidos de una guitarra. Se detuvo delante del café, y pareció vacilar un momento antes de entrar allí.—¿Un buen pensamiento tal vez?—Giraron las hojas de cristal esmerilado de la puerta, y entre una bocanada de humo y ruido salieron algunos hombres y mujeres, apresurados y quedaron bailando algun tiempo sobre los goznes..... Pero ya el Vizconde habia visto en el fondo del salon, iluminada por los mecheros de gas, sobre un tablado, una mujer espléndida. Se alzó el embozo hasta los ojos y entró.

Ocupó la mesa más apartada que halló libre, llamó al mozo, pidió una copa de coñac y fijó sus ojos en María del Alcor.

María del Alcor habia concluido su cancion, habia descendido del tablado y recorría las mesas recibiendo felicitaciones. Vestía una falda larga color de tórtola; su pelo se dibujaba como un alicatado sobre su frente y se recogía con una peina de oro casi en la nuca; de sus orejas colgaban dos arracadas de plata y rubies, chatas y grandes como dos relicarios; un pañuelo de Manila de ramos blancos en fondo negro cruzaba su pecho, se anudaba en su espalda y caía hasta el piso en red de larguissimos flecos.

El Vizconde la devoraba con los ojos.
—¡Qué hermosa mujer!—dijo.—¡No exageran sus desdeñados ni sus admiradores!

El café parecia un festin de endemoniados; entre el ruido de los platos, de los vasos y de las cucharillas, la gente se hablaba de mesa á mesa, enviándose carcajadas y gritos. De súbito sonaron dos palmadas, y hombres y mujeres dijeron á una: ¡Silencio! ¡Silencio! y todas las cabezas se volvieron hácia el tablado.

María del Alcor cantó varios cantares, y todos ellos muy tristes.

El Vizconde sentía oyéndola una inquietud misteriosa: aquella voz removía en su pecho no sabia qué pasiones ni qué deseos, qué amarguras, ni qué ansiedades.

—¡Dios mio!—dijo—¡qué triste debe tener el corazón esta mujer! Yo mismo, que habia venido á regocijarme, voy á concluir por llorar!

—Señorito—le dijo el mozo—no sabemos por qué hoy está ella más afligida que nunca. Porque estar, lo está siempre. ¡Es una cantadora muy funeraria!

Su voz, en efecto, caía sobre el corazón como una lágrima de fuego, envolviéndole en vapores luctuosos.

—Ha llegado V. á la última copla—añadió el mozo.—Pero otra noche verá V. que cuando quiere gorjea como una alondra y es más alegre que una campanilla de plata.

Terminado el canto, María del Alcor bajó del tablado y se puso á conversar con varias mujeres del pueblo, que estaban en una mesa junto al mostrador. Todas la escuchaban, y su relacion debió ser triste como sus cantares, porque el Vizconde vió en el rostro de aquellas mujeres, curtido por el sol y la miseria, gestos de piedad y hasta lágrimas.

Era ya muy tarde; sólo faltaba media hora para cerrar el café: la gente se levantaba y salía; el salon quedaba desierto..... Entonces fué cuando María del Alcor reparó en aquel caballero de sombrero alto de seda, de lujosa capa, pálido, buen mozo, elegante, guapísimo, cuyas maneras le denunciaban tambien por hombre de gran posición..... Fijó sus ojos en él, y los fijó de una manera tan singular, que el Vizconde se quedó pensativo largo rato.

—¡Cosa más rara!—se dijo—esta mujer se ha fijado en mí como si me conociera. ¿Me conocerá en efecto? ¡Oh! lo sabré, porque yo he de hablar con ella esta misma noche.

El Vizconde ignoraba que la cantadora habia vivido con el antiguo chalan de Mairena en el nobilísimo caseron del Marqués de Montequibrado.

Pocos instantes despues, María del Alcor se echaba un manton de lana sobre su pañuelo de Manila, y un pañolito de seda sobre su rodete; tomaba de un florero del mostrador un manojito de rosas, y recogiendo los brazos para ceñir con el manton su talle, y bajando modestamente la cabeza, salía del café, como siempre, sola, solita.

La cantadora vivía en una casa de la calle de la Comadre, inmensa colmena de cien vecinos. Con grande asombro del sereno, en aquella noche no llegó sola, sino en compañía de un caballero del mayor boato. Le llamaron, acudió con el farol, abrió la puerta, y pudo oír la conversacion siguiente:

—María, deseo que volvamos á vernos. Deseo venir á su casa.—Y ¿para qué?—Deseo ver su cuartito de usted..... Debe ser.....—Muy pequeño y muy pobre.—Pero muy arreglado. Todo lo que es de V. me interesa ya; su casita de V., concha de tal perla, que me debe revelar, mejor quizás que sus labios de V., los misterios de su corazón, excita mi curiosidad sobremanera.—Y ¿no es más que por eso por lo que quiere V. volver?—¡Nada más!—Pues, entónces, quiero ahorrarme á V. esa molestia y satisfacer su capricho..... ¡Suba V. y verá mi cuarto!

Es difícil saber quién se quedó más asombrado al oír esta proposicion, si el Vizconde ó el sereno. Pero repuesto inmediatamente de su sorpresa, y respirando con ruidosa satisfaccion, pasó el Vizconde la entrada y ofreció el brazo á la cantadora. El sereno subió con ellos alumbrándolos.—¡Antonio!—le advirtió despues la jóven—deje V. la puerta sin cerrar hasta que salga este caballero!

El Vizconde subía entre alegre y turbado. Era inexplicable lo que le habia sucedido, si no se explicaba por un triunfo de su arrogante figura. Contaba con dificultades; no encontraba ningunas. Habia salido del café detras de la cantadora, la ofreció su compañía, y ella le contestó:—¡Con mucho gusto! La dirigió algunos cumplimientos por su voz, su estilo, su gracia, su hermosura..... Ella á todo le

habia contestado, sonriendo:—¡Qué amable es V.! ¡Cómo se conoce que es V. persona principal! ¡Qué bien dice V. las cosas! ¡Gracias, gracias!

Él era vanidoso; no creía en la virtud de las mujeres, y ménos en la de las cantadoras; pero, en fin, un vago instinto le advertía de alguna dificultad, de algun desengaño, de un peligro tal vez. Se acordó entónces del lance del cortador.....—¡Demonio de mujer!—pensó.—Mas, en fin, lo hecho, hecho; subamos.

La colmena estaba silenciosa y todas las celdas cerradas. Por alguna ventana se veía luz, sin duda porque los inquilinos velaban trabajando. La casa tenía cuatro pisos, y el cuartito de María estaba en el segundo, al fin de una galería descubierta.

—Caballero—exclamó ella—de día no podría V. venir, á V. le daría vergüenza, y los vecinos ademas se sorprenderían tanto, que los tendríamos á todos formando cola delante de mi puerta. ¡Si viese V. cómo se pone esto desde la mañana hasta la noche! ¡Qué ruido meten los chicos que corren y lloran, los trabajadores que golpean, las vecinas que disputan ó cantan, los mirlos que silban, los perros que ladran, los hombres que parten leña, ó hacen toneles, ó fabrican condonería en el patio!..... ¡Un caballero como V. venir aquí de día! ¡Vaya! Este es mi cuarto!—prosiguió;—pero antes de entrar en él, voy á entrar en este otro. Y ruego á V. me acompañe. No va V. á gozar de un placer..... ¡No todo ha de ser cantares!

Y alzando el picaporte de una vieja puerta que tenían delante, invitó al Vizconde á que pasara..... Esta dilacion no era muy del gusto de nuestro Tenorio; pero, ¿qué hacer? Pasó.

Hé aquí lo que vió el Vizconde: En una pieza muy reducida, y casi en la oscuridad, vió cuatro ó cinco bultos diseminados: bultos, si, más que personas. Uno de ellos estaba tendido sobre un jergon y mal cubierto por una manta; se quejaba de cuando en cuando sordamente. Sentada á la cabecera de este jergon gruñía una mujer, que por la blancura de su pelo bien demostraba su ancianidad. Junto á ella, con las cabezas reclinadas en un rollo de estera, dormían dos niños, estrechamente abrazados. La habitación tenía por ajuar dos sillas desvencijadas y una mesa de pino, y en la mesa campeaban algunos tarros y jcaras, con medicinas tal vez. En la pared del fondo veíase una pilla de loza debajo de un grabado antiguo, muy grande y sucio, de la virgen de la Paloma..... Al rededor estaban pegadas algunas estampas de toros y toreros. Las paredes habian tenido papel en otro tiempo, porque colgaban de lo alto larguissimos jirones. Mas lo que llamó la atencion del Vizconde y le afectó y aun le impulsó, fué ver en otro rincón, sobre un pedazo de falda oscura, el cadáver de una niña, quizás muerta de hambre, segun la demacacion de su rostro, de sus brazos y de su pecho..... Un bonito jarron andaluz, lleno de flores frescas, resplandecía detras de la cabeza del cadáver, y á los lados ardían dos velas de sebo puestas en el cuello de dos botellas. Estaba, pues, el cuarto casi sin luz; lleno de dolor aquel silencio; la del jergon, enferma sin duda; en la miseria los vivos, y la pobre niña..... en la Gloria.

El Vizconde se desembozó y se quitó el *clac* con respeto. La cantadora, entónces.....

—Señor Vizconde—le dijo—dispenseme V. este mal rato que le doy. Delante tiene V. la causa de la tristeza de mis cantares, y la explicacion de que María del Alcor haya sido con V. ménos altiva que suele serlo. Deseaba yo que el Sr. Vizconde de los Riveroles, sobrino de mi antiguo amo el Sr. Marqués de Montequibrado, viese con sus propios ojos, cansados ya de ver alegrías y riquezas, la desdicha de esta casa; desdicha la mayor, sin duda, entre la muchas de este inmenso edificio de desdichados. Aquella mujer que V. ve sobre el jergon es ciega y se muere; esa pobre anciana es su madre; los niños que duermen son hijos suyos, y era suyo tambien ese manojillo de huesos que ve V. sobre esa falda. El obrero que sostenía toda esta miseria ha muerto hace seis dias..... Nosotros hemos hecho por esta familia cuanto podíamos hacer; pero aquí no hay ricos..... ¡Pobre enferma, pobres niños! Morirán de desamparo y de hambre como esa niña, para cuya frente he traído estas rosas.

Y, diciendo, se acercó y se las puso.

El Vizconde sintió asomarse á sus ojos una lágrima, y hubiese llorado si no hubiese tenido vergüenza de llorar..... Metió la mano en el bolsillo del frac, sacó una cartera y de ella un paquetito de billetes de Banco, y dijo, volviendo la cabeza:

—¡Socorra V.! con esto á esa familia!

La cantadora corrió hácia la vieja que gruñía ó que rezaba, y la dijo, al entregarla los billetes, con un acento que debió llegarla hasta las entrañas mismas:

—¡Esto es oro, esto es salud, esto es vida: guárdelo usted bien y no se lo deje V. arrancar ni con el alma!

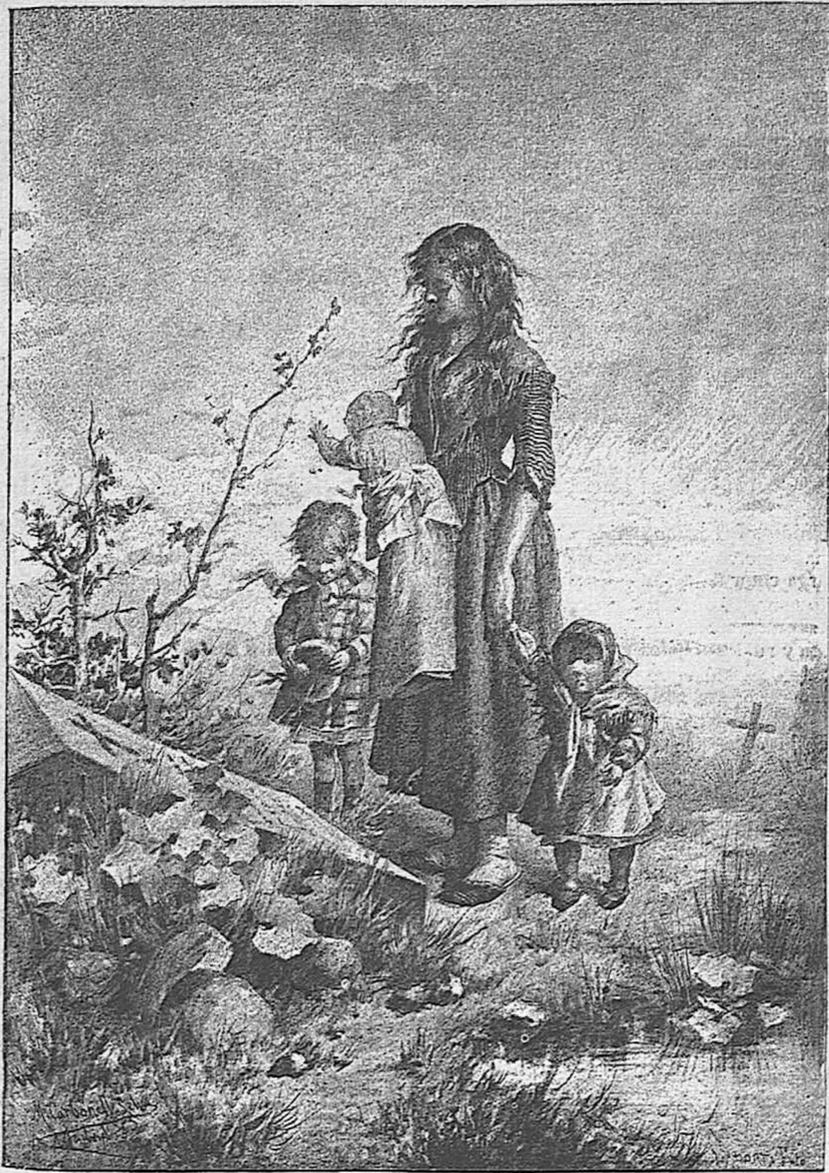
—Nada tenemos que hacer aquí ya. ¡Venga V., Vizconde!—dijo María.—Y saliendo de aquel cuchitril, se quedó en el pasillo delante de la puerta, cerrada, de su habitación.

Ella y el Vizconde se miraron fijamente: el Vizconde, confuso y con el sombrero puesto; María del Alcor, con el pañuelo de la cabeza echado atras y la frente alta.

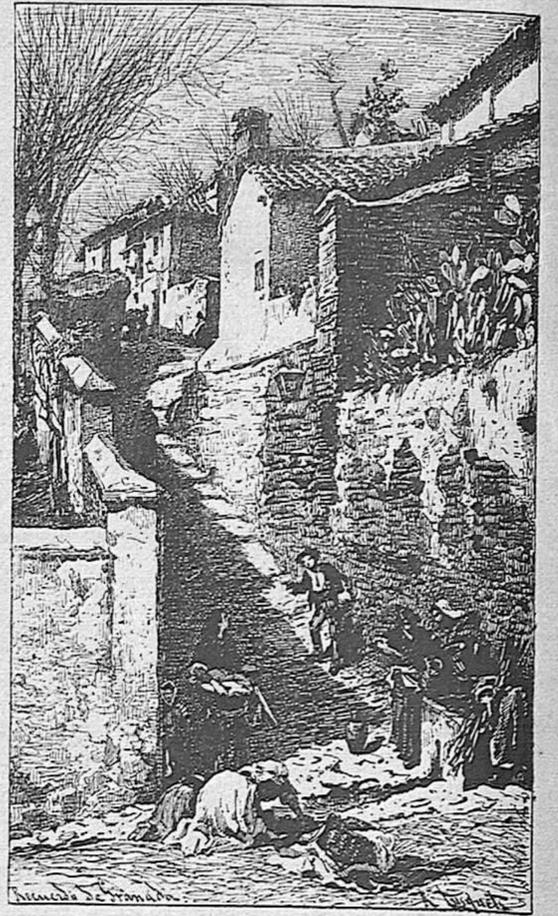
¡La luz de la luna caía, como una hermosa mancha blanca, sobre la galería descubierta, marcando por negro las entradas de los cuartos..... Vapor rojizo subía de las calles, iluminadas, envolviendo los oscuros perfiles de tejados, chimeneas, cúpulas y miradores. Fresca brisa llegaba desde muy léjos..... Respiracion inmensa llenaba la noche..... Madrid dormía!

—Y ahora, señor Vizconde—dijo ella—si el bien que usted ha hecho no lo ha hecho por grandeza de corazón y satisfaccion de su alma..... ¡entre V. en el cuarto de la cantadora!

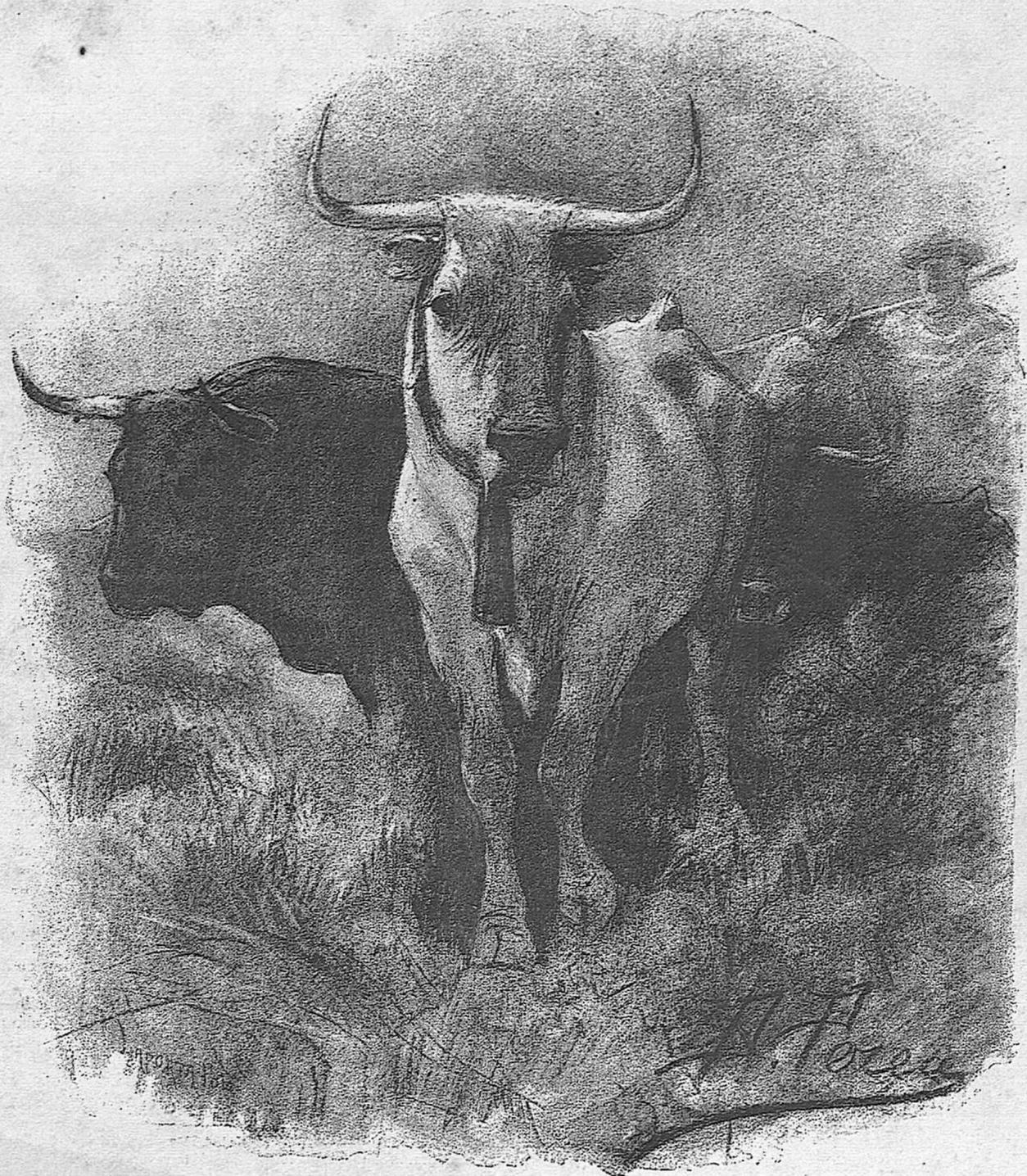
FERNANFLOR.



DIBUJO DE D. MANUEL CARBONELL.



DIBUJO DE D. RAMON TUSQUETS.



CAMINO DEL CHIQUERO.
(D. Daniel Perea.)

